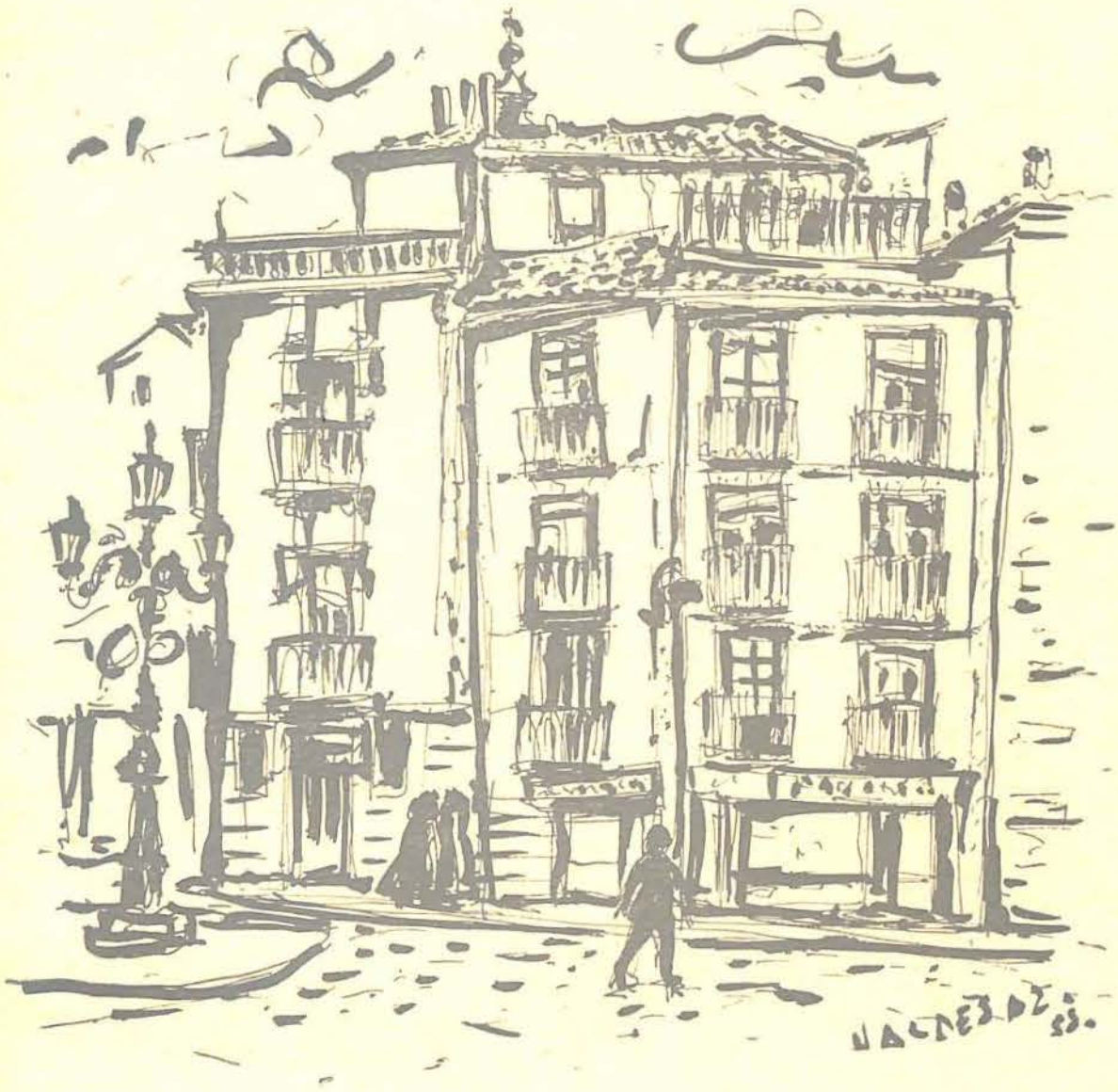
MONTERREY



NUM. 2
JUNIO, 1955

REVISTA DE LA DIPUTACION
PROVINCIAL DE SALAMANCA

PRECIO:
15 PESETAS

MONTERREY

NUM. 2 | REVISTA TRIMESTRAL DE LA DIPUTACION PROVINCIAL DE SALAMANCA | JUNIO, 1955

Director:

RUFINO AGUIRRE IBAÑEZ (✝)

Cuidó la edición de este número: EMILIO SALCEDO.

Fotografías:

LOS ANGELES, GUZMAN GOMBAU, INSTITUTO ATMALLER, GONZALEZ UBIERNA.

Dibujos:

RAMON CUESTA, VALDESAZ, MEDINA SAEZ, WJORNOSKI, GONZALEZ UBIERNA, GABRIEL, M. MUCIENTES, TEODORO DELGADO.

Fotograbados:

VICTOR GARRALON.

Imprime:

IMPRENTA PROVINCIAL.

EXCMA. DIPUTACION PROVINCIAL DE SALAMANCA -Archivo-

SUMARIO

Págs.

Charles David Ley: El perfil de la ciudad 3

Rafael Santos Torroella: Etopeya salmantina 5

Rufino Aguirre Ibáñez: Guia y elogio del buen comer salmantino. 9

José María Castroviejo: Sobre la venturosa pesca a caña 13

HISTORIA

Miguel Cruz Hernández: Salamanca y el Islam 15

Carlos Gutiérrez de Ceballos: El escudo de Salamanca 19

Carlos Sander: Don Juan de Ocampo San Miguel, fundador de Chillan 25

FANTASIA

Emilio Salcedo: Lazarillo 27

Luciano González Egido: Las nubes rojas 30

ANTOLOGIA

Salamanca en el «Cancionero» de Miguel de Unamuno. 33

LOS HOMBRES Y LOS DIAS

Luciano Barcala: M. Legendre y Salamanca 36

Jerónimo Ortiz de Urbina: En la muerte de Rufino Aguirre 40

Manuel García Blanco: Rufino Aguirre y lo salmantino 41

E. S : El periodista y el escritor . . . 43

Bibliografia de Rufino Aguirre. . . . 45

Maximiano García Venero: Adios a Filiberto Villalobos 46

Aníbal Sánchez Fraile: Partida de nacimiento y bautismo de D. Tomas Breton. 47

RUTAS TURISTICAS

Javier de Montillana: De Salamanca a los limites con las Hurdes. 49

MISCELANEA

Antonio García Bernalt: Datos historicos de la Salamanca artesana . . . 51

Víctor Garralón: Notas sobre las Artes Graficas 53

Luis Igea: La concentracion parcelaria en Cantalapiedra 55

EL PERFIL DE LA CIUDAD

POR CHARLES DAVID LEY
Lector de Inglés en la Universidad de Salamanca

No hay nada más emocionante que contemplar Salamanca desde la llanura. Es muy bella en sí, y más por el recuerdo de tantos siglos pasados sobre ella. El que la ve en el horizonte se da cuenta de cuán frágil es el tiempo y se puede imaginar libremente en cualquiera de las muchas épocas pasadas.

El paisaje la hace el fondo que le es preciso. El relieve quedaría apocado si en torno a ella hubiese montes o una extensa frondosidad. No se verían tan evidentes la catedral y las otras dos iglesias. Serían entonces un detalle en un conjunto —aunque muy esenciales— y no el único centro del panorama.

Impresiona pensar que incluso las guerras han pasado por encima de este perfil sin alterarlo para nada. Dentro de la ciudad, es cierto, en un rincón difícil de hallar, existe un triste valle de los caídos, que es donde las tropas africanas de Napoleón incendiaron viejos colegios y palacios antes de batir la retirada. Pero desde la llanura, ésto ni se ve ni se sospecha. Y ya que estamos preocupándonos de guerras, me doy cuenta de que Wellington, antes de ir a alojarse entre los graciosos medallones del Palacio de San Boal —y si fuese posible querer a una mujer muerta hace más de trescientos años, todo el mundo amaría a la dama de estos medallones—, vería como nosotros la línea de Salamanca cortada contra el cielo, entonces como ahora y como mucho antes también. (Véase el dibujo de Richard Ford hecho poco tiempo después).

No está muy lejos al sur el campo de lo que en Inglaterra se llama Batalla de Salamanca y en España de los Arapiles. Allí fuí yo el año pasado, teniendo el honor de acompañar al historiador Sir Charles Petrie y al doctor Walter Starkie. Los antiguos campos de batalla guardan muy hondamente sus secretos, tan hondamente que suelen parecer los sitios más tranquilos de todos los alrededores, los menos indicados para una lucha armada. (¡Cuán fértiles están hoy los prados de Waterloo!) Dos pequeños oteros, dos montículos marcan el sitio donde se derrotó al ejército del Aguila; en este vallejuelo fué, donde no hay casi espacio para nada. Hoy en día, no pasa nunca nada más sensacional que alguna que otra venta bien lograda de trigo o de cerdos. Se diría que el máximo acontecimiento histórico fuera la instalación de la vía del ferrocarril, cuyos trenes pasan allí como cansados ellos también, dejando salir por sus chimeneas un blanco y espeso humo como si fuesen viejos filósofos del pueblo fumando tranquilamente en su pipa. No cambio si no cambian.

Salamanca tampoco se inquieta mucho por el paso de los años. Cuando Aníbal la aplastó y la holló fué con la idea de que jamás se levantara de nuevo la ciudad enemiga. Y véla ahora, Aníbal, tú que eres el esfumado recuerdo de un recuerdo. Fracasó el destructor y la nueva urbe ya guarda más perfume histórico que la antigua, la de los toscos templos de madera dedicados a los dioses prehistóricos e incendiados por Aníbal. Y ahora se yerguen tres torres, como tres Cruces, como tres seres segurísimos y quietos en su infinita vitalidad.

No. No entremos en la ciudad. Contemplémosla desde aquí, desde esta carretera del otro lado del Tormes por donde ahora, en estos primeros días del verano, suenan a lo lejos las fuertes voces de los que saltan dentro de sus aguas para refrescarse y nadar. Ahora es verano, cuando los espectros pueden errar sin molestias al atardecer, sobre todo —¿cómo podía ser de otra manera?— el de don Miguel. Ha querido que su memoria se entrelazase siempre con las piedras de la ciudad, y así ha sido. Todos los atardeceres deja su nicho en otro valle de los muertos, el de abajo —mucho menos triste que el de arriba— y da su paseo vespertino por la parte más antigua de Salamanca. Pero otros espectros por ahí pasean con él, si no tan poéticos y pensativos, por lo menos más tradicionales. Por detrás de esa pared tan alta —uno de los pocos restos de la muralla medieval— hay un hermoso jardín, donde saltó un día un noble galán que buscaba su neblí; aún se cultiva un huerto de árboles frutales y flores de diversos colores; allí la más bella de todas las salmantinas —tan justamente admiradas en todos los tiempos— se solaza por las tardes calurosas del estío. Más allá, precisamente en el punto desde donde por el interior arranca el valle de los muertos, hay un lugar siniestro y terrible que se llama la Peña de Celestina, donde a todas horas suena una cascada voz de vieja cínica y entremetida. Ahí no crece ni el tallo más raquítico, ni la brizna más diminuta, sino que se agrupan en torno las piedras de la insatisfacción, de la angustia, del remordimiento y de la añoranza de las cosas que pudieron haber sido.

Allí en la Peña de Celestina seguramente se reunen por las noches —cuando no hay ya nada de luz, pues huyen de ella— esos temibles jóvenes de la Facultad de Nigromancia, los que en la Cueva de Salamanca, en la lóbrega cripta de San Cebrián, hoy justamente enlodada de estiércol, juraron fidelidad maldita a las potencias infernales en la esperanza de dominarlo todo en este mundo por la magia. Siete entraban y el diablo se llevaba uno, no se sabía nunca cuál iba a ser de antemano, pero los otros seis llegarían a ser unos grandísimos brujos, mucho más listos y ambiciosos que el docto Fausto, por supuesto. Pero ahora sus voces susurran por donde se oyen las roncas y desentonadas murmuraciones de la astuta y repulsiva Celestina. Sí, precisamente, es allí, en ese punto extremo. ¿No lo veis? Bien, pero ahora mirad a otra parte, porque va siendo de noche y no se observan impunemente esas alturas inhóspitas. (Quien quiera saber de las leyendas de la Cueva de Salamanca y tantas otras cosas curiosas, que consulte con don Ricardo Espinosa, que posee unas informaciones inagotables sobre todas las tradiciones salmantinas). Poco a poco se iluminan las lejanas ventanas, una ahí, luego en el otro extremo, después en medio, igual como hacen su aparición las estrellas en el cielo que se tiñe cada vez más de añil. De noche será otra cosa la ciudad. Durante las horas de oscuridad la Plaza concentra todo en sí. De día no llega a ser más que la más maravillosa de Europa. Ocultado el sol, ella es un corazón que arde iluminado. Por eso los habitantes se pasean tanto en ella. Aun a las horas más altas, cerca ya de la madrugada, se ve por las arcadas, bajo unas lámparas que parecen de carruajes del XVIII, algún que otro noctámbulo impenitente, matando sus insomnios con unas vueltas insistentes, sonando sus pasos como los de los aparecidos funestos de los estudiantes de la negra Facultad de Artes Mágicas.

A estas horas Salamanca sorprende más que nunca. Andando por las calles aparentemente más modernas se nos deparan palacios antiguos que de día no sabíamos existiesen. Si queremos, sin embargo, gozar de la soledad de este tiempo de silencio, haremos bien en bajar la colina hacia el oeste, pasando por la romántica vigía del Clavero, graciosa como una armadura de gala para torneos, y pasando también por la grave torre de San Esteban y por la maciza fachada del Palacio de Calatravas al lado de ellas, fachada de una belleza que no enaltecen suficientemente los libros. Y allí en un rincón del valle, más callada todavía que durante las horas del día, he aquí la vieja parroquia de Santo Tomás de Canterbury, con su trozo de pared románica —aunque el resto se haya restaurado en el Renacimiento—, recuerdo de unos tiempos casi olvidados en los que fué fundada, muy poco después del martirio del Arzobispo cantuariense por un catedrático inglés, el buen clérigo Rudolfo, que, según su losa mortuoria —copiada con tanto afecto por don Rafael Laínez Alcalá, excelso poeta de Salamanca en todos sus aspectos—, «murió para los pobres y murió para el cielo». Ahí os saludamos, buen don Rudolfo —a vos, y a vuestro hermano, también clérigo y catedrático— desde esta noche suave y alegre, desde vuestro sitio en donde ha quedado para siempre vuestro recuerdo en este mundo. Vuestras explicaciones teológicas, en esos períodos latinos que tan bien sonaban, se han perdido por desgracia en la noche de los tiempos. Pero seguís en pié, don Rudolfo, y seguireis mientras el arco redondo de Santo Tomás salude al caminante de día y de noche. Y también desde aquí, un poco más lejos aún de la vida de la ciudad, os saludo en cuanto la luna de estío se levanta sobre el perfil de Salamanca, ciudad que en vuestro siglo seguramente iluminasteis.

ETOPEYA SALMANTINA

POR RAFAEL SANTOS TORROELLA

EXISTEN, sin duda, procedimientos para llevar a cabo un estudio científicamente correcto de un tema como el abordado en estas notas. En la actualidad, las técnicas de investigación han invadido hasta los dominios que parecían más inaccesibles a ellas, los que se dirían más caprichosos, menos susceptibles de exploración instrumental y elucidación cuantitativa. ¿No tenemos ahí ya —¡oh, manes de Mr. Gallup!— los coeficientes estadísticos aplicados a la creación poética y llegando a no desdeñables conclusiones según la frecuencia con que este o aquel autor emplearon en sus obras tales o cuales palabras? Pero más modestos, más puramente literarios o, en fin, más cordiales. Y como quiera que tal estudio rigurosamente científico no existe, que yo sepa, acerca del carácter salmantino, creo que ha de ser permisible y no pecará de inoportuna la redacción de estas notas, tal vez un tanto vagas y posiblemente no demasiado amenas.

Las más de las opiniones formuladas acerca del carácter de una ciudad o de un grupo humano suelen ser de una discreta brevedad, de una cautelosa generalización. El tópico laudatorio o las amables evasivas parecen de rigor en ellas. Cuando no es así, cuando los juicios son desfavorables, hay que desconfiar un poco y no aceptarlos a pies juntillas, aunque a los extraños suelan antojárseles más dignos de crédito. Bien sabido es que el viajero de paso— que es, por regla general, el que emite el juicio adverso— se halla predispuesto siempre a elevar a categoría cualquier anécdota trivial, a hacer responsable a toda una ciudad y a sus moradores del enojoso y acaso mínimo incidente que en ella le sucediera: del almuerzo que se le indigestó en un figón, del tren que no pudo alcanzar a tiempo o del efecto personal que allí se le extraviara. En uno y otro caso, unas veces por defecto y otras por exceso, esas opiniones poco o nada valen.

De cuantas descripciones, de ordinario muy breves, conozco acerca del modo de ser y producirse el hombre salmantino, la que me parece más completa y aguda es la que hizo el pobre Sánchez Rojas, gran escritor malogrado, en aquel libro suyo que se titula «Paisajes y cosas de Castilla». Pío Baroja, en sus memorias, ha denigrado con saña, con feroz injusticia, a este escritor salmantino. Sánchez Rojas, inteligente y errabundo, de vocación echada a perder por el corto vuelo de sus ambiciones y por el periodismo a salto de mata, revela en sus escritos una finura de sensibilidad, una generosidad y un calor humano que se bastan y sobran para desmentir la cruel diatriba barojiana. Hombre comprensivo, sincero y sin afectación, creo que acertó plenamente a ver en los suyos al escribir lo que sigue, que empieza referido a todos los leoneses, pero que a continuación, aunque él no lo diga, hace valer particularmente para los charros:

«Mirad estas gentes zamoranas, leonesas, salmantinas. Esa unilateralidad, esa pobreza mentales del castellano, no rezan con ellos. Tienen algo de la ondulación portuguesa y de la zorrería gallega —maragatos, sanabreses, charros—. Ni idealistas como los castellanos, ni prácticos como los catalanes.

Charro, grabado de Doré.

muros el salmantino, éste le deba su penetración psicológica —su intimidad ha tenido que vivir largo tiempo en vigilante pie de guerra frente a la de sus conciudadanos rivales—, su diversidad de caracteres, que le ha ahormado la comprensión, y, en fin, su facilidad y rapidez de asimilación de contrarios, todo lo cual entra en buena parte, a mi juicio, en la especial índole de su cultivo de la amistad.

La pluralidad del salmantino es, desde luego, rasgo notable. Por eso Salamanca, en frase de Sánchez Rojas, «despista». Y es que Salamanca «no es —como decía el mismo escritor— un pueblo de un hombre solo, sino de muchos hombres; no de una generación, sino de muchas». Pero ya insistiremos otro día acerca de este y otros aspectos. Por hoy dejémoslo aquí. Sí, en cambio, quiero destacar ahora hasta qué punto Salamanca, y en esto se diferencia claramente de otras ciudades de Castilla, convierte en sustancia propia lo ajeno. Por de pronto ahí está, en lo monumental, por ejemplo, cómo el estilo renacentista produce en la ciudad de los Estudios algo de tan singular localización como el plateresco, y cómo el barroco desemboca en ese fenómeno tan típicamente salmantino de la profusión estilística de los salmantinizados Churrigueras. En ambos casos consérvanse la estructura, los lineamientos del estilo importado y, sobre ellos, se enciende la flameante fantasía del arabesco, el libre juego terminal de las ornamentaciones; pero, nótese bien, en uno y otro manteniéndose éstas bien sujetas por el compás y la medida iniciales. Trátase, en suma, de una corroboración más de la alegre seriedad decorativa a que se refería Sánchez Rojas; de algo cuya confirmación me parece ver incluso en la jota charruna, en la que sobre la sobria pauta del tamboril trenza la dulzaina sus ágiles revuelos de lanzadera; y en el baile mismo, es la rítmica cadencia mantenida verticalmente por los cuerpos—la pauta—, mientras los pies se mueven bulliciosos en elegantísimos floreos.

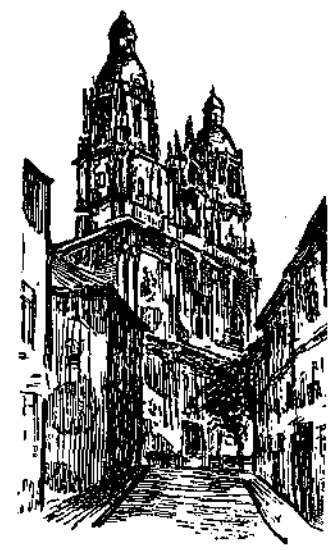
Eduardo Marquina, en una de sus composiciones dedicadas a Cataluña, le dice a ésta:

Haces del esfuerzo, ligereza,
y de hábitos, novedad.

El primer verso lo mismo pudiera aplicarse a Salamanca (acaso intente también otro día desarrollar el tema del contraste Salamanca-Cataluña, con especial alusión a las andanzas barcelonesas de Sánchez Rojas y, sobre todo, al diálogo Unamuno-Maragall). El segundo verso, en cambio, sólo valdría para Salamanca volviéndolo del revés: a la ciudad del Tormes lo que se le podría decir es que «de la novedad hace hábitos».

El nombre de Salamanca no suscita en nosotros, como los de otras ciudades castellanas, la imagen de una vejez ilustre y solitaria, de una isla de antiguo detenida y cerrada en el tiempo, de un sosiego y una quietud melancólicos, ensimismados, como resueltas de una vez por todas, hace siglos, frente a la corriente impetuosa de la vida. No; Salamanca da la impresión de algo a un tiempo perenne y palpitante, de una lozanía serena y constantemente renovada. Y quizá sea por eso: porque sabe hacer hábito de toda novedad, no cerrándose en banda contra ella, sino aceptándola y asimilándosela con toda naturalidad, como si fuera algo esperado, previsto hace tiempo. Y es que Salamanca es muy experta en conciliar contrarios, en no asombrarse de nada, en no perder compás y medida llegada a cualquier extremo.

Otro día, si hay espacio y vagar, hablaremos, sobre los ya apuntados, de otros aspectos que no pueden faltar en una etopeya salmantina: del signo matriarcal del «ama», de la «cultura del patio y el medallón» y de esa esencia campesina que tanto es y vale en Salamanca y que, sin embargo, no se suele resolver en rustiqueces ni tosquedades.



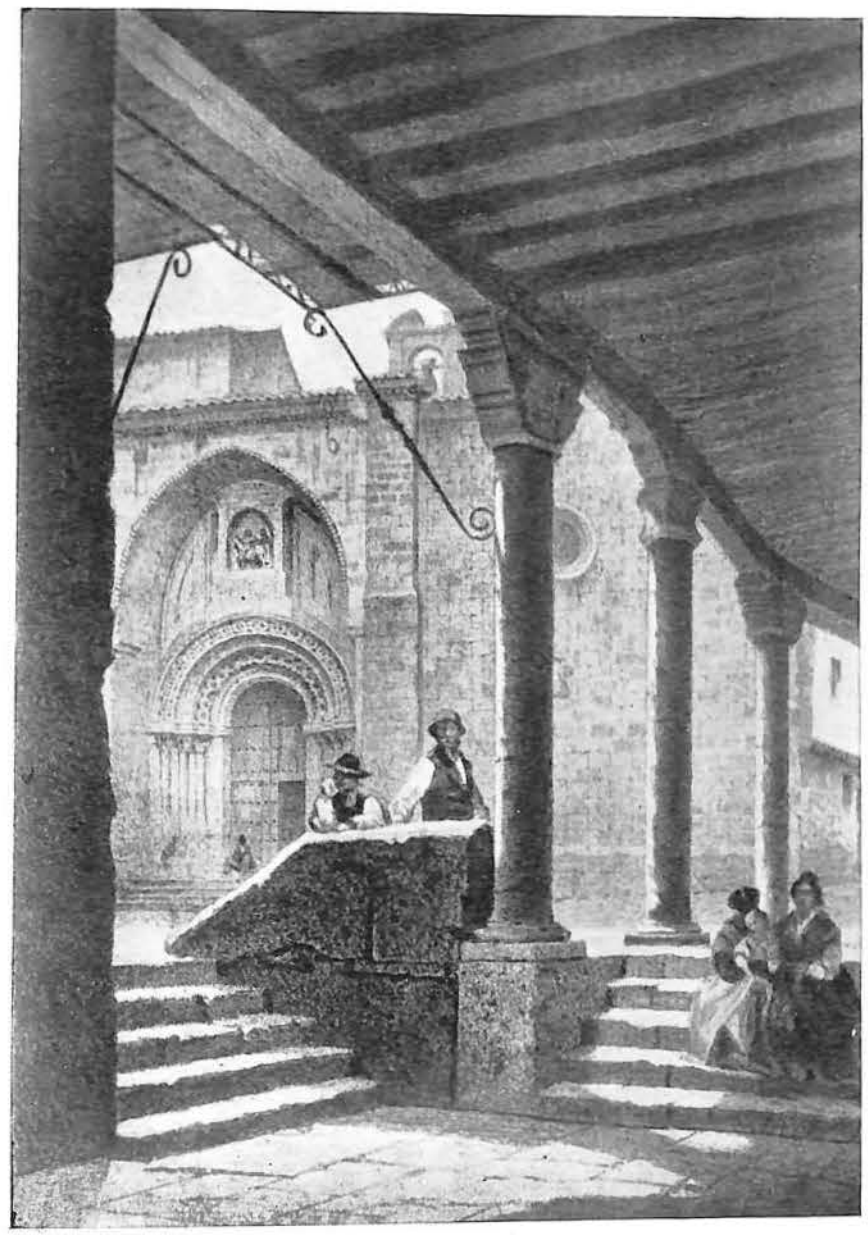
GUIA Y ELOGIO DEL BUEN COMER SALMANTINO

POR R. AGUIRRE IBAÑEZ (†)
Director de «Monterrey»

UNA de las formas de conocer —y amar, por lo tanto— a un país, y tal vez la mejor para adquirir el profundo conocimiento que no se detiene en las superficialidades externas, es tomar contacto directo con lo que el pueblo come. En sus guisos, en sus frutos naturales, en sus alambicadas recetas culinarias, como en el arte exquisito y familiar de fabricar dulces caseros, está la esencia más entrañable de lo popular. Nadie podrá conocer a España si ignora su cocina. Y no es casualidad, que aquellos viajeros que mejor llegaron a calar en el hondón insobornable de nuestro pueblo —lo mismo nacionales que extranjeros: el anónimo autor del «Lazarillo», Cervantes, Goya, Galdós, Jorge Borrow, Ford, Gautier y Alejandro Dumas— son, precisamente, los que no desdeñaron nunca un buen yantar en posadas y mesones a orillas del camino carretero, ni aun siquiera, cuando la ocasión les deparó tal ventura, allí donde los pastores, arrieros o trajinantes preparan entre dos piedras el sabroso y nutritivo condumio, que ha de comerse a dedo, si hace al caso, en la amplia, profunda y ennegrecida cazuela.

La cocina, pues, en cuanto arte de preparar los alimentos y como conjunto de manjares peculiares de una región, es algo perfectamente respetable. Ha sido Marañón quien ha acertado a decir que la palabra «cocina» supone tanto como la palabra «tradición» y en ocasiones es imposible separarlas. Ciertamente, que así es. Si hay una tradición literaria; si Cervantes nos enseñó a escribir el castellano y Ribera a iluminar las sombras con luces mediterráneas, de cuyo magisterio viven el escritor o el artista españoles, «tradicionalistas» o no, quieran o no quieran, la tradición del comer español influye en nosotros con el insoslayable poder de la fisiología, creando una segunda naturaleza y predisponiéndonos a unas reacciones determinadas. Nada hay que caracterice más a un pueblo que su cocina y en ella, en su buen gusto, en su densidad, en su sencillez o en su complicación, puede rastrearse con toda seguridad el grado de civilización a que ha llegado.

De las tres cocinas clásicas, la francesa, la española y la italiana, nos interesa, de momento, la nuestra y, más concretamente, la salmantina. No tenemos por aquí fama de comedores. Este prestigio, que nadie les regatea, se lo reservan los vascos entre todos los pueblos peninsulares. La cocina salmantina carece, en líneas generales, de gracia y vivacidad, distinguiéndose por su fundamentalidad y espesor. Los charros tenemos poca cantidad de artista, incapaces, por lo tanto, de inventar el arte insuperable de la paella; y como tampoco somos gentes en las que rezume el contento de vivir, es claro que el abadejo nos lo comemos frito, dejando para otros el convertir un pescado seco y salado como un trozo de madera de barco desguazado en el sabrosísimo bacalao a la vizcaína.



El corrillo de la hierba.
(Grabado de Pérez Villaamil)

Por otra parte, cada «cocina» se sustenta —como diría Ortega— de su propia circunstancia, y son los productos naturales los que hay que convertir, gracias al arte y a la tradición, en placeres de la mesa. Los que a mano tenemos en Salamanca —provincia agrícola y ganadera— son, en lo fundamental, apetitosos; pero quedan excluídos otros manjares —los pescados, por ejemplo—, para los cuales, aunque el paladar salmantino rinda las obligadas parias, carece de fórmulas propias, es decir, históricas y tradicionales, para darles su punto y sazón. Tenemos que contentarnos, pues, a fin de levantar el artificio de la cocina charra, con las carnes, los embutidos y las empanadas de lo mismo, en lo cual no hay desdoro alguno, aunque lamentemos su limitación y parquedad.

EL CERDO, CON PERDON

Creo que fué Camba quien, glosando un cuento gallego, dijo una vez más que si el cerdo volase sería la más apetitosa de las aves y si nadase ganaría en excelencia a todos los peces; con un caparazón, o dentro de una concha, superaría con mucho la carne delicada de la langosta y el sabor fresquísimo de los moluscos. Este es el elogio absoluto del cerdo o cochino, cuyos negros ejemplares encontramos en toda la geografía charra para ofrecernos la honrada mantenencia de sus jamones y chorizos, amén de toda su carne, desde la jeta al rabo, rica en calorías, aunque monótona en su sabor. Las alquerías, los encinares, e incluso lugares que debieran reservarse para las personas, sostienen la abundante tropa de los cerdos camperos, cuyos músculos motores se convierten en esos rosados y endurecidos jamones, orgullo de Guijuelo y Ledrada, que hay que comer con lentitud, poco pan y largo trago. Aparte de las matanzas familiares, el cerdo

se industrializa en los Laboratorios; pero el trofeo y la fama de los buenos chorizos se los llevan Guijuelo, Ledrada y La Alberca, dejando tristemente relegado al olvido el nombre de Candelario, otrora tan famoso; tanto, que el choricero Pedro Rico mereció la gloria de ser inmortalizado por Bayeu.

Nuestros embutidos constituyen dentro de casa el más socorrido manjar a disposición de propios y extraños. Acaso abusemos de ellos, con grave perjuicio para la elasticidad de las arterias; pero, a fe, que su gustoso sabor, la abundancia de su grasa y el color encarnado de la «chicha» bien justifican que, al final de la vida, nos resintamos del estómago o padezcamos de arterioesclerosis.

Párrafo aparte merece el tostón. Uno, ha tenido la fortuna —por cuyo favor damos millones de gracias a la Providencia— de comer el tostón en Casa Cabañas, de Peñaranda de Bracamonte, en amigable y dilecta compañía. Aquel rosado lechoncillo, lindo como una flor, tierno y suave como un bebé, se convierte por arte de magia del horno, en un manjar de dioses. La piel acaramelada y crujiente y la carne suavísima nadando en un lago de grasa perfumada, es algo insuperable, no conocido por Brillat-Savarin. El rito exige partirlo con el borde del plato, antiguo sistema que debe encontrarse —suponemos, sin ganas de buscarlo en las estanterías— en el «Arte cisoria» de Enrique de Villena, el nigromante, y el primer clásico de nuestra tradición culinaria. La morcilla, ¡gran señora! Con el farinato de Ciudad Rodrigo, forman una pareja insustituíble acompañando a los huevos fritos. No tengo experiencia de una afamada morcilla de La Alberca; pero se nos dice por quien tiene buena memoria y mejor humor e intervino en la preparación de unas morcillas comidas en el Gabinete Diplomático del Generalísimo —¿verdad, amigo Prada?— que paladares tan refinados como los de Federico Oliván y Sangróniz aún ponen los ojos en blanco, cuando las recuerdan, después de quince años transcurridos y montañas de caviar y faisanes entre el mantel y la boca.

En cuanto al farinato, es tan salmantino que en ningún sitio se hace. Grasa de cerdo, pan, cebolla, aceite crudo, pimentón, sal y anís son los ingredientes que le componen. Dionisio Pérez ha recogido una receta del periodista Juan Barco, idéntica a como la hacen en todas las casas de la charrería, dándole, no obstante, con su autoridad, categoría de documento público.

EL PICADILLO DE TEJARES

No deja de ser Salamanca tierra ganadera, si bien sus carnes nunca fueron extraordinariamente finas. Sin embargo, en algunos lugares de la Sierra de Béjar aún puede comerse un delicioso bistec, que nada tendría que envidiar en jugosidad y blandura, asado a la parrilla, a los lomos de un novillo Durhams, alimentado con los mejores pastos ingleses. Pero como la carne no da más de sí, hay que adobarla y triturarla, para que los dientes no sufran en la masticación. De ahí, el «picadillo» de Tejares.

Tiene solera y tradición. Lazarillo González debió tomarlo cabe la aceña del Tormes, bajo la sombra propicia de sus alamedas. Los estudiantones salmantinos romperían la vigilia cuaresmal la tarde del «lunes de aguas» con «picadillo» tejareño; lo mismo que nosotros, y en parecidas ocasiones, en la amable compañía de damas más o menos honestas, lo comíamos en Casa de Remigio. La carne picada, aunque sea de buey, tiene un gustoso sabor aderezada con huevos y pimentón bien rojo y un poco picante para estimular la sed y el trago libre. De donde el «picadillo» reúne la doble cualidad de proveer de proteínas al organismo y predisponer el espíritu a la jocundidad y optimismo que proporciona el vinillo nuevo.

La chanfaina es un manjar de pobres, para utilizar los menudos de aves y conejos con un cocido de arroz que, en honor a la responsabilidad contraída, no se lo recomendamos a ustedes.

Otra cosa es el «calderillo» bejarano. Base fundamental de este plato típico en excursiones y romerías al Castañar, fresco y frondoso, es la carne dispuesta en pequeñas tajadas que se cuecen en el caldero de hierro, sazonada con cebolla, tomate al natural, pimientos verdes, pimentón y un machado de ajo y perejil, sobre un lecho de patatas cortadas en forma de cachelos, y a todo lo cual se le añade, en momento oportuno, guisantes, pimiento morrón y hasta su guindilla picante, que aumenta las calorías, si bien amenaza seriamente los estómagos. Pero los bejaranos tienen una especial virtud preparando el «calderillo», cuya gracia reside, principalmente, en comerlo en la Sierra, junto a una fuente cantarina y clara, buenísima para musicalizar el paisaje y refrescar las damajuanas del aloque.

El capítulo de las carnes en la cocina salmantina se complementa con la abundancia de liebres y conejos, preparados según fórmulas de noble antigüedad, todas variadísimas. Se ha dicho, que cada casa inglesa es un castillo; en cuestiones de coquinaria, las casas charras defienden su autoridad y supremacía cocineril en la defensa de las propias recetas, con la misma fiereza con que lucharían por la independencia desesperada del terruño. Acaso no se recomienden por la delicadeza, aunque sí por la abundancia y solidez. Asistir a una fiesta, participar en un banquete de bodas —casi las únicas ocasiones en que comen carne los campesinos—, es tener que pasar por el fatigoso deber de remontar cuatro, cinco y hasta seis platos de carne nadando en unas profundas salsas, donde, a veces, se advierte el agreste perfume del monte en las hierbas que lo aromatizan.

Finísima y delicada es la perdiz, abundante siempre sobre trigales salmantinos. Preparada y comida en el mesón de Alba de Tormes, junto al río de Garcilaso, es algo que supera el simple goce fisiológico y adquiere categoría de placer estético. Frente a la anchurosa vega, toda luminosidad y equilibrio clásico, una perdiz estofada eleva el espíritu hasta la pura contemplación del paisaje y la desinteresada admiración de la belleza inmanente.

Pero la perdiz por sí sola, no hace bien. Nunca debe olvidarse que son aves tan tiernas y amorosas que viven siempre emparejadas, lo que quiere decir a las claras su preferencia por volar y morir en compañía y en el mismo plato. Para no ser tachados de esclavos de la gula, los graves y sesudos varones que reglamentaron el ceremonial de los banquetes en la colación de grados universitarios, dispusieron que nunca se sirvieran, entre otros manjares, sino un ave triste y sola; pero el escolasticismo para algo habría de valer y de él se ayudaron en ocasiones a fin de que el ave solitaria fuese representada por la voluminosa y bien cebada materialidad volátil de un pavo.

También es tierra la nuestra de pavos rollizos, cuyas manadas se comen la bellota de Vecinos, Matilla de los Caños y Sanchón de la Sagrada, y cuya carne, previamente emborrachada con tinto y aromatizada con trufas, acaso no tenga competidor. En algún pueblo de la provincia tuve la fortuna de comerlo así, y su recuerdo aún perfuma de nostalgia mi flaca memoria y los conmovidos entresijos del espíritu.

EL HORNAZO

Las empanadas gallegas gozan de merecida fama en toda la anchura peninsular. Nuestro hornazo no es tan jugoso; pero cuando la pasta es fina y de buena harina candeal, amasada por las gordezuelas manos de un ama de casa atenta a la perfecta alimentación de su prole, el hornazo de Villavieja de Yeltes, por ejemplo, tiene tratamiento de usía. Igual podría decir del de cualquier pueblo de la llanura salmantina, donde esto de cocer el pan es gracia que se hereda de madres a hijas. El hornazo, más o menos floreado en sus bordes, con dibujos y hasta iniciales enlazadas, se prepara en todo tiempo, pero especialmente pasada la Pascua de Resurrección, cuando ya puede acometerse el empeño de juntar a los huevos cocidos el grasiento, rojo y secular chorizo de la matanza. La masa de pan se impregna en sus jugos, la superficie se dora tiernamente y el hornazo brilla con un barroco esplendor que rima adecuadamente con el oro de las veneras, collares y galápagos del traje regional.

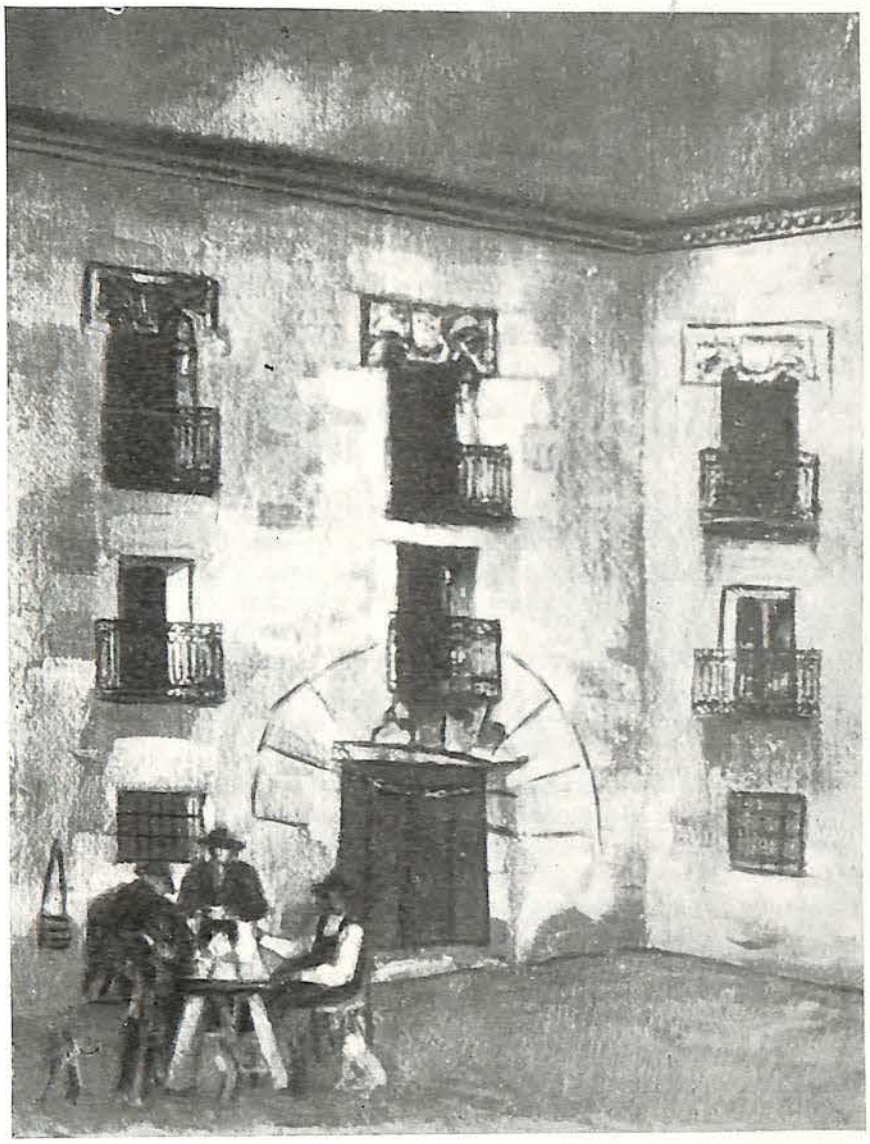
Insistir sobre las excelencias del hornazo sería tanto como exponerles a ustedes a segregar unos inútiles jugos gástricos que más conviene aprovechar en auténticas labores de nutrición. Pero sí debemos resaltar en estas líneas que el hornazo mantiene con dignidad el prestigio de ser el más típico y fundamental manjar de la cocina charra y cuya solidez permite poner a prueba los estómagos no acostumbrados a tales ardores.

No quisiera terminar este apartado sin dedicar una mención, aunque breve, a las floretas que fríen en la sartén las mujeres de la Armuña —engaña-bobos podríamos llamarlas por su gran apariencia y liviandad— y a las obleas de La Alberca, que salen a relucir en las fiestas acompañadas de los «entremozos» salados para entretener el tiempo y apurar un jarro antes de comer. Pero deslizándonos por el suave camino del hornazo, las obleas y las floretas, nos metemos de rondón en el capítulo de los dulces.

EL QUESO DE HINOJOSA

Pero antes de meternos de hoz y coz en el mar inefable de los dulces, dediquemos breves palabras a los quesos. Es proverbio archisabido que resume la sabiduría popular, siempre acertada en sus dictámenes, que no hay buena comida sin un buen queso. Cuando se ha llegado al final de una minuta, en la cual hemos puesto nuestros cinco sentidos para convertirla en verdadera obra de arte, viene el queso a poner su remate, como una banderola de alegría, en el edificio de nuestro placer gustativo. Su fuerte sabor añade una nueva viveza al paladar, entumecido por las carnes y las salsas. Y el último sorbo de vino deja en la boca su antigua remembranza de fruta madura convertida en líquido en el lagar.

Pese a que nuestros quesos no gocen de la fama mundial que tienen los franceses, ingleses, suizos e italianos, por ejemplo, donde su elaboración está asistida secularmente por la inmejorable calidad de la leche que emplean, aún podemos alabarnos de tener dos o tres clases de primera categoría, capaces de rivalizar con aquéllos. Salvemos, en primer lugar, el nunca bien ponderado queso manchego, ya elogiado en «El Quijote»; el de Burgos, el de Cabrales y esos quesos de leche de oveja sin nombre propio y tan reducida producción que apenas traspasan el ámbito de las majadas donde se fabrican. Entre éstos está el de Hinojosa de Duero.



La desaparecida posada de la Cadena, que fué posada real en tiempos de Juan I de Castilla. En ella debieron servirse todos estos guisos salmantinos elogiados por nuestro malogrado Rufino Aguirre.

(Oleo de González Ubierna)

Este queso salmantino goza de un merecido renombre. Cremoso y suave, mantiene todavía la primitiva pureza de origen no adulterada por la industrialización. Cabreros y pastores de toda la provincia han aprendido, sobre poco más o menos, su fórmula mágica; pero el de Hinojosa conserva la primacía entre ellos y el enternecedor regusto a hierbas del campo y tomillares del monte, disimulado bajo el suavísimo recuerdo de la leche de oveja. No olviden nunca poner en su mesa un pedazo de queso; pero no caigan en la tentación de sustituir un plato de la comida por un trozo de este manjar, que, cuanto mejor sea, conviene tomar en menores cantidades. Y en todo caso huyan de convertirlo en barca, partiéndolo con navaja o cuchillo, como si pretendiéramos enterrar en él la carcoma de nuestro apetito. Del queso, poco, aunque sea de Hinojosa, obedeciendo al clásico que nos aleccionaba diciendo: «de nada demasiado».

EL BOLLO MAIMON

Seamos o no golosos, debemos reconocer el importantísimo papel que el dulce tiene en nuestros regocijos familiares. Como pueblo mediterráneo, bien abastado de frutas, miel y huevos, España ocupa un destacado puesto en la dulcería universal, incrementados aquellos ingredientes naturales con la tradición árabe, tan presente todavía en nuestra patria. Si la civilización arábiga se sostiene en España después de cinco siglos de ausencia, representada por la Mezquita y la Alhambra y por el brillo moro en los ojos de las mujeres del sur, no es menos importante su herencia en la afición española por los dulces. Turrones, compotas, almendrados y polvorones de Loja; mermeladas de dátil y membrillo, mazapanes y almíbares tienen una clara ascendencia musulmana en nuestras costumbres.

En La Alberca, pueblo que aún conserva su aspecto típicamente mozárabe, como si el tiempo se hubiera estancado en el recuesto de la serranía, es donde se elaboran dos clases de dulces perfectamente clasificables como heredados de sus remotos ascendientes: el turrón y el arrope. El turrón de La Alberca, negro o blanco, elaborado con miel, nueces y almendras, aparece en nuestra ciudad en vísperas de Pascuas. De una dureza de pedernal, las serranas han de partirlo con hacha y suma destreza. En los Portales de San Antonio plantan sus reales, con los enormes bloques de turrón encandilando los ojos de los muchachos. En el tiempo en que nosotros lo éramos, nos gustaba comprar este turrón de «tira y afloja», meloso, clásico y dulzón, como una pequeña travesura con la que comenzábamos a hombrear. El de color café oscuro se elabora con la «miel baja» de los panales, que llaman «sillo».

En cuanto al arrope, la pluma del cronista no sabría cantar sus excelencias. Espeso, con tropezones de frutas en sus oscuras entrañas, un pucherito de arrope de la Sierra —La Alberca, Mogarraz, Sequeros, San Martín del Castañar, etc., etc.— recuerda sin querer el dulcísimo manjar con que se regalan las huríes del Profeta en el placentero jardín de su Paraíso. Para terminar con la Alberca, refirámonos a una ensalada de manzanas, grata y gustosa, que suelen hacer con las frutas ácidas o «pericas», que se come con cuchara y en época de matanzas.

El bollo maimón extiende su predominio por todo el área de la provincia, si bien preferentemente por su llanura cereal. Tiene la forma —y casi diríamos el tamaño— de una plaza de toros. Es un bizcocho muy suave, elaborado con huevos, azúcar y almidón (pongamos una docena, y doce onzas, respectivamente), que se baten hasta formar una masa ligera. Ha de

cocerse con lumbre alrededor del «hornillo» que la contiene, para que no se queme y le dé ese color rubio y esa apariencia esponjosa que caracteriza al bollo maimón. Bollo sin par para tomar el chocolate de canónigo —espeso y con agua, que no a «la francesa»— y, sobre todo, para presidir con su oronda circunferencia de gruesas paredes blanqueadas con polvillo de azúcar, la fiesta nupcial y pública de las bodas pueblerinas. A su alrededor se baila «la rosca» en la plaza o frente a la iglesia, con la gravedad ritual y el aire lisonjero que las novias campesinas ponen en el trenzado de la danza charra.

En el mapa de la dulcería salmantina, merecen mención honorífica las almendras garrapiñadas de Alba de Tormes, que las monjas benitas preparan delicadamente mezclando en partes iguales la almendra escogida, el azúcar cande y las devotas oraciones. No olvidemos tampoco las rosquillas de Ledesma, hechas «a dedo» y que, cuando son buenas y están elaboradas por un confitero de acrisolada honradez profesional son dignas de entretener, una tras otra, los ocios de un romano de la decadencia; ni los «chochos de Carnaval» de Salamanca, que al igual que las Carnestolendas famosas de otro tiempo, van desapareciendo de nuestra vista. Sólo en las confiterías del Pozo Amarillo y La Mallorquina se esfuerzan por conservar aún esta grajea tradicional para regalo de muchachos, niñeras y soldados sin graduación.

La repostería salmantina, casi toda de sartén, tiene otras muchas variantes en forma de bollos, pastas y hojaldres, que hacen su presencia en los convites con desesperante monotonía. En Villavieja de Yeltes hacen «obispos» con pan, manteca, vino tinto y azúcar, friendo el pan empapado y cociéndolo después en cazuela para servirlos ligeramente calientes.

FRUTAS Y VINOS

Sería locura parangonar nuestras frutas con las murcianas, riojanas y aragonesas, tanto como tratar de rivalizar con los vinos andaluces, manchegos, alaveses, riojanos, o, simplemente, con los blancos de Rueda y los tostados de Tarragona. Nuestra riqueza vinícola, sólo en cantidad apreciable se concentra en la Sierra. No faltan viñas en toda la extensión provincial; pero son pequeños majuelos que únicamente suministran unos caldos ligeros que se consumen exclusivamente en familia.

Tanto la fruta de la Sierra como la que puede recogerse en los arribes del Duero, acaso no bastase para el postre de un par de días de la población salmantina. Escasa en cantidad, algunas clases son francamente sabrosas y delicadas, como ocurre siempre que la Naturaleza se «sale por alegrías», en terrenos que no son muy propicios para tal o cual cosa. Anotemos, sin embargo, la buena calidad de las cerezas, y aun de las manzanas que se crían en los pequeños huertos, allí donde el tesón del hombre hace producir a la tierra trabajada con el sudor de todos. Pero existe en la provincia una zona que, por su clima suavísimo, puede compararse, en reducida extensión, a la huerta valenciana. Nos referimos a esos pueblos de Saucelle, Vilvestre, Hinojosa, Aldeadávila de la Ribera y Mieza, por donde se dan los almendros con primaveral prontitud. En esta región, la rosada flor de los almendros y el blanco azahar de los naranjales, convierten el terreno rocoso en una sucursal del fabuloso jardín de las Hespérides. Las naranjas de Vilvestre son excelentes, delicadísimas de perfume y dulzor, como pueden serlo las de Carcagente y Orihuela. Y no dejemos de citar en esta nomenclatura las ciruelas claudias y las peras de cristal, las que ya Pedro A. de Alarcón menciona en su viaje a Salamanca, allá por el año 1877, poniéndolas entre admiraciones, y hechita la boca agua, al referirnos la cena del Hotel Comercio, donde pernoctara.

¿Cómo habríamos de olvidarnos de las aceitunas, ese fruto que alimentó a los griegos y romanos y vienen precedidas de una noble ascendencia mediterránea? En su sencillez la aceituna negra, aliñada con pimentón, cebolla, aceite y vinagre, no figura en ninguna mesa donde se rinda culto al placer estético de la comida. Hay que pedirla en los pueblos, o en esos tabernuchos con mostrador de cinz que todavía quedan en los ventorros próximos al río; y bien sabe Dios que estas aceitunas, servidas en la cazuela de barro vidriado, relucientes por el aceite y con el mojo de pimentón y vinagre, no son cosa a la que debamos hacer ascos ni remilgos monjiles.

Al vino de Salamanca le falta técnica y cuidados. Se crían las cepas poco menos que a la buena de Dios. Nada tiene de extraño que produzcan unos caldos agrios en su mayoría, verdes, sin consistencia ni graduación. Sólo en la Sierra, volvemos a repetir, se dan unos vinos aceptables y lo serán aún más cuando los enólogos titulados le presten su atención en las Bodegas Cooperativas que van surgiendo por varios centros vinicultores.

Tiene fama entre nosotros el vino de Lumbrales. Es un vinillo abocado, de color rosado y sin transperencia, pero gustosísimo para beberlo a deshoras. El clarete de Villamayor también merece nuestro respeto. Era de este vino con el que la vieja Celestina llenaba su jarrillo desportillado y calentaba su azacaneada existencia de zurcidora de quebrantadas doncelleces. La antigüedad de su renombre no es suficiente para rivalizar con los pagos riojanos o manchego; pero a falta de otro mejor, alabemos al vino salmantino que, como se dice en el Eclesiastés, «alegra el corazón del hombre», mete en sus venas una renovada juventud y enseña a los pies la danza.

Párrafo aparte queremos dedicar al vino de Juzbado. Se trata de un clarete chispeante, que brinca en las cubas como si los diablillos del mosto bailasen una zarabanda de rubíes líquidos. Es de una gustosa fragilidad, y su elaboración requiere la complicidad de unas fórmulas casi mágicas, que guardan celosamente como si se tratara de un misterioso secreto. Creo sinceramente no haber probado vino en Salamanca como este. Y quede aquí, en agradecimiento a su desinteresado placer, constancia de nuestro breve elogio.

FINAL Y JUSTIFICACION

El lector que hubiere llegado hasta aquí, podría preguntarnos si voluntariamente nos hemos olvidado del cocido o si no lo consideramos como plato típicamente regional. ¡Pues no! El cocido, estimado como plato nacional desde el malaventurado momento en que los cartagineses nos trajeron el regalito de los garbanzos, es, muy especialmente, comida casi diaria de pobres y ricos por estas tierras de pan llevar. Lo que pasa, es que le tenemos poca simpatía. Si es un cocido corriente, resulta insípido e indigesto; si se trata de un cocido de «lujo», cuesta trabajo acabar esa sopa espesa y grasosa, la montaña de garbanzos pedrosillanos y verdura con sabor a verdín y el plato de tocino, pernicote, carne de vaca, morcilla, chorizo y relleno, con el que comenzamos a sudar, igual que si nos metiéramos en un baño turco.

Al cocido se le han achacado todos los defectos nacionales, incluso el de nuestra secular decadencia. Exageran, sin duda. Todo lo más admitimos de buen grado el hecho del gran número de hiperclorhídricos que ocasiona y, naturalmente, la consecuencia normal del carácter acedo y avinagrado y el gesto huraño y poco comunicativo que nos distingue. En plena y laboriosa digestión del cocido tradicional, no es posible la sonrisa, ni el humor, ni la amabilidad con los semejantes.

Llegamos al final de nuestro itinerario culinario a través del mapa de la provincia. Gentes de reconocida seriedad podrían calificar lo que venimos diciendo de pasatiempo vulgar, bueno para matar el rato; otras, pensarán que damos demasiada importancia al cotidiano placer de la mesa y concedemos una significación que no tiene al hecho diferencial de las cocinas peninsulares. Creemos no estar equivocados. Muchas de las peculiaridades que constituyen la distinción de lo que hemos dado en llamar «civilización» como concepto opuesto a «cultura», residen en lo que se come y cómo se come, ya que el arte culinario implica una solera tradicional que unos pueblos tienen y otros no, y un refinamiento al que todos no pueden aspirar.

No faltará tampoco quienes pronuncien la palabra «guía», para lanzarla contra el autor de estas líneas. Se equivocan también. Pensamos como aquel esclarecido varón, que no creyó incompatible ostentar dignamente la toga del magistrado y escribir un bellísimo y filosófico libro sobre la «Fisiología del gusto» —llamado nada menos que Brillat-Savarin—, que decía para justificación propia, que el arte de la cocina implica un absoluto acatamiento a la voluntad del Creador, quien, después de ordenarnos comer para vivir, «nos invita a ello con el apetito, nos anima con el sabor y nos recompensa con el gusto».

Sobre la venturosa pesca a caña

POR JOSE MARIA CASTROVIEJO

«La verdad es, mi querido discípulo, que podemos decir de la pesca a caña lo que el Dr. Boteler dijo de las fresas, que «sin duda pudo hacer Dios frutas más ricas, pero que sin duda no las hizo Dios jamás». Y así, si me deja ser juez, jamás hizo Dios recreo mejor, más tranquilo, sosegado e inocente, que la pesca a la caña.» Isaac Walton: «The Compleat Angler».

NO conozco edición castellana de esta antigua obra de Walton —«El perfecto pescador de caña»—, considerada como clásica en Inglaterra, a la que el poeta Wordsworth, cantor del río Duddon en treinta y cuatro inmortales sonetos, dedica uno de sus mejores, el titulado: Escrito en una hoja en blanco de «El perfecto pescador de caña», y Unamuno un estupendo ensayo.

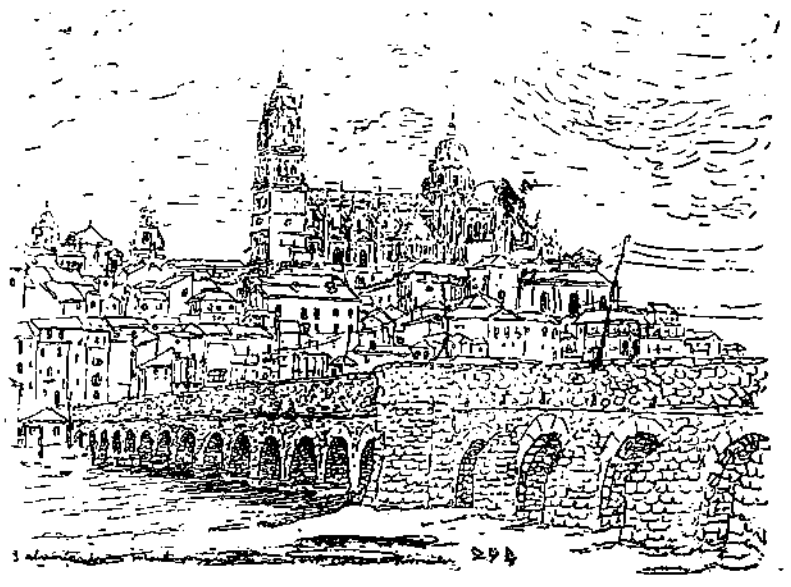
Isaac Walton nace en 1593 y muere en 1863. La primera edición de su obra data de 1653, siguiéndole con rapidez otras en vida del autor. La edición «princeps» se rotulaba así: «El perfecto pescador de caña o el recreo del hombre contemplativo. Discurso sobre los peces y la pesca, no indigno de que lo lean los más de los pescadores de caña. Díceles Simón Pedro: A pescar voy; y ellos le dijeron: También nosotros vamos contigo.» La lectura de este libro es una pura delicia, un musical sedante para el alma, aunque ésta no more en el cuerpo preciso de un pescador de caña. Wordsworth escribe que del «dulce libro» de Walton —«Sweet Books», le llama—, se desprende alegre piedad «gladsome piety», lo que explica maravillosamente la serena y reposada alegría de nuestro autor-pescador.

Walton discurre sobre el arte de pescar a caña, que con fruición y maestría practica en los ríos y arroyos del camino de Tottenham, en el Lee o en el Sawford, dando gracias a Dios por permitirle ver las truchas y las florecidas riberas, mientras el terrible «nivelador» Cromwel ensangrentaba a la «old merry Englad» con la seca espada del puritanismo, sediente siempre y atormentada con el problema de la propia y triste justificación.

Alejado de estos espantos, escribe Walton, con son de gaita escocesa o de muñeira —que para el caso es lo mismo—: «No hay vida tan feliz y tan alegre como la del pescador de caña que se gobierna bien, porque cuando el abogado está abrumado por los negocios y el hombre de Estado tramando o desbaratando intrigas, nosotros, los pescadores de caña, nos sentamos en macizos de «primaveras», oímos cantar a los pájaros y nos poseemos a nosotros mismos en tanta quietud como la de las silenciosas corrientes plateadas que vemos deslizarse tan quedamente a nuestra vera».

El apacible Isaac Walton erige su libro en forma de diálogo, al modo de nuestro Baltasar Gracián, su contemporáneo. Gracián nace en 1601 y muere en 1698, mucho más joven que el longevo inglés, y publica la primera parte de «El criticón» —su obra maestra— en 1651, o sea, dos años antes que «The compleat angler», de Walton, por lo que pudo éste haberla conocido, influyendo en el desarrollo de su libro la forma del gran jesuíta aragonés, conocido a través de su gran obra rápidamente en toda la Europa culta de entonces, que no necesitaba de Slogans publicitarios para acatar el verdadero valor de las novedades en el orden del pensamiento.

El maestro Piscator, con su discípulo —«scholar»— Venator, son un trasunto del juicioso Critilo y el ingenuo Andrenio, hombre de la naturaleza, un algo russoniano. Intervienen —como en «El criticón»— otros personajes: un cazador, una lechera, la pequeña Magdalena, Pedro y Coridón... pero el peso del diálogo, al igual que la inmortal obra de Gracián, lo llevan maestro y discípulo, que nos hablan aquí de la pesca con caña, de sus avatares y enredos,



(Dibujo de Wojrnoski)

de las truchas, de los salmones, de los barbos y de sus costumbres y modos de vida. Ofreciéndonos también, a modo de regalo, reflexiones sobre la humana vida, el poder, el arte o el campo, predilecta ansia de maestro y discípulo. El campo, regado por las heraclitanas y mudables aguas del río, que van todas al mar, que es al fin el morir, y que discurren, preciosas y castas, en el Loor espléndido del pobrecito de Asís:

«Laudato si, mi signore, per sor acqua, la quale e multo utile, et humele, et pretiosa, et casta...»

Porque junto a un río, Unamuno lo dijo en prosa, que bien vale la limpieza del agua: «se llega a paladear la vida misma, la vida desnuda; se llega a un gozar de las rítmicas palpitaciones de las entrañas, del incesante fluir del río de la sangre de nuestras venas, y entonces es cuando se percibe algo de lo que podríamos llamar la música del cuerpo, con tanta razón como los pitagóricos llamaban música de las esferas al concierto de los astros.»

La contemplación del quieto fluir del río nos lava de la sucia costra de cotidianos afanes, y limpia y monda el alma, respira a sus anchas por sus poros todos la serenidad augusta de la naturaleza. Entonces es cuando se aspira el perfume de aquella divina sentencia de que basta a cada día su malicia. A veces rompe el encanto del río la huidiza trucha que antes ha roto el sedal, y ante el lamento del discípulo replica el maestro Piscator, con filosofía digna de Marco Aurelio:

«No se ha perdido la trucha, porque os ruego tengais en cuenta que nadie puede perder lo que jamás tuvo», y a queja, por falta de suerte, con la caña del maestro: «Yo te presté mi violín, pero no mi arco...»

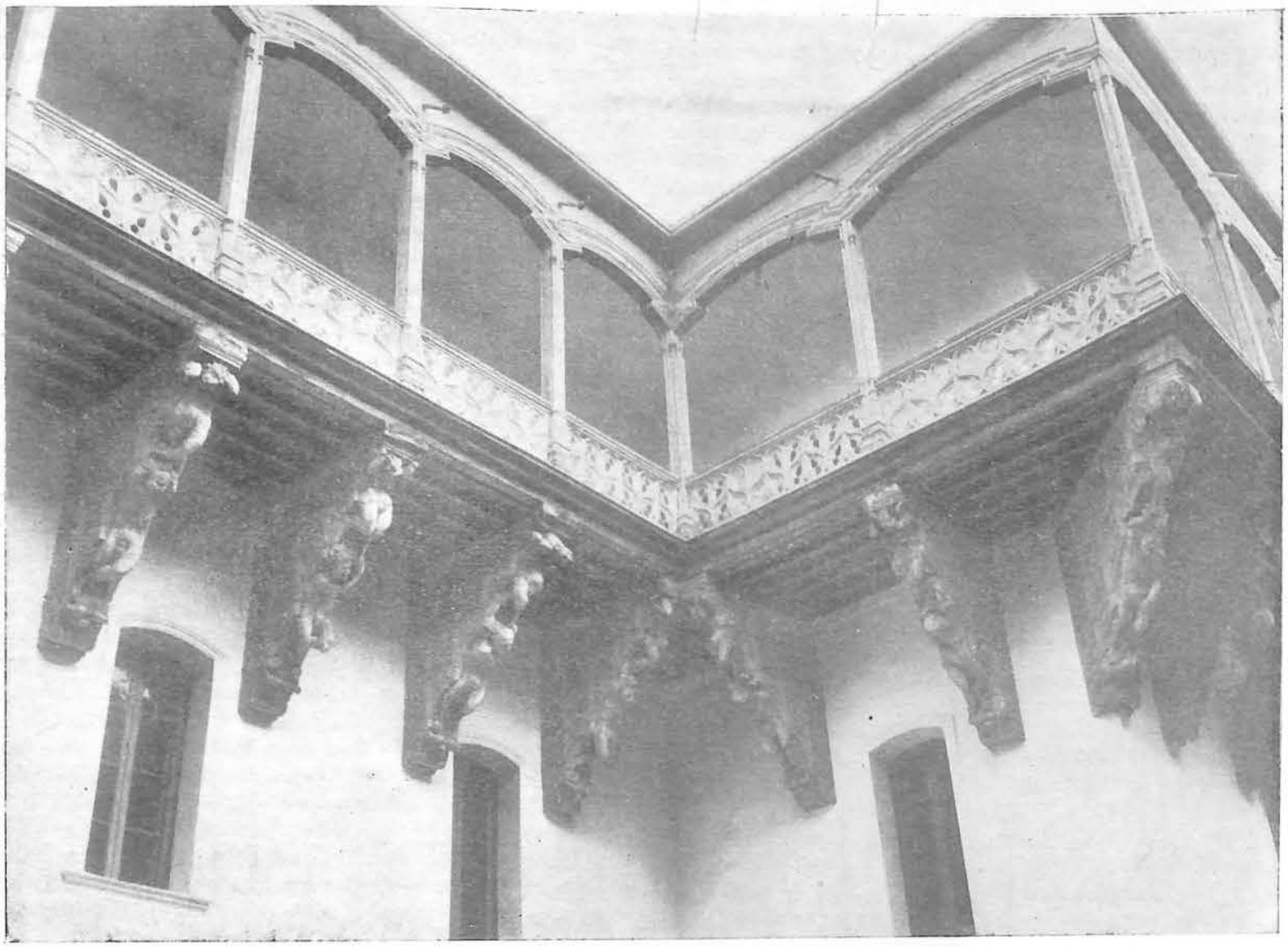
Porque para Walton la pesca a caña es arte en su más completa acepción: «El pescar con caña —dice— es algo como la poesía, para la cual hay que nacer, quiero decir, con inclinaciones a ellas, aunque puedan luego realzarse ambas artes con discurso y práctica; pero el que espera llegar a ser un buen pescador, no debe sólo criar un ingenio inquisitivo, curioso y observador, sino que ha de criar además una buena medida de esperanza y paciencia, y amor y propensión al arte por sí mismo, pues una vez que lo ha logrado y practicado, no dudará de que la pesca a la caña le resultará tan grata, que habrá de resultarle ser, como la virtud, recompensa de sí misma». Ya que: «Contemplación y acción ambas se juntan y pertenecen lo más propiamente al honestísimo, tranquilo e inocente de pescar con caña...»

El libro pide a voces una buena traducción. ¡Qué bien sonaría, acompañando a un espléndido salmón o trucha, su lectura castellana o gallega, cabe el Tormes, el Lérez, el Ulla o el Masma, en una de estas frescas tardes de mayo, en las que se alza el canto mojado del mirlo, y en las que hace nupcias el río con la tierra, los árboles y el cielo!

ENVIO:

A don Manuel García Blanco, gran señor de las buenas letras y de la buena amistad, dirijo hoy este escrito, por si él, con su erudición inteligente, pudiera esclarecer esta sugerencia mía, entre Gracián y Walton. Don Miguel de Unamuno dedicó a la obra de éste un interesantísimo ensayo, al que acabamos de hacer referencia. Que la sombra de Salamanca, dorada siempre para la mente y para el paisaje, pueda ser propicia al empeño. Seguro estoy que otra sombra, la de Isaac Walton, no dejaría de bajar agradecida a la frondosidad ribereña y hermosa del Tormes, cuyas aguas desdichadamente no pudo conocer en vida.

(Dibujo de Wojnoski)



Salamanca y el Islam español

POR MIGUEL CRUZ HERNANDEZ
Catedrático de la Universidad de Salamanca

SITUADA junto a un paraje que permitía vadear el Tormes con cierta facilidad, Salamanca nació hace varios miles de años en unos rápidos altozanos, de mediana altura, comprendidos entre la margen del río, las vaguadas de San Vicente y San Pablo y la Peña Celestina. Las excavaciones del Prof. Maluquer de Motes en la Peña de San Vicente han puesto de manifiesto que todo aquel lugar estuvo habitado antes de la llegada de los romanos. Sobre esta primitiva población —un castro más de los muchos que hubo en su distrito—, que nos legó su recuerdo en el viejo Toro ibérico que protegía el paso del ganado, se asentó la Salamanca romana, que redujo el perímetro de la ciudad abandonando la Peña de San Vicente, y que la abrió a las rutas de la historia al hacer pasar por ella la *Vía de la Plata,* cuyo Puente recuerda la importancia de este camino histórico. Como el Prof. Apraiz ha señalado, este camino, pese a la situación septentrional de Salamanca, haría que la ciudad gravitara más hacia el sur que hacia el norte; por esto en las divisorias administrativas romanas pertenecerá al convento jurídico de Mérida.

La estructura romana de Salamanca no debía cambiar durante muchos siglos. Es cierto que a Salamanca llegaron los pueblos germánicos; por ella pasaron los suevos y, ya en plena monarquía visigoda, el Obispado de Salamanca empezará a cobrar notoriedad a partir del III Concilio de Toledo; pero su paso por la ciudad sólo ha dejado escasas huellas: los sarcófagos de Santibáñez de Velanviles, la hornacina encontrada en el solar del actual Palacio Episcopal y restos de una lápida hallada al construir la nueva Facultad de Derecho, y que por ignorancia ha debido quedar empotrada en la nueva fábrica de tan desacertado edificio. Unos años después los musulmanes se adueñan de España y ya casi no volvemos a saber nada nuevo de Salamanca, a no ser noticias más o menos fantásticas, o nombres de salmantinos refugiados en Asturias, hasta los años de su repoblación definitiva por D. Raimundo de Borgoña. ¿Qué ha sido de Salamanca durante estos tres siglos?

Cuando en media docena de geniales paseos militares los musulmanes se apoderan de España, un inmenso silencio histórico oculta piadosamente la reacción y la sorpresa de los

menguados restos de la nobleza visigoda refugiada en las inaccesibles montañas del norte, entre los riscos verdes de la «España húmeda». Mientras que hay que esperar siglos para encontrar la primera crónica cristiana, las crónicas musulmanas empiezan a escribirse casi al día siguiente de la conquista. Para la inmensa mayoría de la población hispano-romana, la invasión musulmana no fué otra cosa que un «cambio de señor», ayer eran los godos, ahora vienen a serlo los musulmanes; la gran masa hispano-romana, por razones estrictamente económicas y vitales (por librarse del tributo que pagaban judíos y cristianos y del que estaban exentos los musulmanes), se islamizó bien pronto; esto debió hacer la mayoría de la población salmantina, mientras los pocos nobles godos y su Obispo corrían a refugiarse en las montañas de Asturias, estableciéndose después el Obispo desterrado de Salamanca en la Iglesia de San Julián de los Prados, en Oviedo.

Cuando los musulmanes llegaron frente a las costas de España, la monarquía visigoda se había destruído ya por sí sola al no saber absorber a los hispano-romanos y deshacerse en menguadas rencillas dinásticas. Y aunque los califas orientales recomendaron prudencia y nunca aconsejaron la conquista, las incitaciones de los rebeldes witizianos, y la facilidad de la razia efectuada por el oficial bereber Tariq bn Malluk en julio de 710 (Ramadán del 91), decidieron el desembarco. Tariq bn Ziyad, al mando de 2.000 árabes y 10.000 bereberes y Músá bn Nusayr con 15.000 árabes y 3.000 bereberes, sometieron en tres años la península ibérica. Según una hipótesis del historiador Saavedra, después de la reunión de los ejércitos de Tariq y Músá en Talavera, Músá se encaminó hacia la Sierra de Francia en persecución de D. Rodrigo, a quien habría derrotado en septiembre del 713 en Segoyuela de los Cornejos, a algunos kilómetros al este de la actual Tamames; Músá habría sido así el conquistador de Salamanca. Pero esta hipótesis es insostenible; lo que nos dicen los historiadores árabes es que Músá, acompañado de Tariq, marchó a Toledo, donde este último le entregó las riquezas de los tesoros reales y eclesiásticos y allí se estableció Músá como gobernador aparente y real señor de España. Lo más curioso del caso es que Músá marchó de Toledo a Zaragoza —y caminaba hacia Lérida— cuando fué llamado por el Califa de Damasco, y Tariq ocupó entonces Cataluña, vuelve sobre Aragón y entra en Castilla por la Rioja, llegando a León y Astorga, mientras que Músá, que había demorado su viaje al Oriente, pasa del valle del Ebro al alto Duero y salta de allí hasta Asturias; de la región comprendida entre el Tajo y el Duero, y en el centro de ella Salamanca, no nos dicen nada los historiadores musulmanes. Fué, por tanto, 'Abd al-'Aziz, hijo y sucesor de Músá, quien en una expedición dirigida hacia Portugal, ocupó pacíficamente Salamanca hacia el año 715, en la misma época en que ocuparon los musulmanes Coimbra.

Como los musulmanes que arribaron a España eran soldados y, por tanto, no vinieron acompañados de mujeres, los invasores tuvieron que tomar sus mujeres entre las españolas, y dada la amplitud de la legislación coránica en materia matrimonial, al cabo de muy pocas generaciones la población fué bien pronto homogenea. Pero al hacer los asentamientos de los conquistadores sobre el país conquistado, los árabes, pese a ser la minoría, se atribuyeron la parte del león, quedándose con las feraces campiñas levantinas y andaluzas, el valle del Ebro, Toledo y las riberas del Guadiana; para los bereberes, acostumbrados a sus ásperas tierras, quedó Galicia y el actual reino de León. Fueron, pues, bereberes islamizados los musulmanes que se asentaron en Salamanca. Pero el año 750 una prolongada sequía produjo una ola de hambre, mantenida durante cinco años por heladas y falta de recursos; este período de escasez fué desastroso para todo el norte de la península y fatal para la ocupación musulmana del noroeste. Los bereberes, poco acostumbrados al frío y a los cambios climatológicos de esta región, abandonaron Galicia primero, después León y a la postre Salamanca, que hacia el 755 quedó casi desierta; de este período arranca la despoblación de Salamanca.

Al compás de la evacuación de los bereberes del noroeste de España, las guerrillas cristianas de Alfonso I fueron entrando en estos territorios semi despoblados, ocupando Lugo, Túy, Oporto, Braga, Viseo, Amaya, Osma, Simancas, León, Astorga y Zamora, estableciendo su frontera en el Duero y llegando en una razia a Salamanca hacia el 756. Pero como Alfonso I no disponía ni de fuerzas militares para ocupar permanentemente tan amplia zona, ni población suficiente para repoblarla, tuvo que abandonar Salamanca y toda la zona comprendida hasta el Duero. El emir cordobés Yusuf ab-Fihrí intentó repoblar estas regiones a base de colonias andaluzas, pero éstos prefirieron, naturalmente, los terrenos más fértiles. La frontera musulmana quedó establecida en Coria; la cristiana en el Duero; entre ese terreno quedó la actual provincia de Salamanca, guarnecida por alguna avanzadilla, ora cristiana, ora musulmana —según el ritmo de la guerra—, y poblada por una pequeña población mozárabe; y así había de permanecer durante doscientos cincuenta años.

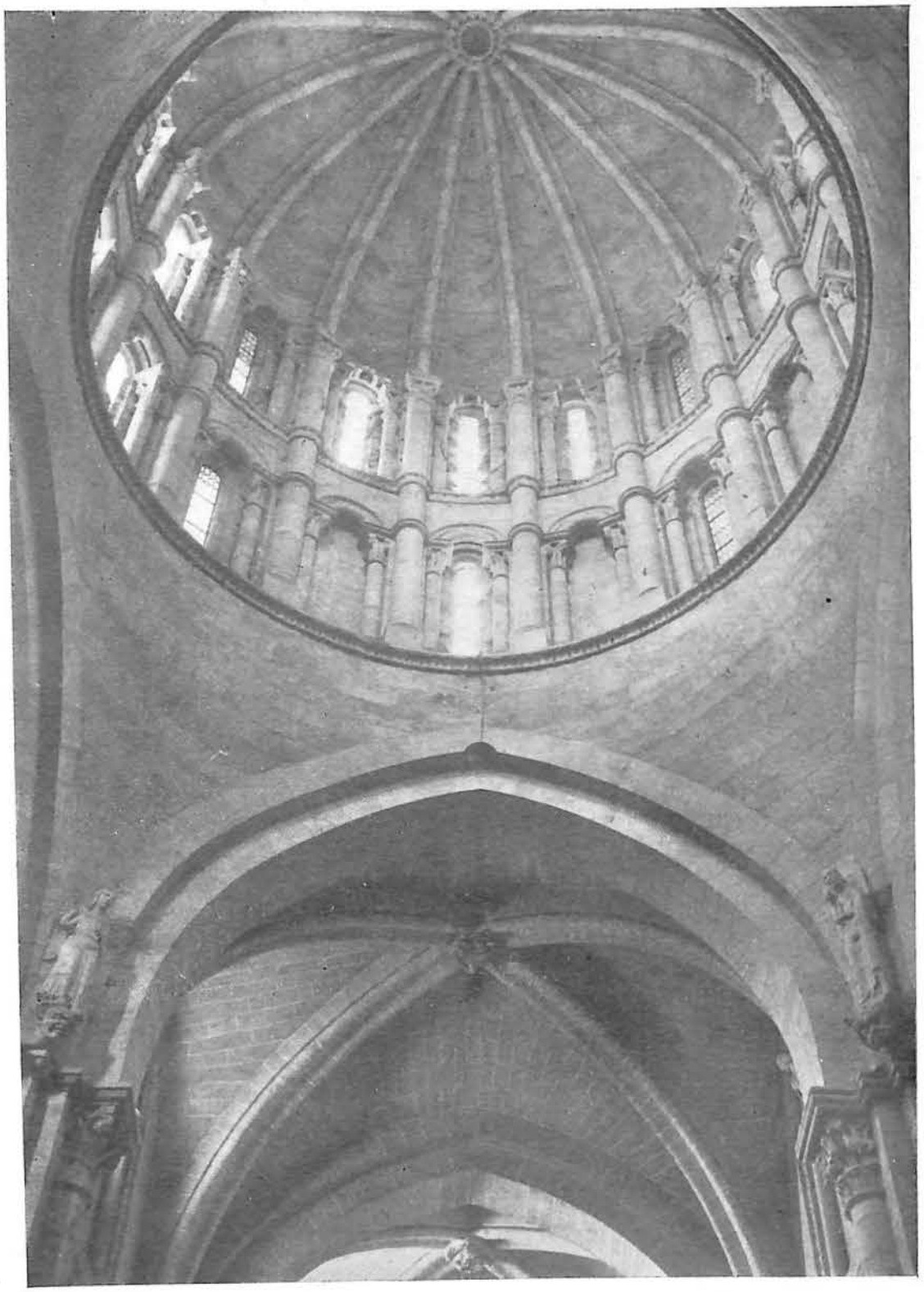
Consolidada la conquista de España por los musulmanes por 'Abd-al-Rahmán I, su sucesor Hisam I realizó una serie de *aceifas,* o campañas estivales, contra el noroeste de España; y una de ellas, la del 785, se apoderó de Astorga, consolidando así la situación de la avanzadilla musulmana de Salamanca. Hacia el 798, Alfonso II de León hizo una incursión en la que debió acercarse a Salamanca; pero el año 808 las tropas de al-Hakam I hicieron retroceder al monarca cristiano. De nuevo en el verano del 826 pasaron las tropas musulmanas por Salamanca, al mando del general 'Ubayd Allah bn 'Abd Allah al-Balansí; el 838 la columna de al-Walid bn Hisam; el 846 y el 848 las columnas de los príncipes Muhammad y al-Mundir. Según la crónica del *Albeldense,* Ordoño I (hacia el 862) conquistó Salamanca, permitiendo a su gobernador militar que se retirase a *Peña Sacra,* lugar no identificado, quizá el macizo de la Peña de Francia; la tradición ha supuesto que Ordoño I cautivó al gobernador musulmán y a su mujer y pasó a cuchillo a los defensores de Salamanca, pero el testimonio del *Albeldense* es terminante y no permite hoy sostener esa tradición. La campaña fué una simple excursión militar y Ordoño I no conservó Salamanca. El mismo carácter tuvo la expedición de Alfonso III, que el año 866 llegó a Salamanca, pero sin ocupar permanentemente esta ciudad. Poco después, durante la sublevación de Ibn Marwán el Gallego contra Muhammad I, tanto las tropas de Ibn Marwán y de su aliado Alfonso III, como las del príncipe al-Mundir hicieron de Salamanca su lugar obligado de tránsito, siendo arrasada varias veces la vega salamantina, en especial en la campaña del año 873.

Cuando Alfonso III reconstruyó a Zamora el año 899 y repobló la comarca comprendida entre Coimbra, Astorga, León y Zamora con colonos mozárabes procedentes de la España musulmana, la posición de la pequeña guarnición musulmana de Salamanca se hizo insostenible, sobre todo a partir de la derrota del presunto *Mahdí* Ibn al-Qitt (901) frente a Zamora; toda la actual provincia de Salamanca queda entonces abierta a las incursiones de los cristianos, hasta que el Califa 'Abd al-Rahmán III decidió llevar la guerra a territorio cristiano, aplastando en Valdejunquera (920) al ejército cristiano, batalla en la que fué hecho prisionero Dulcidio, Obispo de Salamanca. Hacia el 938 'Abd al-Rahmán III debió pasar por Salamanca, en cuya vega debió revistar a su ejército; pero tras de la batalla del «foso» de Simancas, Salamanca tuvo que ser abandonada por la guarnición musulmana. Sin embargo, la identificación de esta batalla con la localidad de Alhandega (Salamanca) no tiene ningún fundamento histórico; se trata de una mala lectura del gran historiador Dozy que confundió el «foso» (en árabe *al-jandaq)* con Alhandega *(medinat al-jandat).* Este tiempo permitió a Ramiro II intentar la repobla-

ción de Salamanca y de todo el valle del Tormes, repoblación que debió hacerse en escala muy reducida, pues el año 944 el general Ahmad bn Alyas penetra en Salamanca, camino de Galicia; y en los años 497 y 498, otro general Omeya, llamado Qand, penetró primero hasta Béjar y después subió por Salamanca hasta Galicia, expediciones que se repiten los años 951, 952 y 953. El poderío musulmán se afianza de nuevo en esta marca fronteriza, y el año 972, Fernán Lainez, conde cristiano encargado del gobierno nominal de Salamanca, marcha a Córdoba con una embajada de paz y vasallaje ante el Califa al-Hakam II.

Al subir al trono Hisam II, los cristianos vuelven a controlar la región salmantina, pero por muy poco tiempo, ya que Almanzor —que aún era un palaciego desconocido en las lides militares— eligió precisamente a la región salmantina como teatro de su primera campaña militar, saliendo de Córdoba a fines de febrero del 977, arrasando la fortaleza al-Hamma (hoy Baños de Montemayor) y dejando abierto el camino hacia Salamanca. Cuatro años después (981) Almanzor ocupa a la ciudad, camino de Zamora; desde este momento Almanzor visita a Salamanca varias veces, en 984, 986, 995 y 997; en una de estas campañas Almanzor destruyó los arrabales de Salamanca. Finalmente, el año 1005 Abd al-Malik, hijo y sucesor de Almanzor, pasó por Salamanca, camino de León y Galicia, arrasando de nuevo a Zamora (que desde el 981 estaba en ruinas) y desmantelando a Salamanca. Tras de estas campañas, la región comprendida entre el Duero y el Tajo queda casi en absoluto despoblada y por entero destruída. El año 1055 Fernando se apodera de Salamanca, pero sin llegar a ocuparla y repoblarla de una manera permanente. A la caída de Toledo, el año 1085, Salamanca y toda la región queda libre del peligro de las aceifas musulmanas y hacia 1087 empiezan los intentos de repoblación, que culminaron el año 1102, bajo la dirección de D. Raimundo de Borgoña, hijo político de Alfonso VI.

La situación de Salamanca, durante unos trescientos años, en el centro de la «tierra de nadie» que se disputaban musulmanes y cristianos, justifica la inexistencia de restos arqueológicos árabes en la ciudad y su provincia, salvo unas cuantas monedas árabes aisladas y fortuitas. La ciudad siguió reducida a sus límites romanos y su población limitada a un pequeño grupo mozárabe asentado en la ribera del Tormes. El recinto de la ciudad, arrancando de la Puerta del Sol, iba por el principio de la actual calle de Meléndez Valdés, penetrando por el edificio de la actual Universidad Pontificia e iba por las calles de Sierpes, Cervantes y Cuesta del Colegio de Oviedo, a la Peña Celestina; de allí torcía hacia la Puerta del Río, siguiendo el curso de los actuales restos de la muralla, volviendo a torcer hacia el Seminario de Carvajal y Puerta de San Pablo; de allí subía por las calles del Silencio y el Tostado y cruzaba por la hostería de Anaya a la última casa de la actual calle de Palominos, donde se unía con su punto de arranque. El principal baluarte frente al norte era el Castillo Viejo, situado en la Puerta del Sol, un poco más acá de la actual ermita de San Isidro; y todo el recinto tenía cinco puertas: del Sol (frente a San Isidro), Postigo Ciego (frente a San Millán), de San Juan (en la Peña Celestina), del Río y de San Sebastián (Silencio, esquina Tostado). El centro de la ciudad musulmana era la plaza de Azogue viejo, situada frente a la Iglesia Mayor de Santa María de la Sede. El principal templo cristiano de la ciudad durante todo este período, fué la iglesia de San Juan el Blanco, situada en la calle del Obispo. Anteriores a la repoblación fueron las iglesias de San Isidoro (hoy San Isidro), la de San Andrés, San Nicolás de



Cúpula gallonada de la Torre del Gallo.

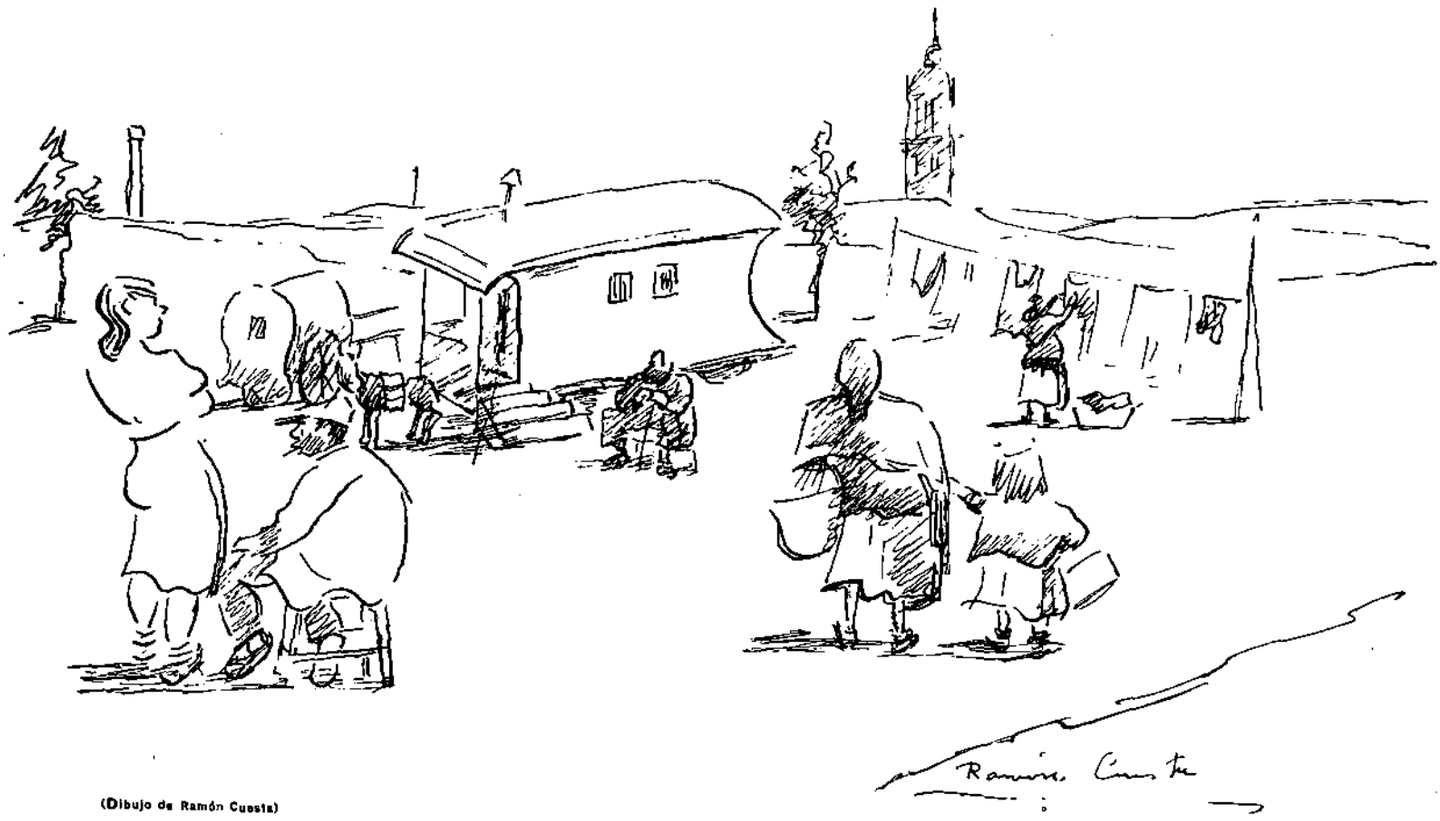
(Fotos Instituto Atmaller)

Bari y Santa María de la Vega, todas ellas en el barrio mozárabe, y probablemente el Monasterio Benedictino de San Vicente. En la ciudad, aparte del topónimo árabe ya citado, de la Plaza del Azogue Viejo, o sea del Mercado, se ha conservado aún el de la Aceña del Muradal. En la provincia aparecen, entre otros, los de Valmuza, los Huelmos, Carpio de Azaba, Dehesa de la Rábida (cerca de Pedrotoro), Guadapero, Villar del Profeta, Azán (después de Arapiles), Dehesa de los Alizaces (cerca de las Cuatro Calzadas), Mozárbez, Alhandega (hoy Fresno), Almenara, Zaratán, Guadramiro, Zafroncino Grande y Zafroncino Chico, Zafrón y algunos más. En distintos lugares de la provincia la tradición ha conservado el nombre de *moro* para designaciones topónimas, así Calzada de la Reina Mora (Zamarra), Fuente de la Mora (Cavaco), Picón de la Mora (Yeltes), Casas del Moro (Traguntía), Casa del Moro (Villaseco de los Gamitos), Cueva de la Mora (Golpejas). En el río Yeltes se encuentran aún viejos molinos, algunos de los cuales se les llama todavía el *Alijor*.

Pero si la ocupación de Salamanca por los musulmanes nos ha dejado tan escasos recuerdos, la influencia del Islam había de continuar después de la definitiva conquista de Salamanca por los cristianos. Arrancando de las advocaciones a las que estaban consagradas las iglesias salmantinas, el profesor Apraiz ha podido mantener la tesis de que la vieja Calzada de la Plata fué la principal arteria de la vida cultural de la región salmantina; por ella no solo subieron de Sevilla a León los restos mortales de San Isidoro, sino también las líneas esenciales del arte andaluz; los modillones de lóbulos de las primitivas iglesias románicas salmantinas, las cúpulas de gallones, las armaduras y artesas mudéjares, las zapatas moriscas, el alfiz que encuadra puertas y ventanas, aparte de los tejidos y bordados de gusto oriental. A través de este camino llegaron en el siglo x al Reino de León tejidos, joyas, adornos y utensilios domésticos andaluces, que se venderían acá en el Azogue Viejo o Mercado, como el alchaz (seda), el *alfaneque* (piel de comadreja blanca), la *almexia* o túnica, la *algupa* o túnica corta, la *adorra* o túnica de botones, la *arrita* y el *ferruci* (mantos), la *sarama* (capa), el *soramen* (albornoz), el *alifafe* o colcha, el *albexi* o brocado y el *tiraz* de seda bordado; allí se comprarían las *arradomas* (frascos), el *aceptre* (caldero), las *arganas* (alforjas) y el *fazale* (mantel), vocablos todos testimoniados en el reino de León antes del siglo xi. La pervivencia en este territorio de los mozárabes primero y de los moriscos después ha quedado también atestiguado por los términos *almunia* (huerto), *alcor* (colina), *almuzara* (cercado), *aceña* (molino hidráulico), *allizaze* (cimientos), *adonera* (horno de ladrillos), *alfóndega* (posada), *maragata* (venta), *alveidar* (herrador), *manería* (falta de hijo), *alcabalas* (impuestos), *albara* (exención) *maquila* (pago en especie) y *albalá* (registro). La aljama mudéjar de Salamanca fué, junto con las de Astorga, León y Zamora, una de las más importantes del reino de León, consagrándose los mudéjares salmantinos al comercio y la artesanía, extendiendo su influencia hasta algunas comunidades de mudéjares agricultores, cuya huella puede rastrearse aún en los topónimos de algunas localidades de la Armuña.

Fué así Salamanca, en estos siglos en que se forjaba el perfil espiritual de España, camino casi forzado del saber y de la cultura que subía del Islam hacia la incipiente España cristiana. Este eco, que luego resonará en la primitiva Universidad de los siglos xiii al xv, perdurará largo tiempo hasta las magníficas zapatas en piedra del claustro de las Dueñas y las ménsulas arcaizantes del Palacio de la Salina.

NOTA.— Dado el carácter de este trabajo y la índole de la revista en que se publica, he prescindido de toda indicación bibliográfica, que además hubiera resultado ineficaz para todo el lector no especialista, ya que la mayor parte de las crónicas musulmanas están sin traducir e incluso algunas sin editar. Los nombres propios árabes, excepto los ya castellanizados, los he transcrito de acuerdo con el sistema de la escuela de arabistas españoles, omitiendo los signos diacríticos por carecer de tipos de imprenta adecuados.



(Dibujo de Ramón Cuesta)

EL ESCUDO DE SALAMANCA

POR CARLOS GUTIERREZ DE CEBALLOS
Alcalde de la ciudad

CONFERENCIA LEIDA POR SU AUTOR EN LA INAUGURACION DEL CURSO ACADEMICO 1954-55 DE LA ESCUELA DE NOBLES Y BELLAS ARTES DE SAN ELOY, DE SALAMANCA.

EN nuestra ciudad campean numerosos escudos prendidos de los aleros de sus palacios, de sus iglesias y edificios públicos. Nuestra piedra dorada se ha prestado a dar forma, como a un adorno más de su primorosa orfebrería, al escudo de Fernando y de Isabel, escudo imperial en que los haces de flechas y el yugo son algo más que un simple adorno al ser puestos con voluntad de lema o mote heráldico; también el escudo imperial de Carlos V, los escudos de las familias salmantinas, escudos de los Maldonado, de los Fonseca, etcétera. Menos abundantemente, es cierto, más moderno también, aparece en distintas ocasiones el escudo de la ciudad, que es lástima no vayan colgando en las nuevas edificaciones sus arquitectos para lograr que no se pierda una hermosa tradición arquitectónica de nuestra ciudad.

Pero hablemos hoy tan sólo del escudo de Salamanca, de la ciudad, escudo de los denominados «partidos», por estar dividido en dos partes por una línea vertical, formando así dos campos o cuarteles. Contiene también en la parte superior un triángulo o cuña, cuyo vértice coincide con la línea divisoria, lo que en Heráldica recibe el nombre de «entado».

El cuartel derecho ostenta cuatro barras o varillas rojas sobre fondo de oro con una orla o bordura de ocho cruces de plata, en campo azul, semejantes a las que sirven de emblema a las órdenes Hierosimilitanas. Es importante advertir que estos símbolos, emblemas o armas del cuartel derecho de nuestro escudo, constituyen los principales y más representativos de la ciudad, porque es ley de heráldica que el cuartel derecho sirva para colocar en lugar preferente las armas principales y distintivas de la persona a quien corresponde el escudo, siendo las figuras contenidas en las restantes partes del mismo, unos símbolos secundarios menos importantes.

El cuartel izquierdo, ya de segundo orden, encuadra como figura un puente y en éste un árbol cruzado por un toro. En el entado o triángulo superior están representadas dos cabezas de dragones.

Su forma fué en principio la generalmente adoptada al implantarse los escudos en España, que era la cuadrilonga —redondeada en la parte inferior—, que más adelante se terminó en punta o con un pico central. Pero la forma del escudo de Salamanca no es esencial al mismo, como no lo es para ninguno otro, ya que en todos viene determinada por la influencia de los estilos arquitectónicos y los gustos de las diversas épocas. Así vemos que nuestro escudo se presenta unas veces alargado, otras ensanchado, otras con base curva, otras con base en punta, otras exento de elementos decorativos, si bien es la dominante la de estar enmarcado profusamente con orlas y adornos parecidos a lambrequines, de marcado sello barroco, debido a que la mayoría de los escudos de Salamanca que se conservan, labrados en piedra o dibujados, pertenecen a los siglos XVII y XVIII, época en que domina el estilo barroco con sus excesos ornamentales.

Rotonda de San Marcos.
(Dibujo de Molina Sáez)

Se observa también que en ocasiones se fracciona el escudo, especialmente durante el siglo XVIII, haciéndose dos de él, en uno de los cuales se representan las cuatro barras, la orla de cruces y los dragones, y en el otro el puente, el toro y el árbol, lo que obedece, sin duda, a conveniencias deco-

rativas. Cuando se ha recurrido a utilizar el escudo como elemento ornamental, han tenido que presentarse separadas las armas de sus cuarteles para evitar la monotonía de repetir varias veces idéntico motivo, de lo que son buen ejemplo los que decoran las puertas y fachada de la Casa Consistorial, conteniendo por separado las armas para lograr una variedad decorativa.

De igual forma, es frecuente encontrarse, sobre todo en documentos oficiales, con que el escudo se limita a representar el puente, el toro y la encina, prescindiéndose de las cuatro barras, la orla y los dragones. La razón de esta limitación puede ser la de haber tratado de simplificar la expresión de los símbolos representativos de Salamanca, utilizando sólo los populares.

Finalmente, son muchos los escudos de Salamanca en los que se encuentran diversas omisiones y alteraciones, cual las de supresión de las cruces de la orla, dar a éstas diversas formas, aumentar o disminuir el número de las mismas o el de las barras, rodear todo el escudo con la orla del cuartel derecho, cambiar la colocación del toro y del árbol, almenar el puente, etc., errores que se explican por el capricho del artista encargado de su realización o el desconocimiento que éste tuviera del contenido exacto de los cuarteles.

¿Qué significado tiene, qué representa y cuál es el origen de los signos, símbolos y figuras contenidos en los cuarteles del escudo de Salamanca anteriormente descritos?

Dorado, en su «Historia de la ciudad de Salamanca», consigna que en el antiguo cronicón conservado en el archivo del Ayuntamiento de la ciudad, se dice, al folio 218, que las barras de nuestro escudo fueron añadidas a éste por el conde don Ramón de Borgoña, esposo de la infanta doña Urraca, única hija de Alfonso VI, por constituir sus armas y ser ello natural, ya que en todos los pueblos sus patricios han deseado eternizar lo más memorable de sus hechos.

Villar y Macías demuestra, en su «Historia de Salamanca», el error del cronicón y de los que en él se apoyan para sostener que si el escudo de Salamanca tiene las cuatro barras rojas sobre fondo de oro, lo es por ser las armas de don Ramón de Borgoña, primer repoblador de la ciudad, manifestando que ello es imposible, por haber sido las de don Ramón un león en campo verde y tres bastones rojos, agregando que lo más probable es que esas barras procedan del infante don Sancho de Aragón, conde de Rosellón, que ostentó el Gobierno de Salamanca de 1178 a 1180, cuyo infante las tenía como armas por ser las de Aragón y pertenecer a la Casa Aragonesa, habiendo añadido a ellas probablemente la orla azul que también tiene el cuarlel derecho de nuestro escudo, porque azul era el color de la antigua bandera de Aragón.

Estamos de acuerdo con Villar y Macías en que las armas del cuartel derecho del escudo de Salamanca no fueron llevadas a éste por ser las del conde don Ramón de Borgoña, pero no estamos conformes con la opinión que sustenta de que procedan del infante don Sancho de Aragón.

Resulta en principio poco convincente que Salamanca incorporara a su escudo las armas de don Sancho de Aragón, porque si bien fué Gobernador de esta ciudad, su gobierno sólo duró dos años, en los que la historia no señala ningún mérito por él adquirido, ni hecho memorable alguno realizado en pro de Salamanca, que mereciera perpetuar su nombre llevando sus armas al escudo de la ciudad.

No existe tampoco coincidencia absoluta entre las armas que Villar y Macías dice que usó el infante don Sancho y las del cuartel derecho del escudo de Salamanca, pues éstas son cuatro barras rojas sobre fondo de oro, orladas con ocho cruces hierosimilitanas o representativas de Jerusalén sobre fondo azul, y en cambio, las que se achacan a don Sancho, son las cuatro barras rojas de la Casa de Aragón a la que pertenecía, pero sin la orla con las ocho cruces, que nunca ostentó el escudó aragonés ni pudo llevar al suyo el referido infante, porque esas cruces simbolizan haber intervenido en la conquista de Jerusalén, en la que no participó para nada.

Pero no son solamente estas razones las que aconsejan desechar el origen que de las armas del cuartel derecho de nuestro escudo señala Villar y Macías, sino la de que, a nuestro parecer, está clarísimo el que esas armas fueron las del conde don Vela de Aragón, que intervino como caudillo de los castellanos en la primera repuebla de Salamanca, llevada a efecto por el conde don Ramón de Borgoña y que— luego de la muerte de éste— fué encargado, en el año 1109, de la segunda repoblación de la ciudad y nombrado entonces Gobernador de ella, cargo que desempeñó hasta el año 1124. El conde don Vela fué destacado guerrero al servicio de Alfonso VI, premiado por éste con el señorío de Ayala, del que fué el primer señor, que asistió a la conquista de Jerusalén y gozó de gran prestigio y fama por sus actuaciones y hazañas de las que hay memoria con el sabor de leyenda.

Este conde don Vela de Aragón usó como armas las cuatro barras rojas en fondo de oro, no por pertenecer a la casa aragonesa, pues entonces ésta no las había aún adoptado (ya que no lo hizo hasta después de la muerte de don Vela, o sea hasta que la reina doña Petronila de Aragón contrajo matrimonio con don Ramón Berenguer, conde de Barcelona, que las usaba como descendiente de Wifredo el Velloso, primero en ostentarla), sino por descender, por su madre, de la Casa de Barcelona.

Al iniciarse la primera Cruzada, el conde don Vela se enroló en uno de los ejércitos de Cruzados, probablemente en el del conde de Tolosa, a quien debió conocer cuando éste vino a España con el duque de Borgoña y el conde don Ramón de Borgoña, a auxiliar a Alfonso VI en la empresa de rechazar la primera expedición de almorábides. Después de haber sufrido grandes penalidades, calamidades y fatigas en aquella cruzada, logró la gloria de asistir al sitio de Jerusalén y a su conquista el 15 de julio del año 1099.

Para hacer ostensible y perpetuar esta honrosísima y destacada hazaña, agregó don Vela a sus armas una orla de ocho cruces del tipo o forma de las que se usaban como

representación de Jerusalén, colocadas en campo azul, quedando desde entonces formado su escudo por las cuatro barras rojas sobre fondo de oro con una orla de ocho cruces de plata, representativas de Jerusalén, sobre campo azul.

Que éste fué el escudo de don Vela de Aragón es cuestión que parece no ofrecer duda, en primer lugar porque una ciudad que, en honor del mismo —por haberla conquistado o repoblado—, recibió el nombre de don Vela, y hoy, por corrupción, es denominada Nombela, adoptó como propio ese escudo del conde, y en segundo lugar, porque el escudo de los descendientes de don Vela en Salamanca, que fueron los Rodríguez de las Varillas, cuyo apellido tomaron del nombre de don Rodrigo, hijo de aquél, que también fué Gobernador de Salamanca, y de las cuatro barras o varillas que traían como armas, contiene precisamente las cuatro barras rojas en fondo de oro orladas con las ocho cruces en campo azul.

El cuartel derecho del escudo de Salamanca es, por tanto, idéntico al escudo del conde don Vela de Aragón, segundo repoblador de Salamanca y Gobernador de ella durante muchos años, usado también por su hijo y por todos sus descendientes los Rodríguez de las Varillas.

No desvirtúa en lo más mínimo esa identidad las razones que contra ella aduce Villar y Macías, que son: 1.ª Que el conde don Vela no pudo usar como armas las cuatro barras rojas sobre fondo de oro tomándolas del Reino de Aragón, pues aunque perteneciese a la Casa Aragonesa, ésta no las tenía entonces como escudo. 2.ª Que las cruces que en el escudo de Salamanca orlan las barras son potenciadas, de plata, mas no de Jerusalén, porque de serlo se ostentarían en campo de oro, pues aunque es ley de heráldica no poner metal sobre metal, se hace esta excepción por debida reverencia a la cruz en que expiró el Salvador del mundo.

Pero al hacerse estas observaciones no se tiene en cuenta que si el conde don Vela tenía como armas las cuatro barras rojas, no fué por ser descendiente de la Casa de Aragón, sino por descender de una señora perteneciente a la Casa de los condes de Barcelona, que ya entonces las ostentaban en su escudo y que, aunque así no fuese, don Vela pudo escogerlas como sus armas, puesto que en aquella época los nobles adoptaban libremente las que les parecían oportuno como distintivo de su persona y casa; y tampoco se tiene en cuenta que a principios del siglo XII, cuando don Vela añadió a sus armas la orla de ocho cruces en campo azul —al regresar de la conquista de Jerusalén para que su intervención en ella tuviese constancia y perpetuidad—, no estaba regulado el uso de las armas, ni existían leyes para componerlas e interpretarlas, lo que no se hizo sino bastante después (primero por los heraldos y luego por los heraldistas para terminar siendo el arte y la ciencia denominada heráldica), por lo que don Vela pudo colocar las cruces sobre campo del color que quisiese, sin que por ello pueda sostenerse que, al no estar sobre campo de oro, no sean cruces representativas de Jerusalén.

Santo Tomás Cantuariense.

(Dibujo de Molina Sáez)

La patente igualdad entre las armas del conde don Vela y las del cuartel derecho del escudo de Salamanca, demuestra que las de aquél fueron llevadas a éste en su honor, para perpetuar la actuación destacadísima que tuvo en las dos repoblaciones de Salamanca y en el Gobierno de la ciudad.

Ello, por otra parte, parece lo lógico y lo obligado, pues si don Vela intervino como caudillo de los castellanos en la primera repoblación de Salamanca encomendada al conde don Ramón de Borgoña, en la que actuó más brillante y eficazmente que éste —que no pudo ocuparse de ella por las necesarias ausencias motivadas por constantes expediciones guerreras que le encomendaba su suegro Alfonso VI—, y fué encargado de la segunda repoblación de la ciudad, a la que gobernó durante quince años, llevando a cabo la más importante y extensa labor repobladora, base de la grandeza de la ciudad, realizando importantísimas obras y dictando loables disposiciones reguladoras del régimen de la población, se hizo así acreedor a que sus armas fueran incorporadas al escudo de la ciudad que tanto le debía; y si don Rodrigo Gómez y don Fernando Rodríguez de las Varillas, hijo y nieto, respectivamente, del conde don Vela, fueron, como él, Gobernadores de Salamanca y sus descendientes constituyeron familias aristocráticas e influyentes en la ciudad, es de presumir que, en homenaje a su ascendiente y por orgullo de su propio linaje, lograran que las armas de aquél fueran incorporadas al escudo de Salamanca, por la que con tanta

trascendencia trabajó. Confirma esta conclusión el que, hace muchísimos años, Blasco de Lanuza refería que los salmantinos, en homenaje al que fué su buen Gobernador, sacaban todos los años el pendón de la ciudad con las armas de don Vela, lo que quiere decir que dichas armas fueron ostentadas como escudo en la bandera de Salamanca para quedar, agregamos nosotros, de una manera definitiva, formando parte del mismo.

Después de lo dicho cabe afirmar, con debido fundamento, que las cuatro barras rojas con fondo de oro orladas con las ocho cruces en campo azul del escudo de Salamanca, son las armas del conde don Vela y que con ellas se quiso representar o simbolizar uno de los hechos más importantes y trascendentales para la ciudad: el de su repoblación y ampliación, que significó la transformación de Salamanca en una de las ciudades más importantes de España, base de la grandeza y gloria que posteriormente tuvo y que sirvió también para la formación de familias que han dado hombres de prestigio, no solamente nacional, sino internacional.

Por esto, sin duda, esas armas simbólicas de sucesos locales de consecuencias tan acusadamente favorables para la vida de la ciudad, fueron llevadas al cuartel derecho de nuestro escudo, lugar del mismo en que, dicho está, es ley de heráldica se coloquen las armas principales y distintivas de la persona a quien corresponde el escudo.

Vamos ahora a ocuparnos del significado de las figuras que componen el cuartel izquierdo, esto es, del puente, del toro y del árbol. No precisa que sea desentrañado el significado del puente ya que resulta claro el que, si se ha llevado al escudo, es por constituir el monumento más antiguo, visible y apreciable de la ciudad que, además, marcaba el paso de una calzada principal sobre un río. No está, en cambio, nada claro lo que simboliza el toro.

Hay historiadores que justifican la representación del toro en una leyenda, según la cual, estando establecidos los moros en el cerro de San Isidro y los cristianos en el Arrabal del Puente, y no atreviéndose unos ni otros a atravesar el puente ante el temor de ser acometidos aquéllos por éstos o viceversa, observaron los cristianos que un toro atravesaba todos los días el puente para pastar en unas huertas, y como los moros no le hacían daño, determinaron atravesarlo ellos, logrando ponerse en relación con los moros y naciendo así la convivencia con los mismos.

Otros historiadores nos hablan de que el toro significa el haber sido éste un ídolo primitivo; el arrojo con que los naturales de la ciudad emprenden cualquier acción honrosa; y también la cantidad y calidad que en todos tiempos ha existido de ganado vacuno en la comarca de Salamanca.

Prescindiendo de la leyenda, puede tener el toro cualquiera de los significados que acabamos de indicar que le asignan los historiadores, aunque alguno de ellos, como el de haber sido el toro un ídolo primitivo, resulte poco admisible, ya que no es fácil que, por tradición, después de tantos siglos, se conservase en el siglo XII —fecha en que es probable se adaptase el escudo— el conocimiento del culto primitivo al toro, ni ello debía ser conocido por otros medios en dicha época de escasísima cultura. Y aun de conocerse tal hecho era intrascendente y no merecía trasladarlo al escudo como distintivo de Salamanca.

Creemos que el toro represente sencillamente una parte complementaria del puente, con lo que quiero decir que el monumento ibérico denominado toro de la puente, que hoy día, por iniciativa del Centro de Estudios Salmantinos, el Ayuntamiento de Salamanca ha sacado del olvido en que se encontraba restaurándolo y colocándolo en un monumental pedestal, estuvo siempre colocado, como hito terminal o mojón de calzada o por cualquier otro motivo, a la entrada del puente de Salamanca desde que fué construído éste y donde el autor del Lazarillo del Tormes sitúa la escena del calabazón que el ciego, con engaño, le hizo dar contra el pétreo animal, formando así durante siglos un elemento inherente al puente y casi consustancial con él, por lo que, al llevarse éste al escudo de la ciudad, se le representó con ese característico y antiquísimo complemento.

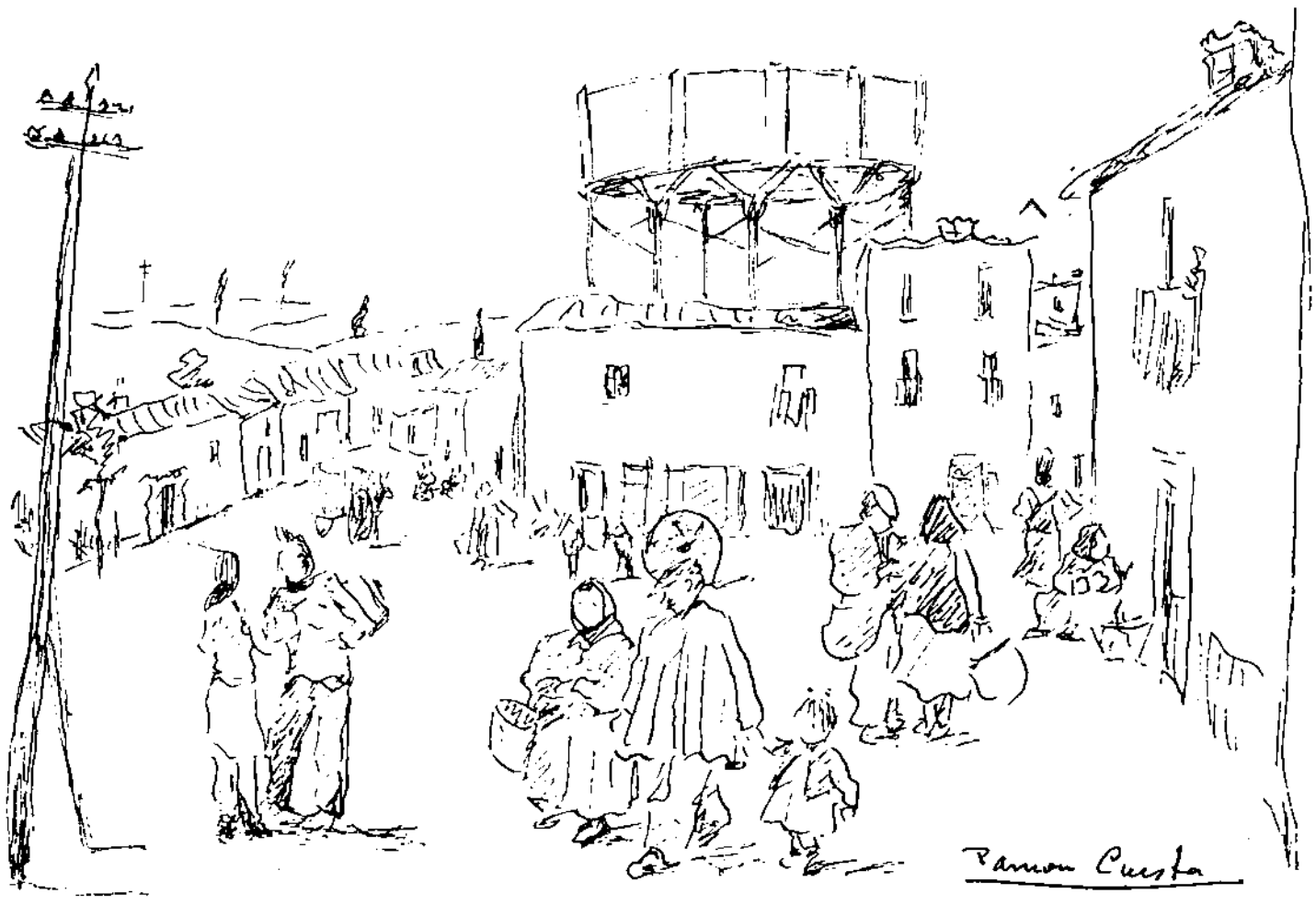
Con respecto al árbol, que está generalmente admitido, no sé por qué ignotas razones, que se trata de una encina, se dice haberse llevado al escudo, bien porque la encina fué símbolo de la raza céltica, bien porque constituía el árbol más abundante y más utilitario de la comarca de Salamanca.

La representación de la encina pudiera obedecer a que fuese un árbol simbólico de razas que en la antigüedad poblaron Salamanca, aunque ello no tiene un sólido fundamento porque, repito, en la fecha de adopción del escudo no debía ser conocida o lo sería muy poco esta circunstancia indicada, y que no justificaba se escogiese tal árbol como símbolo de la ciudad.

Sería más aceptable que la encina expresase una de las características acusadas de la comarca de Salamanca, tan abundante en encinares y tan próximos éstos a la ciudad, que llegaban hasta las propias murallas de la misma, y a las orillas del río y, por tanto, a la misma salida del puente, y que se han conservado hasta hace menos de dos siglos.

Pero a nuestro parecer, el árbol no representa una encina, sino una higuera, y el figurar representada en el escudo obedece a la misma razón por la que, dicho está, fué representado el toro, que no es otra que la de que tanto el toro como la higuera eran tenidos por los salmantinos como elementos integrantes o complementarios del puente desde muy antiguo.

El toro ibérico que existió a la entrada de la puente, estuvo colocado bajo una copuda higuera, de forma que, visto de costado, aparecía cruzando la parte baja del tronco de ella. Esta higuera, árbol muy duradero y difícilmente desarraigable, debió existir antes del siglo XIII, fecha que puede considerarse con bastante fundamento como la de la inclusión en el escudo de Salamanca, del cuartel que contiene el árbol y el toro. A la sombra y resguardo de tal higuera, se reunían los vecinos ociosos y paseantes en amenas tertulias



(Dibujo de Ramón Cuesta)

favorecidas por la comodidad de poder reposar en el asiento colocado alrededor del árbol, lo que hacía que el lugar resultase muy concurrido, conocido y popular.

De aquí que al representarse en el escudo el puente como símbolo de la ciudad, se hiciese, no sólo con el toro al que se tenía como parte integrante del puente, sino también con la higuera bajo la que estaba colocado el toro, considerado igualmente como elemento característico de aquel lugar, cosas ambas popularísimas. Así lo confirma el que el toro y la higuera se representen en la forma que eran más visibles por los paseantes, o sea el toro cruzando la parte baja del tronco de la higuera, forma en que no se habrían representado de obedecer a otra causa su integración en el escudo de Salamanca.

Nadie ha dado una explicación plausible de la razón de existencia de las dos cabezas de dragones en el escudo de la ciudad. Los dragones significan en heráldica la custodia de cosas preciosas o valiosas, por lo que en una rigurosa aplicación de las leyes heráldicas habrá que llegar a la consecuencia de que los dragones simbolizan, en el escudo de Salamanca, el que ésta guarda y custodia cosas preciosas y valiosas, que no pueden ser otras que sus joyas monumentales, de las que tan abundosa ha sido en todos los tiempos, pero especialmente a partir de finales del siglo XI, en que se inició la repoblación y comenzaron a levantarse su magnífica catedral Vieja y numerosísimas iglesias y claustros de estilo románico, muchas de las cuales se conservan en la actualidad y constituyen modelos en su estilo.

Sólo me resta tratar sobre la fecha en que fué adoptado el escudo de Salamanca. Según Villar y Macías, las armas que blasonan el cuartel derecho del escudo datan de los años 1178 a 1180. Pero al hacer esta afirmación, parte el ilustre historiador de nuestra ciudad del error que ya tengo señalado, de atribuir la incorporación de dichas armas al escudo de Salamanca al infante don Sancho de Aragón, que gobernó la ciudad en los indicados años.

Puede afirmarse que nuestro escudo es posterior al siglo XI y que no se implanta hasta ya bien entrado el siglo XII porque, según los heraldistas, las divisas heráldicas no se generalizan hasta mediados del siglo XII, aunque ya viniesen utilizándose por las grandes casas y nobles destacados desde últimos del siglo XI.

Cronológicamente, es probable que resulten más antiguas en su incorporación al escudo de Salamanca las armas del cuartel derecho, o sean las cuatro barras rojas en fondo de oro con la orla de ocho cruces de Jerusalén en campo azul, pues si figuran colocadas en dicho lugar lo es, repetimos, por ser las preferentes y más genuinamente representativas de Salamanca y, por consiguiente, si hubiesen tenido más antigüedad las del cuartel izquierdo, éstas habrían sido

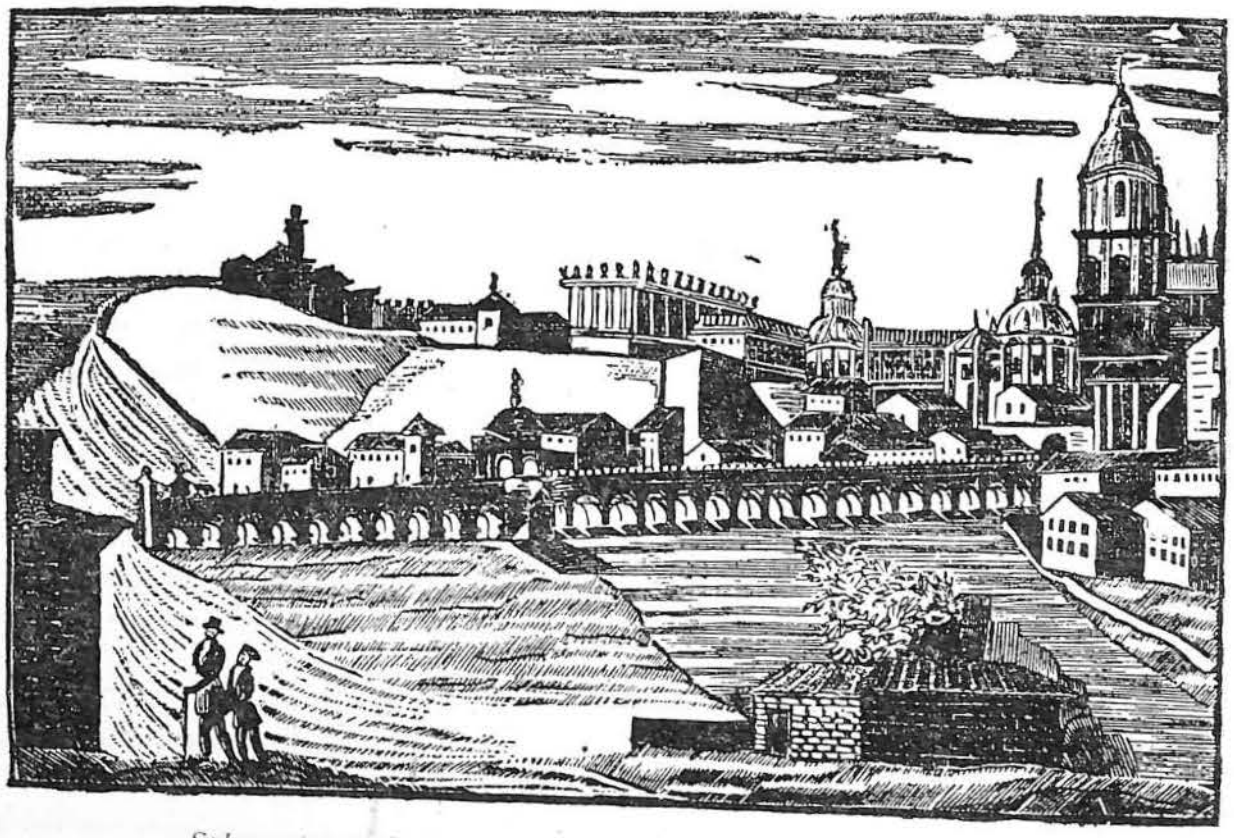
más preferentes y más representativas que las barras que así resultarían agregadas con carácter secundario y se habrían colocado en la parte izquierda.

Es de suponer, pues, que el escudo de Salamanca estuvo en principio formado por las armas del conde don Vela, que eran las cuatro barras rojas y la orla de ocho cruces de Jerusalén, pero como al pertenecer esas armas a una familia salmantina, no querría la ciudad que apareciese ésta vinculada en sus signos representativos exclusivamente a ella, se añadieron al escudo otros símbolos que representaban a Salamanca de una manera específica no confundible con otras armas.

Y es de suponer asímismo que al adoptarse las armas del conde don Vela como escudo de Salamanca lo fuese después del año 1124 en que cesó en el gobierno de la ciudad e incluso después de haber desempeñado el cargo de Gobernador su hijo Rodrigo y su nieto Fernando Rodríguez de las Varillas, o sea, con posterioridad a 1174 porque, según dejamos manifestado, hasta mediado del siglo XII no se generaliza el uso del escudo y porque así se encuentran más motivos para adoptar tales armas al unirse el honor concedido al conde don Vela al otorgado a sus descendientes, patricios salmantinos y benefactores de la ciudad.

Después de esta fecha, a primeros del siglo XIII, es cuando al escudo se le añade el cuartel izquierdo, existiendo referencias en esta época de que está formado por los dos cuarteles. El escudo de Salamanca tiene, pues, una antigüedad de ocho siglos aproximadamente.

La confusión surgida en torno a su Historia y a su simbolismo, ha sido causa de que no siempre aparezca el escudo de la ciudad, fielmente reproducido, incluso en sellos oficiales. Error frecuente es el cambio de lugar de los cuarteles, supresión del «entado», transformación de las cabezas de dragones en simples serpientes, etc. Sería deseable, por tanto, el lograr en todas las representaciones del escudo salmantino una fidelidad plena, respetando sus motivos y la jerarquía heráldica de los mismos. Esta es labor que corresponde a los salmantinos todos, a los mismos que pueden ornar las fachadas de sus casas de nueva construcción con este escudo nuestro, de indudable belleza y valor ornamental y que es, a la vez, el escudo de armas de una gran familia a la que pertenecemos: nuestra Salamanca.



Salamanca según un grabado anónimo de un periódico romántico.

DON JUAN DE OCAMPO SAN MIGUEL, FUNDADOR DE CHILLAN

POR CARLOS SANDER
Agregado de Prensa en la Embajada de Chile en Madrid

«El Capitán don Juan de Ocampo San Miguel, junto a los vésperos, sigue cabalgando y presintiendo un fragor de batallas».

La estancia es amplia y luminosa. Se advierte que en ella mora alguien que ama el estudio, la investigación. Largas estanterías nos muestran el lomo de muchos libros. En los muros, cuadros donde las campiñas españolas nos dan su verdor. Una amplia mesa de trabajo, con muchos papeles en artístico desorden.

Un gran butacón. Y un silencio extenso que parece contener voces que se fueron y que volverán de improviso. Estamos en la casa de don Francisco Maldonado de Guevara, Catedrático de Literatura Española en la Universidad de Madrid. Hoy hemos venido a hurtarle tiempo, para conversar de España y sobre todo para hurgar algo de un antepasado suyo, el Capitán don Juan de Ocampo San Miguel, natural de Salamanca y que fué uno de los fundadores de Chillán. El azar nos ha puesto junto a su descendiente, que nos desea entregar recuerdos y fechas ya perdidas y que él conserva con celoso cariño de español.

Entra el dueño de la casa, don Francisco Maldonado de Guevara; es de estatura regular, ancha faz, fuerte de cuerpo, amplia frente. Cuando habla lo hace nerviosamente y con pasmante seguridad. Su voz tiene tonos de maestro avezado.

Empezamos la charla. Mientras habla, nos parece estar oyéndole en su clase de Literatura Española, en una de las aulas de la Facultad de Filosofía y Letras, hablándonos de Lope, del Marqués de Santillana, del origen del Soneto y del teatro de Tirso de Molina.

Tenemos otro recuerdo de él. Hemos ido por las tardes a la Sección Cervantina del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, que él dirige. Gracias a su bondad, pudimos desentrañar muchos enigmas de Cervantes y conocer los millares de libros que sobre él se han escrito, saber que cada cuarenta días se imprime en el mundo una edición del Quijote.

Don Francisco Maldonado de Guevara nos habla ahora de su antepasado. Se llamó Juan de Ocampo San Miguel y pasó al Perú, desde España, con el Conde de Nieva.

Después se embarcó para la conquista de Chile. Eran los tiempos en que *Antiquenu, Toqui* supremo de los indios, acababa de derrotar a los españoles en el monte Mariquén y muerto al General Pedro de Villagrán, hijo del Gobernador Francisco de Villagrán, que murió de pena, dejando el mando a su primo Pedro de Villagrán en el año 1563.

Escuchamos con asombro a nuestro interlocutor. El nombre de Ocampo nos es casi desconocido. Seguramente saben mucho de él nuestros historiadores.

Don Francisco Maldonado de Guevara nos mira sonriente. Para curar nuestra curiosidad nos dice: «Todo esto lo he recogido en una información genealógica hecha en Cádiz en 1794. El Capitán don Juan de Ocampo San Miguel era un bravo conquistador. En esos años socorre a la ciudad de Cañete y, juntamente con el General Losada, derrota a los indios en Calpén. Bajo el Gobierno de Rodrigo de Quiroga, asiste con él a todas las expediciones y a la repoblación de Cañete.

Poco después se establece la Audiencia en Concepción. Quiroga es removido de su cargo y le sucede el Gobierno de la Real Audiencia. En seguida adviene el Gobierno y el generalato del Licenciado Torres de Vera, a cuyas órdenes está Ocampo, tocándole vivir las jornadas guerreras de Niliquitén y Río Claro. Es nombrado Corregidor de las ciudades de Mendoza y San Juan, en la provincia de Cuyo».

Don Francisco Maldonado de Guevara hace una pausa. Estamos un poco cohibidos ante este hombre que nos habla con seguridad de Chile y sus años mozos. Cierra los ojos como para hilar recuerdos y continúa: «Poco después Ocampo vuelve a la campaña. Con el Licenciado Calderón rige en Concepción la Real Audiencia. Son los tiempos en que hay que luchar contra los indomables indios. Por orden de Quiroga, Ocampo,

Torres de la Clerecía.

(Dibujo de Wojrnoski)

en unión de otros, funda la ciudad de Chillán, tras de haber levantado la fortaleza. Poco después muere Quiroga. Ocampo es nombrado Corregidor de La Serena, con orden de vigilar a los corsarios ingleses».

Mientras nuestro amigo habla, nos parece estar viviendo esos años, sentir el choque de las armas y contemplar la efigie de un Chile naciente. La voz de don Francisco Maldonado de Guevara nos dice tajantemente: «No puedo leerles con detalle la vida de este mi antepasado, pero su vida está sembrada de ajetreos. Después viene el Gobierno de don Alvaro de Sotomayor, Marqués de Villahermosa; se fundan los Fuertes de Trinidad y Espíritu Santo. Se ajusticia en Arauco al cacique Painenancu. En el año 1585, y ante el Secretario Miguel de Oleverría, hace Ocampo una información de sus méritos de paz y guerra que comprende cuarenta hojas. En esta información testifican sus méritos los mismos conquistadores, entre ellos Pedro Cortés y Antonio de Avendaño. El Capitán don Juan de Ocampo San Miguel obtuvo encomiendas de indios en Vela de Ataquegua y en la provincia de Cuyo. Casó con doña Ana Cáceres y Ossorio, hija de don Diego García de Cáceres (primer descubridor y conquistador) y de doña María de Ossorio, de familia ilustre. Murió en 1585».

La voz de don Francisco Maldonado de Guevara calla. De improviso, y sin mediar nada, nos hemos trasladado a nuestro lejano país austral. No estamos en Santiago del Nuevo Extremo. No; viajamos hacia el Sur. Llegamos a Chillán, la ciudad donde las gentes tienen ojos campestres y miradas suaves, donde las horas se van lentamente. Es una de nuestras ciudades más amadas. Agitada por la desgracia y donde siempre crece la esperanza. Ahora estamos caminando por ella.

Sus calles mecen nuestros pasos. Bajo nuestros ojos el cielo se ha enfoscado. Desde los hogares sale un hilillo de tibias voces. Llegamos a la plaza que en todos los pueblos es como el monograma de su pasado. Hay un Chillán Viejo y un Chillán Nuevo. Y hoy más nuevo aún, porque fué casi íntegramente reconstruído después del terrible sisma de 1939. Nos sentamos en uno de los bancos de la plaza; de improviso todo cambia, todo tiene otra catadura.

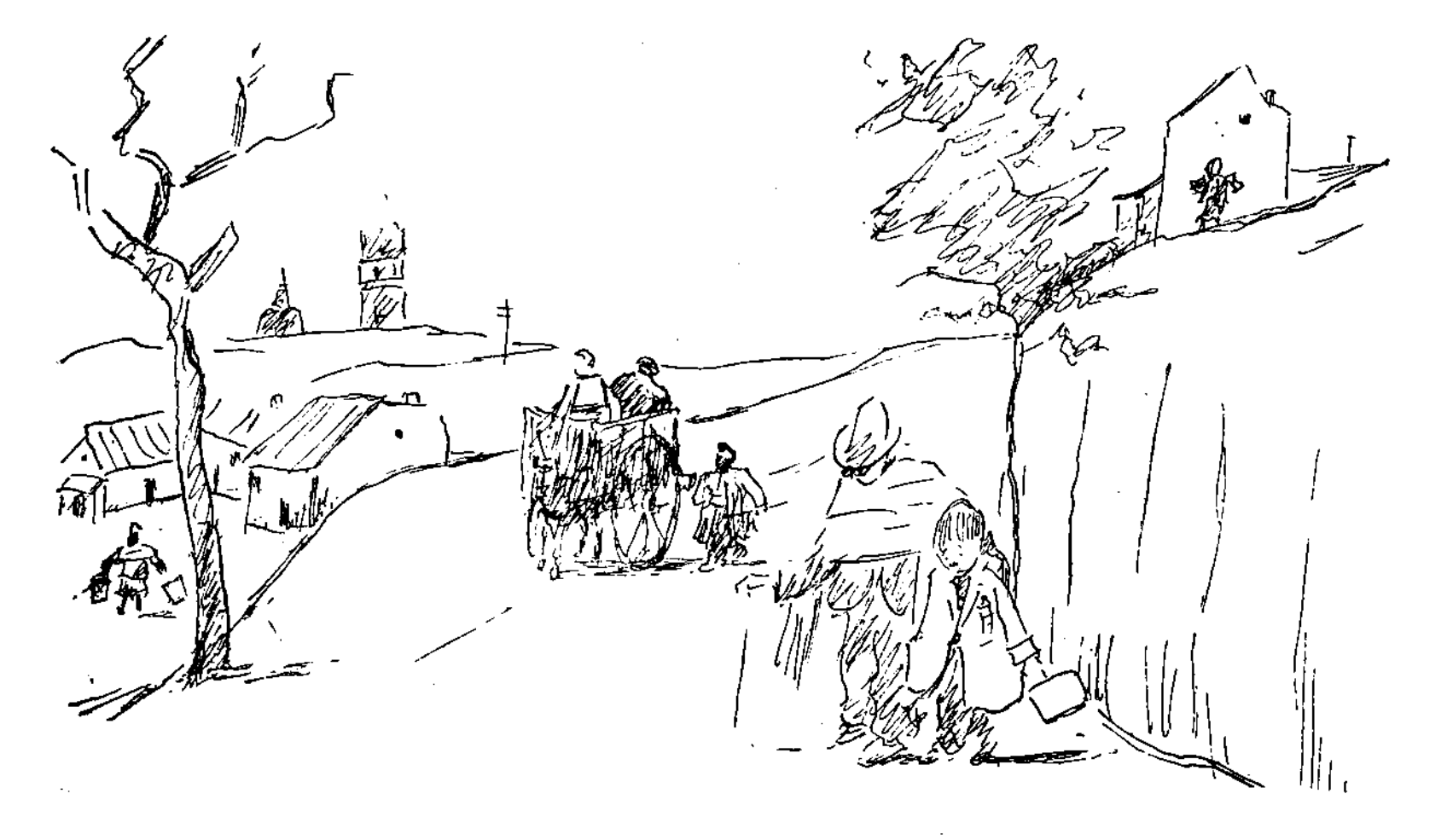
En carrera loca pasan los indios, galopando en sus caballos salvajes, con sus lanzas y sus ojos fieros, con su indómito paraje de preguntas desafiantes en los labios. También pasan los caballos de los conquistadores. Las espadas relucen en sus cintos. Las armaduras refulgen y los yermos parpadean junto al véspero. Ah, sí, allí va el antepasado de nuestro amigo, el Capitán don Juan de Ocampo San Miguel. El se vino en días muy lejanos desde su dormida Salamanca. Dejó la vieja Universidad de estilo plateresco y creyó en América, que las Indias le daría oro y mucha nombradía. Pero acá bebió sol y fundó ciudades y guerreó como el Cid. Chillán, Cañete, La Serena, Concepción y muchos otros pequeños pueblitos, fueron besados por su ardor. Ahora su fantasma recorre la ciudad, y allá, en Concepción, siente el rumor del Bío-Bío que parece cantarle trovas, como aquellas que él le quería susurrar a las bellas indias altivas, que morían antes de entregar su amor y maldecían al blanco que venía a matar sus hombres y robar sus tierras.

Nos reportamos. Don Francisco Maldonado de Guevara nos está contemplando. Parece haber adivinado nuestros pensamientos. Casi medrosamente nos dice: «Comprendo lo que piensan. El pasado tiene una fuerza extraña y diabólica. No conozco América, pero a veces, mientras hojeo estos legajos que hablan de mi antepasado, me transporto y me siento en esa tierra. De cómo sería ella cuando él fué con el Conde de Nieva y qué sueños lo tomarían, mientras el sol y el hambre lo golpeaban».

Plaza del Poeta Iglesias.

(Dibujo de Wojrnoski)

Ahora caminamos a través de Madrid. Hace unos momentos hemos dejado al Catedrático don Francisco Maldonado de Guevara. Cruzan las gentes por nuestro lado. El bullicio en la Gran Vía es atronador. Pero nada sentimos. Chile entero ha penetrado en nosotros. Pero más finamente y bucólicamente la ciudad de Chillán, que allá sigue su ritmo de siempre. Vemos sus casas, sus árboles. Oímos sus vertientes correr límpidamente. Chillán está ahora en España. Ha venido en una barca quimérica, mientras el descendiente de uno de sus fundadores nos hablaba de ese tiempo, lleno de flechas y espadas, de sol y sangre. Tiempo nuevo de conquistas, de piafar de caballos. Jornada primigenia del Nuevo Mundo, que sacaba su cabeza portentosa a la civilización y parecía anunciar su paso definitivo, y todo el símbolo que iba a representar en la historia del mundo.



LAZARILLO

POR EMILIO SALCEDO

VOLVIA siempre de noche. Salamanca quedaba atrás y el asfalto, recocido de sol en verano, se le pegaba a las alpargatas. En invierno, era el aire como un cuchillo cortando su cuerpo; le escocían las piernas al roce de los pantalones cortos y en el hombro pesaba, siempre, como una garfia, la mano crispada del ciego empujándole a cada tropezón. Volvían cansados, silenciosos, hoscos de amargura, con la garganta reseca de tanto pregonar el «Cupón».

Pero había conocido tiempos mejores: cuando el padre trabajaba de peón de albañil y comía caliente hasta el viernes. El sábado había cuartos de nuevo y le llevaban al viejo borracho. Alguna semana gastó más de lo debido y al jueves no llegó el jornal. Y un sábado ya no les llevaron al padre beodo. Le esperaron durante toda la noche y, a la mañana, el barrio entero de los Pizarrales supo de la bronca: habían muerto al «Portugués» de tres navajazos, a la salida de la taberna. Por eso no había vuelto el albañil a casa, que durmió en Comisaría a donde se fué a entregar.

La madre siguió trabajando de asistenta por la mañana en una casa; buscó y halló otra para las tardes; de noche iba a robar chatarra o al estraperlo y él dejó de ir a la escuela. Poco después era lazarillo de un ciego que también vivía en los Pizarrales y lo necesitaba. Hasta entonces le llevó a vender el cupón una muchacha de doce años, pitañosa y repugnante, que llamaban la Quica. Engordó y tuvo un hijo, pequeño y repugnante, más feo todavía que ella misma. Ya no salió con el ciego. Nadie sabía quién era el padre de la criatura y ella dijo que muchos. Los maliciosos añadían que todos eran ciegos, porque si no...

Y así estuvo él, todo un año —de los diez a los once— con la mano del ciego sobre su hombro y pregonando el cupón. A la mañana bajaban hasta Salamanca; recorrían los cafés y las oficinas. El ciego se quedaba a la puerta y él entraba ofreciendo. Las primeras veces lo hizo con miedo, con mirada triste y voz de plañidera. Luego se hizo descarado, repitiendo aquello de: «¡Los de la suerte! ¡Que son los que tocan!» Algunos le compraban, otros no le hacían caso, o le mareaban haciéndole buscar en la cartilla del ciego números premiados en los sorteos anteriores, para no comprarle a fin de cuentas y los más se deshacían de él

a cajas destempladas. A las chicas les pasaba igual, sólo que, si habían crecido y apuntaban sus formas, en las tabernas y en algunos bares, a veces en los cafés, intentaban tocarlas y las decían cosas a las que ellas iban aprendiendo a contestar. A todas las pasaría igual que a la Quica, pero vendían más que él.

Ganaba dos pesetas, sacaba otras tantas de propinas y cuando daba algún premio buscaba siempre encontrarse con el agraciado, por si algo caía y que muchas veces era escamoteado al ciego. Tenía ya sus clientes: uno de ellos le decía cosas raras —como raro era, siempre con libros en el café—, y un día le dijo si sabía por qué le llamaban lazarillo.

—¡Pos ques lo qui soy!— le había contestado.

¡El señorito aquel no estaba en sus cabales!

Poco más de un año llevaba con el ciego, cuando su madre le dijo:

—Vas a ser peluquero.

Y se vió de aprendiz de peluquería, limpio, con una bata blanca, cepillando a los clientes. De propinas sólo, hubo días en que se sacó tres y cuatro duros. La madre dejó de ir al estraperlo y trabajó sólo por la mañana. Mataba las tardes en la solana, con las demás vecinas, dándole a la sin hueso al sol.

—En cuantis salgas de la peluquería —le dijo en otra ocasión— te vas a la Bolsa a vender tabaco. ¡Ya sabes! El de noventa, a duro; los ideales, a tres pesetas; los cuarterones, a cuatro, y ¡cuidiao con la bofia!

A él le gustaba lo de peluquero; los clientes le sonreían, le daban propinas y no le agobiaba el ciego con sus llamadas en cuanto se había separado, ni con empellones. Sin embargo, tanto tiempo encerrado, viendo cogotes y barbas, le aburría. Los recados eran como un recreo que siempre supo aprovechar. Lo mejor para él eran las ocho de la tarde, cuando cerraban, menos los sábados. Al salir, él se iba a la Bolsa donde otros muchachos, y algunos hombres, vendían tabaco y papel de fumar, que también escaseó.

Allí, bajo los soportales de la Plaza Mayor, frente mismo del Mercado, estaba la Bolsa Negra. Cuando alguien salía de la Plaza, por las escalerillas del urinario, o por las de Pinto, o por las de enfrente del Gran Hotel, con las manos metidas en los bolsillos del pantalón, era que quería tabaco y surgía, entonces, de todas partes, la oferta:

—¡De noventa!

—¡Picao! ¡Rubio!

—¡Pitos sueltos!

Y hasta, a veces, se pegaban por vender. Las broncas se cortaban siempre por el aviso de que estaban cerca los guardias. Aparecían éstos de rato en rato. Circulaba la alarma y desaparecían todos los vendedores. A él aquello ¡sí que le gustaba!: hasta llegó a hacerle burla a los guardias, tras las columnas, y escondiéndose entre los taxis allí aparcados o tras la máquina de tren en miniatura del manisero.

Lo peor fué un día en que le cazaron. Al guardia le dió pena y lo mandó para casa. Sólo dijo algo así como: «¡Y se llaman padres!» La desgracia fué completa la tarde en que apareció allí el peluquero:

—¿Qué haces tú aquí?— le había dicho.

—¡Pos vendiendo! ¿De cuál quié usté?

El otro no le contestó al tiempo, sino que lo apartó de allí.

—Mira —le dijo ya alejados de los soportales—, si te pescan y te pelan al cero, no vuelvas a la peluquería.

—¡Bueno! ¡Como que me van a pescar! —se atrevió a responderle.

—Ya lo veremos.

Y le dejó allí solo, sin comprarle y sin hacerle más caso.

Cuando otro día le pelaron volvió llorando a los Pizarrales. Iba sin tabaco, sin dinero y con frío en la cabeza. La madre le pegó. Chilló cuanto pudo y no hizo más que repetir:

—¡Y tóo a mí! Tóo me coge. El otro bruto, seis años encerrao, y el memo este...

Cuando se cansó de pegarle y chillar, se acostó. Roncaba al poco rato y él estuvo llorando toda la noche. Se durmió de madrugada y despertó con sobresalto.

—Vamos, tú —le decía la madre—; ¡alevántate! Vas a dir con los de la Inacia a vender pipas.

Le colgaron un cesto con semillas de girasol y a la

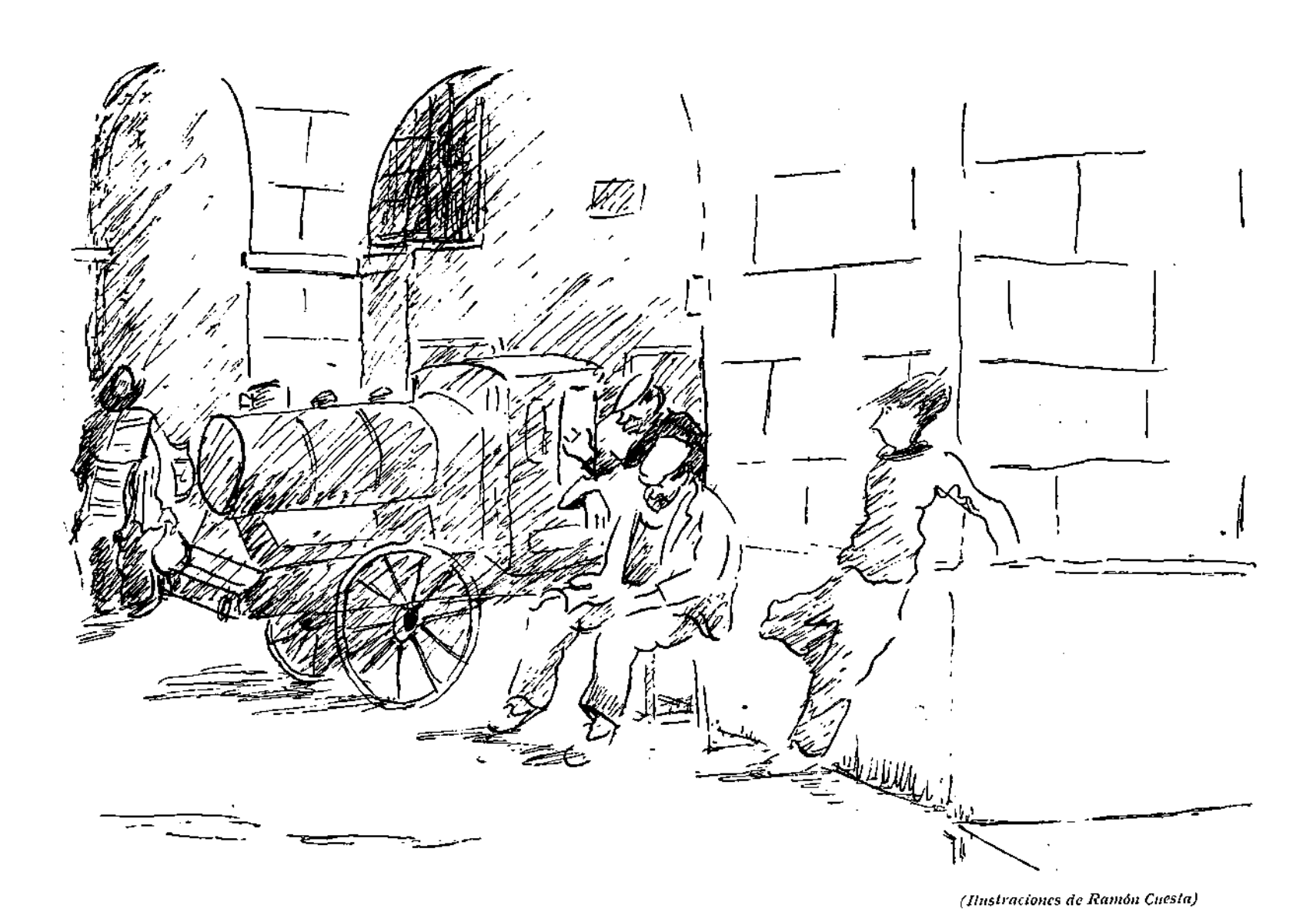
Plaza Mayor todos los días. A las doce de la mañana llegaban los estudiantes y compraban pipas; algunas veces había que fiarles, y por uno que no pagaba, nueve lo hacían con largueza. Daba a su madre unos dos duros todos los días; él se guardaba otro en la bota. Era buena profesión aquella. Los estudiantes, todo el santo día dando vueltas por la Plaza, o parados en las columnas y diciendo cosas a las muchachas. Con aquello terminaba el aprendizaje de los cafés.

Los domingos por la tarde estaba la Plaza de bote en bote, toda llena de soldados y marmotas, y ¡qué cosas se decían! y hasta se hacían. Llevaban las manos a los mismos sitios en que debieron tocar a la Quica y a las otras, que le habían dicho a él que ya no dejaban chicas para llevar a los ciegos, porque a todas pasaba lo mismo y se iban por ahí con los hombres.

En la Plaza se juntaban todos los piperos, contándose y explicando cosas. Se entusiasmaban y se les iban los ojos tras las marmotas opulentas. Un día se acercó a una, atraído por el pecho voluminoso, y fué a llevar hasta allí su mano. No pudo: cesto y pipas se le fueron a la cara y dió con su cuerpo en el suelo. Aquel día lo pasó mal y poco después se acabó el furor de las pipas.

Otro ciego necesitó lazarillo, también en los Pizarrales, y volvió a vender el cupón. La madre tornó al estraperlo y la carretera se le hizo, de nuevo, larga y antipática y más sucio y miserable el barrio aquel, tan lejos de la ciudad, como escoria abandonada por todos. Al caer de la noche regresaban silenciosos: la mano del ciego en su hombro, la amargura en los corazones y un gran cansancio en el cuerpo. Se habían abierto más bares en la ciudad. La madre seguía pegándole. La Quica tuvo otro hijo. El sol seguía, saliendo y poniéndose, lo mismo siempre, inmutable, como si nada pasara bajo sus rayos.

(Mayo, 1951).



(Ilustraciones de Ramón Cuesta)

LAS NUBES ROJAS

POR LUCIANO GONZALEZ EGIDO

«Y rematada en el día sexto toda la obra que había hecho, descansó Dios el séptimo día de cuanto hiciera; y bendijo al día séptimo y lo santificó, porque en él descansó Dios de cuanto había creado y hecho». Gén. II, 2-3.

HABIA una ciudad que era muy hermosa; tenía dos catedrales y un río. A la orilla del río estaban plantados unos chopos, que ahilaban su delgadez en el aire, deliciosos. Más abajo había un puente romano y del otro lado del puente estaban las lavanderas, que chillaban como condenadas, mientras extendían sobre el agua las sábanas como manteles blancos que desprendían un halo aceitoso sobre la corriente. Otras lavanderas torcían las camisas y las golpeaban contra los lavaderos. Y otras tendían la ropa en los alambres y por encima de los trapos puestos a secar se levantaban las torres de las catedrales.

Por el puente cruzaban los arrieros con las recuas de mulas, muchachos en bicicletas y algún sacerdote con la teja bien encasquetada y el manteo recogido. El agua se escurría entre los ojos del puente con una mansa sencillez de gozo. Y las piedras lamidas dejaban hacer, con la indiferencia de la eternidad. El sonido, entonces, de una campana resbalaba sobre el agua amorosamente. En el fango de la orilla había una barca varada, a medias hundida en el agua, con las maderas podridas, en soledad; que ni siquiera llamaba la atención de una escuadra de patos, feos y ridículos, que nadaban hacia el centro del río, inexplicablemente rápidos, a pesar de la grotesca inmovilidad de sus cuerpos. Y al avanzar iban abriendo un abanico de ondas. Y graznaban desagradablemente y alguno de ellos metía el pico en el agua no sin cierta avidez glotona.

Sobre las torres de las catedrales se veían a veces unas nubes algodonosas, imprecisas y constantes. Y bandadas de palomas se silueteaban entre las cúpulas, como pequeños deseos imprevistos y calientes. Y a veces lo que se veía eran vencejos, oscuros, que daban cierta sensación de pesadilla.

La ciudad era realmente hermosa. Tenía calles chiquititas y empinadas, donde jugaban a guardias y ladrones muchachos desarrapados, y por donde subían los lecheros, penosamente, empujando la bicicleta cargada con las dos cántaras de latón. En algunas de estas calles quedaban viejos palacios con extravagantes escudos y hornacinas, en las que se doblaban delante de la Virgen o del Santo unos ramos de olivo mustios y cubiertos de polvo. Tenía otras calles retorcidas y empedradas, con casas de ladrillos, desvencijadas y panzudas, con barandales de hierro, llenos de herrumbre y con macetas roñosas; casas donde una niña acunaba destempladamente una muñeca de cartón, y toda la calle en silenciosa soledad.

También había otros barrios, menos miserables, con casas de cemento y persianas de guillotina, donde dos niñas, muy rubias y muy frágiles, con unos delantalitos muy monos, se estaban dando de tortazos, con mucha saña; hasta que al fin salieron las madres y las separaron y gritaron con cierta reticencia y acabaron mirándose —también ellas— con odio, mientras las niñas lloraban a moco tendido.

Plaza del Corrillo.

(Dibujo de Valdesaz)

Hay otros barrios más elegantes, más asépticos. Las casas son más altas y más limpias. Se ven coches por las calles, algunos parados delante de relucientes puertas de cristales, por donde se ven alfombras peludas e inmaculadas, y porteros envarados y estúpidos.

En aquella ciudad vivían gentes muy hermosas también. Las gentes siempre andan por las calles, esas calles sugestivas, adornadas de ventanas relucientes, de tiendas amables con escaparates evocadores, y coloridos, de oficinas públicas con puertas giratorias; esas calles con un toldo bellísimo de cielo azul; pero esas calles, sobre todo, llenas de gente, de la hermosa gente del Señor. De las gentes, unas estaban contentas por vivir en aquella ciudad tan bonita y otras no estaban contentas. Pero contentas o no, seguían marchando por las calles. En una de aquellas calles había un bar de donde salían hombres con la cara satisfecha, y una mantequería, y una funeraria, y tres Bancos, y una mercería, y una tienda de abrigos de piel —donde se veía un jaguar muy enfadado pero muy inofensivo—, y una farmacia, y una cafetería embutida de humo de cigarrillos, y una tienda de flores. Pasaba en aquel momento un camión de mudanzas y unos curiosos se habían parado a ver un escaparate. Y los taxis se apresuraban por la calzada. Y las gentes seguían pasando, unas de prisa y otras despacio, pero todas con su pequeña parcelita de miedo.

A la ciudad se iba, naturalmente, por buenas carreteras asfaltadas. Desde muchos kilómetros antes de llegar la carretera cambiaba de aspecto. En medio del campo la carretera estaba desabrigada, se veía interminable a los lados el terreno, arado en surcos paralelos. La verdad es que pasaban pocos coches; de vez en cuando se oía uno y al momento cruzaba como un chispazo. Lo más bonito era cuando pasaba un camión enorme, desproporcionado, con el conductor encaramado en la cabina, siempre muy serio, con cierto aire agresivo. Los pájaros, en cuanto oían el camión, levantaban el vuelo, asustados y prudentes, y la masa de sus cuerpecitos vibraba un momento en el espacio, debajo de las nubes viajeras. A veces, en el campo aquel un poco desolado, se veía un haiga. Era, entonces, un primor de visión, tan escueto, tan gallardo, tan meteórico que se veía y no se veía. Luego, más adelante, iban apareciendo a los lados de la carretera unos árboles raquíticos, desamparados, y a lo lejos se divisaba una alquería, casi enterrada entre los surcos. Los camiones chatos seguían metiendo algo de miedo, sobre todo cuando soltaban el escape y se quedaba detrás de ellos como una nubecilla inconsistente o cuando sonaban el claxon y sacaban un mugido retumbante. El haiga a todo esto seguía embalado y cruzaba delante de un pastor o de un guarda indiferente, envuelto en una manta. Otras veces un perrito se lanzaba a ladrarle al haiga, que pronto desaparecía, comido por la carretera.

La carretera parece que nunca se va a acabar. Una mujer iba en una bicicleta y echaba pie a tierra, miraba hacia atrás y veía venir el haiga, y al pasar junto a ella, oía el silbido de las llantas, cuchicheante. Desde la cuneta también se puede ver pasar al haiga, y el contraste con los cardos resecos y próximos y el haiga fugaz y brillante, deja una impresión de fragilidad humana y enloquecida. Desde dentro del haiga se ve como la cinta de la carretera se la va tragando el capó, mientras a la derecha un indicador advierte: Salamanca, 10 Km.

Ahora los árboles, que hay a los lados de la carretera, son más gruesos. Y el haiga se cruza con algunos coches y algunos ciclistas: la carretera se ha empezado a animar. De pronto hacen su aparición las casas, diseminadas y ajenas.

Entonces se veía un coche de línea, que venía abarrotado de maletas y al cruzarse con el haiga salieron algunos brazos diciendo adiós y algunas maletas parecía que se iban a caer. Los árboles ya son gruesos del todo, con su cinta blanca y sus ramas tupidas contra la claridad del cielo. Un indicador más grande que el anterior dice: Salamanca 2 Km. Debajo del parabrisas ha aparecido la ciudad, con sus torres y su típica silueta de tarjeta postal. Las casas cada vez son más abundantes y los árboles cada vez más gruesos, con su faja cada vez más blanca. Y entre los troncos atraviesa el haiga rápido, elegante, limpio, cómodo y alegre. Y la ciudad se queda inmóvil, junto al cielo y al río.

El haiga marcha por una calle de la ciudad. Las gentes van y vienen; algunos se paran a curiosear el haiga, que se ha detenido justamente delante de la tienda de flores, que habíamos visto antes. El escaparate de la tienda es una delicia, todo lleno flores y de cintas de colores y de cacharros de porcelana. Un hombre pequeñito entra en la tienda. La dependienta le recibe sonriente, como siempre.

—Mire, yo querría que me prepararan ustudes un ramo de flores.

—Sí, señor; como usted quiera.

—Qué sé yó. Ustedes entienden más de eso; están más acostumbrados. Yo querría un ramo bonito, alegre; qué sé yo...

El hombre bajito habla azoradamente, casi disculpándose. La chica le oye y le contesta con indulgencia:

—Según para lo que usted lo quiera.

—¡Ah! Es para mi mujer. Como mañana es domingo, yo querría...

—Podemos hacerle un ramo de claveles con algo de verde para que haga más cuerpo.

El bajito titubea y sonríe tímidamente. La chica se arregla el pelo, ahuecándolo con la mano.

—Como quiera, como quiera; yo de eso no sé nada. Ustedes...

Y mira a la chica, que es muy bonita.

—Si usted lo prefiere podemos hacerle una combinación de estos claveles rojos con estas dalias blancas.

—Pues sí, sería muy bonito; sí, y tan agradable a la vista, ¿verdad?, el contraste.

—Ya lo creo.

La chica, que cada vez se nota que es más bonita, se calla y sonríe mientras sus manos, tenuemente débiles, acarician las flores, sin rozarlas. El hombre bajito no acaba de decidirse.

—No sé, me parece que voy a llevarme la combinación que usted me propone.

—Depende de lo que usted quiera decirle a su mujer.

Y la chica se ríe un poco pícaramente. El pequeñito menea la cabeza, levemente entristecido.

—Señorita: a mi mujer ya le he dicho todo cuanto tenía que decirle. No, no es eso. Es que ¿sabe usted? mañana es domingo y mi mujer anda algo delicada. Casi no sale de casa. No hace más que quejarse, y... era tan bonita cuando era joven... era... era... era, y usted perdone, era mucho más bonita que usted... qué sé yo, era de otra manera... era... más... era más... no sé. El caso es que nada la alivia, ni medicamentos, ni inyecciones, ni médicos, ni nada, y pensé ¿sabe? que a lo mejor las flores ¿qué sé yo? la aliviarían ¿sabe usted?

La voz del bajito se ha ido emocionando, pero con cierta indiferencia, como si recitara algo de memoria, como si la queja fuera un poco ajena a él. La chica le ha oído un poco aburrida, en realidad sin interesarse por sus palabras y ha estado mirando por encima del hombro del pequeñito, hasta que ha visto asomarse a la puerta de una tienda que hay enfrente a un hortera gomoso y desagradable y relamido y se han sonreído a través del escaparate, del capó del haiga y de la calle.

—Sí, claro, sí.

—La pobre sufre tanto, y como mañana es domingo, ¿sabe usted? pensé que las flores le agradarían mucho y...

El hombre bajito sorprende una mirada cómplice a sus espaldas y se da cuenta de que la chica no le está atendiendo.

—Pero, bueno, la estoy entreteniendo a usted, que tendrá otras cosas qué hacer.

La chica, volviendo de pronto a su cliente:

—No, señor; estoy a disposición de los clientes; lo que usted quiera.

—Pues mire, hágame un ramo de claveles rojos, dalias blancas y...

—Si quiere podemos ponerle también unas varas de gladiolos; tenemos unos rosa preciosos. Los gladiolos hacen muy bonito y son tan... tan evocadores.

—Dice usted bien, ponga también gladiolos.

El bajito ha sacado su cartera y toma una tarjeta que entrega a la chica. La chica coge la tarjeta y la mete en un sobrecito.

—Y... ¿cuánto es esto?

—Depende.

—Ah, claro, las flores no tienen precio. ¿Cómo se van a pagar los colores y los perfumes?

La chica deja de sonreir y mira al bajito muy atentamente, con una velada expresión de admiración, pareciéndole imposible que un ser tan bajito y tan feo pueda decir a veces cosas divertidas. No sale de su asombro, y deja de mirar por encima del bajito y se da cuenta que nunca ha oído cosa semejante y que el gomoso de enfrente no hubiera sido capaz de decirla. Y esto la pone un poco triste.

—No, no, claro que no... Tiene usted razón... pero no es eso. Quería decirle que depende del ramo; si es más grande o más chico. Como usted quiera. Por ejemplo, los claveles son a diez y ocho pesetas, las dalias...

—No, no siga, no siga...; hágalo como le parezca, que sea bonito, que sea... tenga cien pesetas.

—Ah, le va a salir un ramo precioso por ese dinero.

—Pero usted sale perdiendo, porque cambia flores por dinero. Sobre todo le recomiendo que lo envíen a casa mañana por la mañana, al salir de misa de una; un poquito después, para darnos tiempo a llegar a casa.

Trasera de la Plaza Mayor.

(Dibujo de Valdesaz)

Adiós, señorita.

Y se va el hombre bajito y en la puerta se cruza con el hortera, que casi le empuja para cruzar la puerta antes que él y que se ríe vanidoso y suficiente. Luego, acercándose a la chica bonita, le dice:

—Qué tío más pelma; creí que no se iba. ¿Quién era?

—Nadie. Un tío cursi.

* * *

* *«Las nubes rojas», de Luciano González Egido, no es una novela, tampoco un libro de cuentos, sino un guión cinematográfico. Lo que antecede forma parte de la introducción y que su autor, a ruego nuestro, ha dado en forma de narración. Recientemente, L. González Egido recibió por este guión el premio del concurso organizado por el Cine-Club del S. E. U. de Salamanca, en colaboración con una productora cinematográfica. MONTERREY se honra publicando este trabajo, al tiempo que siente la satisfacción de que Salamanca sea tema y escenario idóneo para los medios de expresión del más moderno arte expresivo: el cinematográfico.*

SALAMANCA EN EL "CANCIONERO"

DE MIGUEL DE UNAMUNO

1

Herguijuela de la Sierra,
¡ay iglesuela en cuclillas,
abrigando a tus polluelos
mientras les pasa la vida!
En un rincón que se pierde
tras la verdura sencilla,
apretaditas las casas
para hacerse una fajina.
¡Herguijuela de la Sierra,
que al pasar ví por encima;
qué de raíces me ha echado
aquel vistazo de prisa!

28-VI-28

2

LA PEÑA DE FRANCIA

Madre Blanca de Castilla,
que a Francia le dió un rey Santo;
maternidad castellana
de corazón todo blanco.
Nuestra Señora la Virgen,
Madre de Dios Soberano,
la de la Peña de Francia
en el corazón serrano
de España, sobre las Hurdes,
de Extremadura barranco;
maternidad castellana,
que está de piedad sangrando.
Peña de Francia desnuda,
¡ay corazón descarnado!;
Madre Blanca de Castilla
dióle a Francia Luis el Santo.

18-IX-28

3

Agua del Tormes,
nieve de Gredos,
sal de mi tierra,
sol de mi cielo,
pan de la Armuña mollar y prieto,
leche de cabra del llano escueto,
puestas de soles de rosa eterno,
sombra de encina que espeja el Puerto,
cantos de charros,
todo recuerdos;
la carretera de mis paseos
de lazarillo, soñaba el ciego;
balcón de estío ¡ay mis vencejos!
Catedral Vieja, queda lo eterno;
Santo Domingo, reposo inquieto;
Arco de Lapa, fervor obrero;
blanco de aula de mis ensueños;
noches de casa junto al brasero,
duermen los míos, canta el sereno;
siglos de vida que se me fueron.

29-IX-28

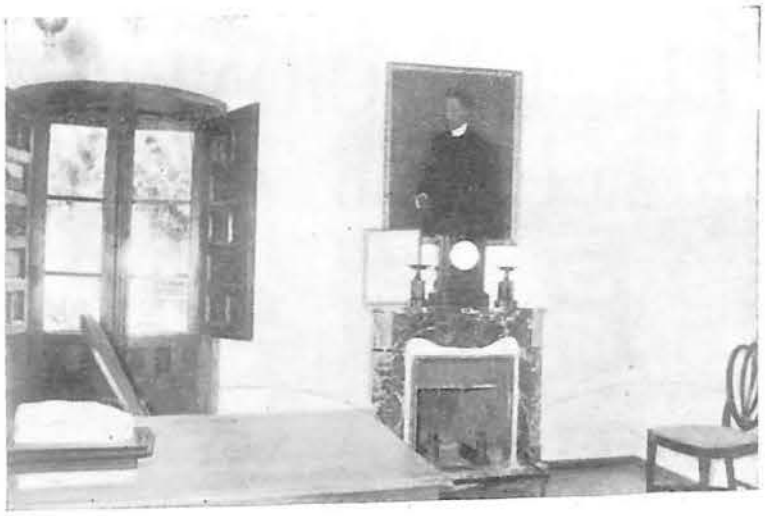
Caricatura de don Miguel de Unamuno, por Bagaría

4

Dulzainero, dulzainero,
toca en corazón de encina,
hoy es ayer y es mañana,
repetición es la dicha.
La candela verde es hoja
de año entero se esmirria,
se escabulle la botella,
cascabel del monte arriba.
A la dulzaina las mozas
bailan, y en sus ojos chispas;
el porvenir las abuelas
con manos temblonas criban.

6-II-29

DIPUTACION PROVINCIAL DE SALAMANCA



Detalle de la Casa-Museo de Unamuno.

(Fotos «Los Angeles»)

5

Peñaranda de Bracamonte,
nombre en la llanada sonoro;
ni peña ni *braca*, ni monte;
usura arando en trigal de oro.

7 - III - 29

6

Tierra de Salamanca, tierra
donde en la roca, corazón
resuena el eco de la sierra:
¡el Tremendal, el Tenebrón¡
Florida de Liébana, en llano
ondea el verdor de la mies
del lecho del mar castellano
sin agua, y el cielo pavés.
Enhiestos islotes las rocas,
pobres lagunas del Trampal,
¿son ojos de cumbre o son bocas?
sed de luz sobrenatural.

26 - III - 29

7

LENTEJAS DE SALAMANCA

Estas sabrosas lentejas
me traen sabor al terruño
que a mi lengua le dió el cuño
de su saber; sus consejas
—mies también de los sembrados—
me alimentan las canciones,
consejas de corazones
de terruño; sosegados
me vuelven los días idos
—el porvenir es memoria—
y me visitan en gloria
los recuerdos florecidos.

3 - VI - 29

8

Ceñudo Cristo martillo
de los ojos de azabache
que chispearon al remache
en los brazos del caudillo.
Cristo del campo sediento
de la Castilla cimera,
Cristo de la paramera,
zafo de renacimiento.
No hay seso que te resista,
Cristo del Cid, cuatro clavos,
tú que nos has hecho esclavos,
Cristo de la reconquista.

14 - X - 29

9

Enterré en tí, mi visión del Campo
de San Francisco,
hambre loca de imposible sosiego,
raíz de Cristo.
Cubren cipreses a las áureas torres,
cielo divino,
y canta en mayo su prieta verdura
fruto de trinos...
soñando en la mar el agua canta
reló de siglos...
Qué montón de momentos, puro monte
místico, místico,
monta escalando de Dios el peldaño,
fuente de ríos;
recuerdos enterrados, vida
tras tierno olvido..
Toma tierra el cielo, cielo la tierra,
carne de Cristo;
la Dolorosa con sus siete espadas,
fiel acerico,
rojo fruto, corazón todo madre,
trágico sino,
y el dolor sin orillas se hace lago
claro, tranquilo,
en dulce paz de descanso soñado,
azul cobijo
mi humilde, pobre hermano, santo Campo
de San Francisco.

19 - IV - 30

10

Salamanca, Salamanca,
renaciente maravilla,
académica palanca
de mi visión de Castilla.
Oro en sillares del soto
de las riberas del Tormes,
de viejo saber remoto
guardas secretos conformes.
Hechizo salmanticense
de pedantesca dulzura,
gramática del Brocense,
florón de literatura.
¡Ay mi Castilla latina
con raíz gramatical,
ay tierra que se declina
por luz sobrenatural!

18 - VIII - 30

11

Carretera de Zamora,
cuesta arriba, cuesta abajo;
los siglos me dieron la hora
de soñar, recio trabajo.
Se acuesta en torno la Armuña,
cuesta abajo, cuesta arriba;
y el cielo a la tierra acuña
y sus entrañas cautiva.
Carretera de los años
de mis ansias de consuelo,
no padece desengaños
quien se entrega sólo al cielo.
Carretera de Zamora
al salir de Salamanca;
los siglos nos dan la hora
final de que todo arranca.

18 - XII - 32

Rincón de trabajo de don Miguel.

DON MIGUEL EN SU DES-CIELO

En su destierro de Hendaya, después de publicado su último libro de versos, una colección de romances, don Miguel piensa en un cancionero al que, cuando ya lleva escritas cincuenta y tres poesías, el 25 de marzo de 1928, duda si titular «Cancionero espiritual en la frontera del destierro», o «En la frontera. Cancionero». Era entonces su preocupación —precisamente— el destierro, pero envuelta en lo que fué para él, siempre, la única cuestión: la muerte.

«El entierro en el destierro
¿quién lo sabe?;
el destierro en el entierro
es lo grave.

(149. 23-IV-28)

Pero la redacción de este diario poético se fué dilatando hasta abarcar mil setecientas cincuenta y cinco poesías, la última de ellas escrita el 28 de diciembre de 1936, tres días antes de su muerte.

A últimos de 1953 —llegando a España no hace más de un año— fué editado en la Argentina por el Hispanic Institute in the United States, este caudal lírico, cuidando de la edición un salmantino, antiguo discípulo de don Miguel (1).

Campo de San Francisco.
(Oleo de J. M. González Ubierna)

Las poesías que aquí se reproducen son unas pocas de las muchas que se podrían espigar en el «Cancionero» y que hacen referencia a Salamanca. Bueno será que el lector tenga en cuenta que las ocho primeras han sido escritas en el destierro. Allí, don Miguel escribió su soneto a la carretera de Zamora; allí, su recuerdo del Campo de San Francisco, recogido después en «Paisajes del alma», algo de lo más hermoso que ha salido de su pluma.

La poesía número tres encierra una alusión que a muchos lectores pudiera llevar al equívoco con nuestra tradición literaria de «El Lazarillo»:

«la carretera de mis paseos
de lazarillo, soñaba el ciego».

Esta carretera es la de Zamora, por la que don Miguel paseaba con sus amigos, y era él lazarillo a cuyo brazo se asía el ciego Cándido Rodríguez Pinilla, a uno de cuyos libros de versos puso prólogo Unamuno.

Otra de estas poesías, la diez, será ya conocida de los lectores, porque fué publicada hace años y figura en numerosas antologías. Sin embargo la hemos preferido a otras, en nuestra limitada selección por su carácter de panorámica espiritual, porque en las demás poesías, si están escritas desde el destierro, Unamuno recuerda hoy una calle, un pueblecito, el Cristo de las Batallas, la dulzaina charra, las lentejas de Salamanca, una iglesia, un paseo... Si es a su regreso, don Miguel se va encontrando, lentamente, pieza a pieza, con su antiguo mundo salmantino y es lo que refleja en el «Cancionero». Después de su gran Oda a Salamanca de 1901, era difícil volver al mismo empeño y don Miguel salva el escollo con la intimidad recoleta de estas breves estrofas.

Sería absurdo convertir esta nota aclaratoria en una crítica de los valores poéticos del «Cancionero», que son muchos, pese a la desigualdad y abundancia de prosismos que hacen de algunos poemas simples exabruptos, tendencia manifestada muy frecuentemente en toda la producción del Unamuno en el exilio, sobre todo en su «De Fuerteventura a París» y en el «Romancero del destierro», y no digamos ya —aunque sea prosa— en su autobiografía espiritual «Cómo se hace una novela».

Es aleccionador recoger estas muestras de amor a su patria espiritual, estrofas escritas en el destierro las más de ellas, como queda dicho, y en las que don Miguel pone tanta alma, tanto desgarro afectivo en su temor de no volver, de no poder llevarse más allá de la muerte su clara visión de Salamanca.

Unamuno dijo en repetidas ocasiones, durante su destierro, que era aquello su des-cielo, porque España había sido desterrada de su patria celestial. Algo de ello queda como un poso en sus versos, sujetos a un tiempo y que, a la vez, parecen tan de siempre, un siempre que es ayer y es mañana, porque tiene la eternidad de la sucesión de nuestras vidas.

E. SALCEDO

---

(1) Publicaciones del Hispanic Institute in the United States. Miguel de Unamuno, *Cancionero. Diario poético.* Edición y prólogo de Federico de Onis. Editorial Losada, S. A. Buenos Aires. 188 páginas. 1953.

(¿Por qué no figura un indice de primeros versos y, ya que se trata de una edición crítica, por qué no se consignan aquellas pocas poesías que fueron publicadas anteriormente, estudiándose las variantes en el texto? Ya que algunas fueron publicadas en vida de don Miguel, puede tomarse éste como texto definitivo).

M. LEGENDRE Y SALAMANCA

POR LUCIANO BARCALA MORO
Médico de La Alberca

No puedo sustraerme, por considerarla —ayer como hoy— exacta a la interpretación que en ocasión memorable expresé, de que la actitud de Mr. Maurice Legendre frente a España es un caso de verdadero enamoramiento. Toda la obra y toda la conducta de este ilustre hispanista está impregnada del cálido entusiasmo que sólo brota cuando es el verdadero amor quien lo inspira. Y conste que conscientemente damos a las palabras «amor» y «enamoramiento» el alcance y dimensiones con que Ortega y Gasset las ha definido.

Por el conocimiento y admiración de España se puede recibir la calificación de hispanista. Y son muchos a los que esta calificación puede otorgársele. El caso de Legendre es distinto: su sentimiento de España era más que conocimiento erudito de ella, y más que admiración, era amor por enamoramiento, dándose en este sentimiento las dos cualidades que nuestro filósofo considera esenciales: «el sentirse «encantado» por otro ser que nos produce «ilusión» íntegra, y el sentirse absorbido por él hasta la raíz de nuestra persona».

Yo sé que él estaba conforme con esta apreciación personal mía, porque en las vísperas del Homenaje nacional que aquí en La Alberca se le ofrendó, al darle a conocer las cuartillas que al día siguiente habría de leer, me subrayó emocionado su completa conformidad.

Por eso dijimos entonces y hoy repetimos: «su magnífica tesis doctoral sobre las Hurdes es un valiosísimo estudio de geografía humana; sus estudios sobre literatura española están positivamente impregnados de una amplia erudición y cultura; su dirección de la Casa Velázquez ha sido certera y ponderada; sus dotes de organizador están retratados en las numerosas peregrinaciones que constantemente dirigió y orientó hacia la Peña de Francia; pero para nosotros lo que verdaderamente le caracteriza y le retrata es ese magnífico libro que brotó de su pluma que se titula *Semblanza de España* y que yo motejaría mejor de Canto a España, porque todas sus páginas están impregnadas de un inflamado lirismo».

Legendre siente a España con todos sus sentidos: se embriaga con el olor de sus flores, se goza con el sabor de sus aguas, de sus mostos y de sus guisos; llena sus ojos con la luz de su sol, de sus paisajes y de sus festejos coloristas; penetran en su intelecto nuestros artistas y nuestros escritores; acoge en su corazón a nuestros Santos y es a la Virgen de la Peña de Francia y a Santa Teresa a las que dedica dos libros. En fin, es España, en todas sus dimensiones y profundidades, la que penetra en su espíritu y la que después brota de él transmutada en frases plenas de entusiasmo y calurosa emoción.

Corre el año 1909 cuando el joven Maurice Legendre llega a España. Viene con el ímpetu viril de su mocedad, el corazón palpitante de ilusiones y una sed insaciable de ver y de admirar. Acaba de hacer sus estudios universitarios y su propósito es pasar unas vacaciones en España. Una feliz coincidencia lo trae hasta la Peña de Francia. Una vez allí, desde esa magnífica atalaya, se le ofrece una sublime perspectiva, que es una atrayente invitación a la aventura.

Desde aquella maravillosa altura que lleva el nombre de su madre patria, le hacen ver que en el fondo, hundida entre un verdadero oleaje de montañas, existe una región casi inexplorada y legendaria: las Hurdes. Y entonces, nuestro mocetón siente el prurito de conocer y descubrir. Y se encamina a La Alberca. Y sus ojos se maravillan del tipismo de sus construcciones, de lo señorial de sus costumbres protocolarias, de la belleza de sus trajes.

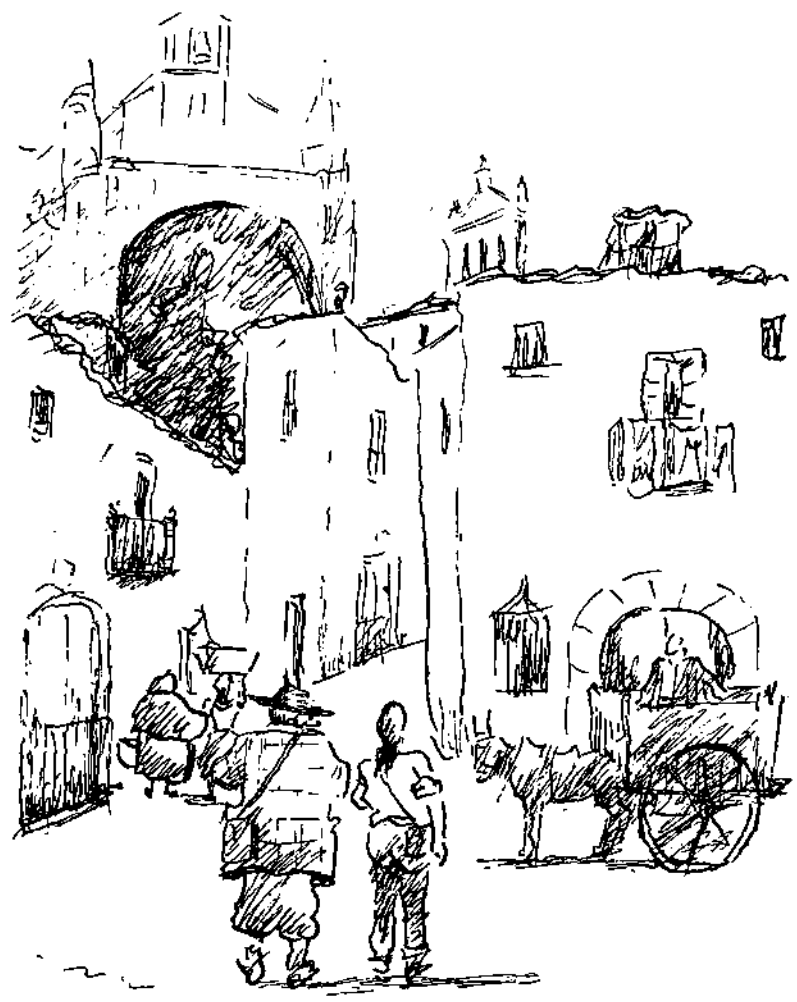
Y aquí conoce al «Tío Ignacio», magnífico ejemplar de la raza, muy en consonancia con sus arraigadas convinciones católicas. Y con él, a conocer y a recorrer las Hurdes en duro caminar por atajos pedregosos y tierras inhóspitas e incultas. Y así un viaje y otro viaje, durante varios años, hasta conocer palmo a palmo toda la región. Y de este duro trabajo nace el primer fruto cosechado: su tesis doctoral, *Las Hurdes. Estudio de Geografía humana,* en el que se describe, de modo no superado, toda la cuenca hurdana.

Pero no son sólo las Hurdes, es después toda España, mejor conocida y más amada cada día, porque si bien tiene unas barreras que dificultan la entrada, también tiene unos lazos espirituales y afectivos que Legendre sintió que se le estrechaban en su nudo amoroso.

Y ya desde 1920 a vivir definitivamente en España, sin olvidar por eso a su amada Francia, que el amor de la novia no es incompatible con el de la madre.

DON MAURICIO Y DON MIGUEL

Toda España ha recorrido Mr. Legendre, pero no sólo las grandes ciudades, sino también las pequeñas aldeas, las escarpadas sierras y los escondidos vericuetos; en el agua de muchas fuentes campesinas habrá apagado su sed y en muchos campos habrá aspirado el aroma de sus flores; pero es



San Esteban.

(Dibujo de Ramón Cuesta)

Castilla la que más ha penetrado en él para darle sus conceptos de España, y de Castilla, Salamanca, en donde están enclavados sus puntos de predilección: La Alberca y la Peña de Francia.

Cuenta Berrueta en su *Guía Sentimental de Salamanca* una curiosa anécdota que tuvo lugar en uno de los primeros viajes de Legendre a Salamanca, o sea allá por el año de 1910.

Acompañado de Legendre, «ese simpático e inteligente publicista francés», y de don Miguel de Unamuno, se encaminaron al Convento de los Dominicos. En la portería, Legendre, «en su marcado acento francés», pregunta por un Padre. Sin duda para anunciarles, el lego inquiere al extranjero:

—¿De dónde es usted?

—¿Yo? De París.

—¿Y cuál es su gracia de usted?

—¿Cómo?..

«Unamuno intervino —dice Berrueta— para salvar a Legendre y al lego de su atolladero.»

Traemos a colación, además, esta anécdota, porque en ella se dan reunidos los tres pilares en que asienta su unión con Salamanca: Unamuno, Berrueta, los Padres Dominicos.

Todas las publicaciones de Legendre están impregnadas de una entrañable admiración por Unamuno. Y, a su vez, en los trabajos de Unamuno se advierte una indudable devoción por Legendre.

Es él quien guía a don Miguel en su incursión por las Hurdes y él también quien le conduce a la Peña de Francia. De esta excursión a las Hurdes saldrían aquellos agudos artículos que don Miguel publicó en *El Imparcial* y que después recoge en su libro *Andanzas y visiones españolas*. Acompaña en esta excursión a Unamuno y a Legendre el filósofo Mr. Jacques Chevalier y llevan como guía y escudero al Tío Ignacio, de La Alberca.

Cuando don Miguel publica las impresiones de este viaje, ya Legendre había dado a la prensa un trabajo suyo titulado *El corazón de España*, que apareció primero en *Le Correspondant* y después, traducido, en *La España Moderna*. «Es algo que debe leerse —decía don Miguel— y hacer votos por que todos nuestros amigos franceses sean como Legendre».

Inolvidables recuerdos habría de dejar en ambos personajes esta excursión a las Hurdes. En varias ocasiones oí recordarla a don Mauricio. Y en sus publicaciones, lo mismo en su estudio sobre las Hurdes, que en su *Semblanza de España*, que en un artículo que publica a la muerte de Unamuno, es un hito bien saliente.

A su vez, don Miguel se goza en repetir las concepciones de Legendre sobre las Hurdes y especialmente aquello de «esa región que alguien ha dicho es la vergüenza de España y que Legendre dice, y no sin buena parte de razón, que es, en un cierto sentido, el honor de España. Porque, ¡hay que ver lo heroicamente que han trabajado aquellos pobres jurdanos para arrancar un misérrimo sustento a una tierra ingrata! «Ni los holandeses contra el mar», me decía, y no le faltaba razón».

Legendre, en su calidad de historiador, antes de decidirse a plasmar en cuartillas los acontecimientos de nuestra patria, tenía que conocer «la tierra» en que ellos habían acaecido y «el hombre» que los había realizado. Factores indispensables si se quiere penetrar bien en el meollo de ellos y no quedarse en la superficie de los hechos. Y, en efecto, Legendre recorre palmo a palmo España porque Ganivet le ha enseñado que «cuantas veces se intenta desentrañar la psicología de un país, acaba uno por dar en lo único que hay para nosotros perenne: la tierra».

«Este punto de vista de Ganivet es agudo —añade Legendre— pero no alcanza más alla de la historia moderna; no da cuenta del carácter permanente de España. Existen características, por lo menos anteriores a las que resultan de la situación peninsular y, sin duda alguna, más hondas y duraderas. Dichas características Unamuno las ha bosquejado con trazo vigoroso. Siempre le embargó la preocupación de remontarse más allá de lo histórico: celtas, fenicios, romanos, godos y hasta los mismos árabes, no representan, para Unamuno, más que unas olas de superficie que han tenido poca influencia en el fondo subhistórico, en el pueblo que calla, reza, trabaja y muere.»

Y este afán de buscar lo netamente español, lo estrictamente racial, es lo que induce a Legendre recorrer toda España, pero no visitando Bibliotecas, Archivos o Museos, sino poniéndose en contacto con el pueblo auténtico, representado por el labriego, el jornalero, que es donde con menos mixtificaciones se encuentran las esencias de la raza.

Y en este recorrido para conocer hombres y tierras españolas, ha de ser Unamuno la compañía espiritual más asidua y la que le ha proporcionado visiones más auténticas, y con la que más encuentra una profunda coincidencia.

Siendo Legendre tan profundamente, tan sinceramente católico, hasta tal punto que Díaz Plaja lo califica de «el representante de la valoración de lo católico como lo genuinamente español», es natural que se ocupara de interpretar el pensamiento de don Miguel en este aspecto. Muchas veces hablé con don Mauricio de esta cuestión, pero no quiero traer sobre este punto recuerdos orales que la memoria podría haber deformado, sino que los conceptos quiero extraerlos del folleto que a la muerte de Unamuno dedicó don Mauricio.

Según Legendre, Unamuno no había dejado de ser católico, sino que sencillamente era «el tipo acabado del heterodoxo, pero no de una heterodoxia de estilo francés, justificadora del libertinaje moral o del libertinaje político, ya que Unamuno practicaba la más austera moral cristiana.»

«El hogar de Unamuno —añade— era un modelo de hogar cristiano; estaba presidido por una mujer admirable, de una piedad profunda y ferviente, de una piedad en la que la serenidad no había sido jamás alterada ni inquieta.»

«Personalmente —dice Legendre— yo fuí presentado a Unamuno como católico, y como deseoso de estudiar la situación religiosa de España, él me ayudó muy eficazmente a informarme de las mejores fuentes y me presentó a personas que eran muy auténticamente católicas y no eran menos auténticamente amigas de don Miguel.»

LEGENDRE Y BERRUETA

Otra de las personalidades salmantinas, a quien Legendre estaba unido con fuertes sentimientos de entrañable amistad, era don Juan Domínguez Berrueta. Un triple lazo reforzaba esta amistad: el fervoroso catolicismo de ambos, sus estudios sobre las Hurdes y la afición común a la música.

Don Juan, antes de que Legendre realizara su primer viaje a las Hurdes, había publicado un documentado trabajo sobre esta región y, aunque personalmente no la había visitado, sus fuentes de información eran tan seriamente auténticas que Legendre, en las numerosas citas que de este trabajo hace, comprueba continuamente su exactitud.

No menos esenciales serían para esta íntima compenetración entre Berrueta y Legendre, la perfecta ortodoxia católica de ambos y su afición por la música, por la que Legendre tenía tal pasión, que era asiduo concurrente a todos los conciertos que en Madrid se celebraban, y en sus viajes a La Alberca siempre le acompañaban una selecta colección de escogidos ejemplares de su discoteca, con cuya audición nos obsequiaba frecuentemente a amigos y visitantes.

He aquí la semblanza que de este querido profesor nos presenta Legendre en su libro *Semblanza de España*:

«Juan D. Berrueta, profesor de ciencias, que vive en Salamanca, dentro del recogimiento del pasado más noble de España y meditando acerca de los místicos del Siglo de Oro, gusta de la música al igual que Fray Luis de León. No se da por satisfecho por tenerle afición, la sirve también con su ciencia. Berrueta ha observado que nuestra escala no es lo bastante rica para que sea posible transcribir, con arreglo a dicha pauta, la música popular que ha conservado fielmente elementos probablemente antiquísimos, orientales y árabes. Berrueta ha puesto en pie una escala más completa que se ciñe mucho más que la nuestra a los intervalos rigurosos de tonalidades que la voz humana es capaz de expresar y ha hecho construir en Alemania un armonium que da esa escala. ¿Sabrá el porvenir hacerle justicia a ese precursor? No soy, ni con mucho, juez en la materia, pero a menudo, cuando paso por Salamanca, y más de sesenta viajes no han enfriado mi entusiasmo, voy a oir con idéntica emoción, alguno de aque-

llos aires que tan lejos tienen su eco en el pasado y tan lejos en lo porvenir, y también voy a rendir homenaje a la escala, merced a la cual, más adelante, algún genio auténtico puede que nos proporcione ese algo esencialmente nuevo que busca en balde algún que otro estrepitoso decadente.»

Una personalidad tan fervientemente católica, tan ortodoxamente creyente, es natural que buscase sus amistades y relaciones entre los más genuinos representantes y directores espirituales de nuestra religión: los Padres Dominicos, de los que es ocioso recordar que siempre han sido el más poderoso foco de atracción de la intelectualidad española.

DESCUBRIMIENTO DE LA PEÑA DE FRANCIA

Pero además había algo que habría de constituir un fuerte lazo de unión entre don Mauricio y los Dominicos: el Santuario de la Peña de Francia. A él llegó don Mauricio en 1909, o sea un año antes de su primera excursión a las Hurdes.

La llamada la realizaría tanto su fervor católico como el haber sido poblada y colonizada aquella comarca española por hombres franceses. «La Providencia erigió aquel Santuario y encendió aquel fervor en el siglo XV, después de la larga preparación por la repoblación y colonización de aquella comarca española por franceses, a raíz de la Reconquista, a principios del siglo XII». «El nombre de Sierra de Francia se explica porque al ser repoblada la provincia de Salamanca después de su Reconquista, lo fué bajo la dirección de Raimundo de Borgoña, a quien encargó esta misión su suegro Alfonso VI de Castilla, y porque los franceses, atraídos por Raimundo, entre otros elementos étnicos, se agruparon preferentemente en esta comarca que les recordaba su país natal».

Legendre sabía por entonces también que un compatriota suyo, Simón Rollán («Vela» de apodo) había sido el descubridor de la imagen de la Virgen que resplandecía, siendo la excelsa guiadora de la región. Y allí encaminó sus pasos. Y fué en esta maravillosa Peña de Francia donde, como inspiración divina, se reveló lo que después habrían de ser sus más entusiastas inquietudes: las Hurdes, a las que dedicaría un estudio de esforzado; La Alberca, que constituiría para él un precioso remanso para su espíritu, y el Santuario de la Peña de Francia, al que consideraría como un nuevo camino de Santiago para la unión de católicos franceses y españoles.

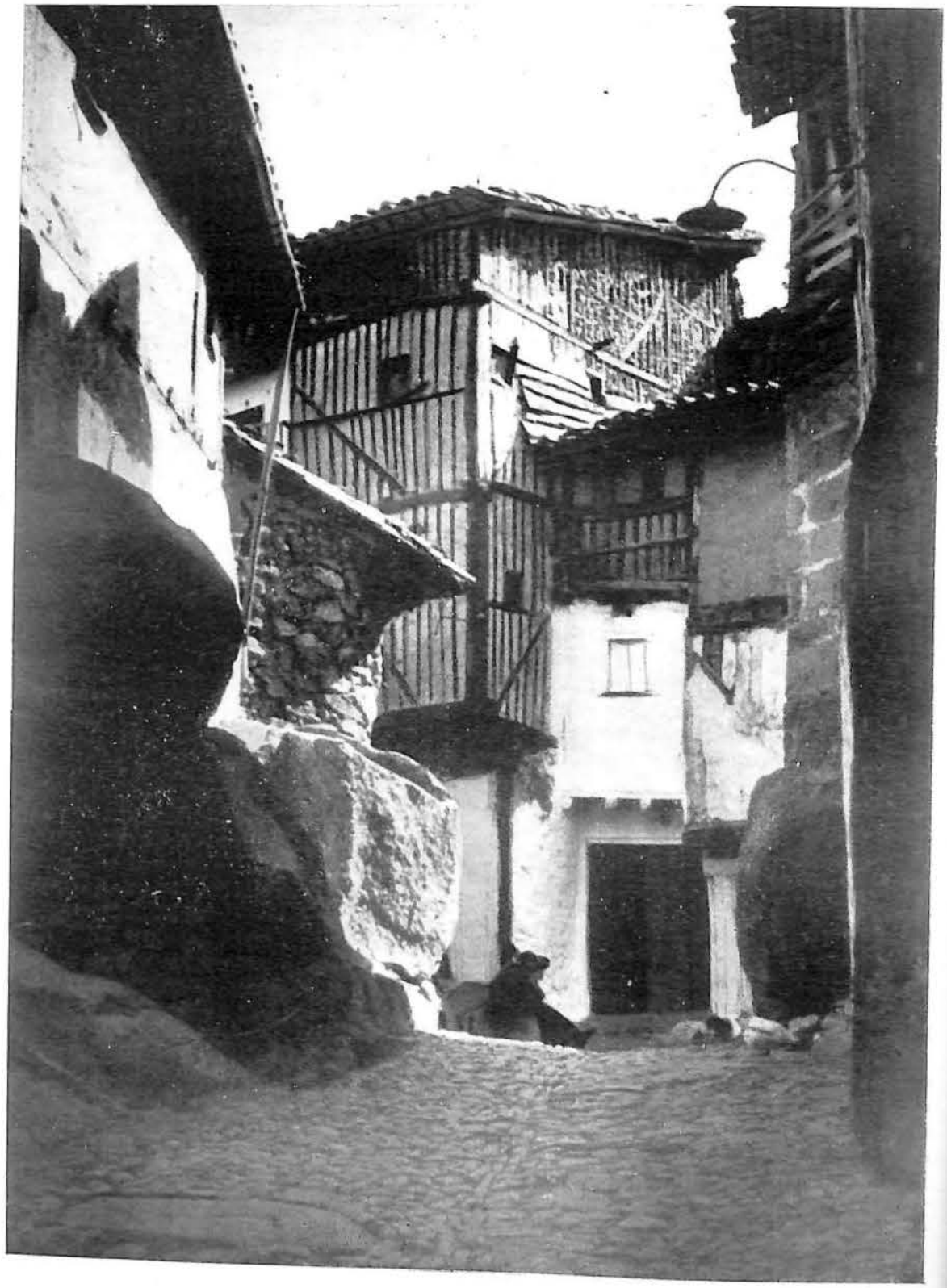
Esta Cruzada ha constituído una de las mayores preocupaciones de don Mauricio durante los últimos años de su vida: la organización de peregrinaciones de sus compatriotas a la Peña de Francia, porque él sabía muy bien cuánto se sublimiza el espíritu a estas alturas y cómo se siente la presencia y existencia del Creador en ellas.

Muchos peregrinajes realizó don Mauricio a la Peña de Francia y muchos peregrinos condujo a ella. La Virgen Morena constituía para él un radiante atractivo del que esperaba un fructuoso renacimiento de la fe católica y de la pacificación mundial. «La cueva donde Simón Vela descubriera milagrosamente —dice— la imagen de Nuestra Señora de Francia, únicamente se puede comparar con la gruta de Lourdes y con la de Iria».

Y allí, en esa Peña de Francia, hace un par de años se le impuso una honrosa distinción con que su patria le honraba: la Gran Cruz de Oficial de la Legión de Honor. Y es en ella donde se espera que vengan a reposar sus restos mortales, descansando junto a los de Simón Vela.

LA IMAGEN EN EL AGUA

¿Y de Salamanca? ¿Qué impresión produjo sobre Legendre? Sintéticamente podríamos decir que en él se produjo el hechi-



La Alberca, calle del Castillo. (Foto Ricardo Glez. Ubierna)

zo que Cervantes apuntara. Voy a limitarme a recoger la impresión que presenta Rufino Aguirre en su bello libro *Salamanca vista por los extranjeros*.

«El nombre de Salamanca aflora aquí y allá en las páginas de este libro —*Semblanza de España*— transido de inteligente simpatía».

«En Salamanca se recibe una impresionante lección de tradición y perennidad, nos dice Legendre: *Más de una vez he ido a dar un paseo con Unamuno por un sendero a orillas del Tormes. El río, lo bastante anchuroso y profundo para estar tranquilo, dibuja entre la vegetación amplios remansos de agua y de luz. Cuando se está a apreciable distancia de la ciudad se la divisa, con su graderío todo de monumentos, coronada por la Catedral, que se retrata inmóvil en la extensión líquida. Se tuerce el busto, de costado, hasta ver el horizonte vertical: la imagen purísima que hay en el agua, compite en nitidez con la que hay en el cielo, sobre fina playa; es ello un mundo completo, armonioso, equilibrado. Pero de vez en cuando el viento, que riza el oro de las mieses allá por la rojiza meseta leonesa, baja, irrumpe en la serenidad en ese vivido espejo; el agua deja de ser cielo y se estremece; los trazos de los monumentos se alargan, se acortan; extraños resplandores bailan en su derredor, mientras en medio de dichos resplandores destácase el tono rosado de los vetustos sillares de Salamanca. Después vuelve la calma: mente y vista vuelven a estar acordes.*

«En el simbolismo de esta descripción de Legendre, con la Catedral invertida flotando en el agua, está comprendida la tesis de su libro: España, como la vista salmantina columbrada allende el río, puede ser agitada y conmovida por los vientos del mundo; pero poco a poco vuelve la calma, renace el equilibrio y la armonía y su imagen sigue rellejándose en el puro cristal del cielo, donde, en definitiva, se proyecta la Historia».

DON MAURICIO EN LA ALBERCA

Y quédanos, para final, evocar brevemente, porque ya vamos agotando la extensión prudencial de este artículo, otro de los lazos de unión, y no de los menos fuertes, de Legendre con nuestra provincia: ¡La Alberca!

Ella está tan ligada a la vida efectiva de don Mauricio, que no creo pecar de exagerado al decir que constituía uno de sus más profundos amores y una de sus más intensas inquietudes. El la conoció en los años de esplendor. Cuando la epidemia del castaño no había hecho sus estragos, cuando era un verdadero bosque de castañares y robledales, cuando era habitual y generalizada una hermosa vestimenta típica abundosa en «trajes de vistas», cuando las tradicionales costumbres cotidianas y festeras se conservaban en su más nítida pureza.

Para Legendre era entonces La Alberca un punto crucial. Aquí estaba el lindero donde acababa, como muchas veces lo ha dicho, el mundo que estaba dentro de la Historia, para internarse enseguida en lo legendario (Batuecas) y, a pocos pasos más, en un territorio que vivía al margen de la Historia (Las Hurdes).

Aquí se abastecía de viandas, de medios de locomoción —una buena mula acostumbrada a caminar por vericuetos y peñascales— y de guía: el Tío Ignacio, al que constantemente califica «del más fiel de todos los escuderos».

Años después, La Alberca constituiría para él lugar codiciado de reposo estival, donde, a la par que descansaba de sus tareas ciudadanas, encontraba un remanso espiritual gozándose de bellas y tradicionales costumbres amorosamente conservadas.

En esta última etapa es cuando yo entré en contacto con él. Y ¡cuántos recuerdos se agolpan en la mente al llegar a este punto! Durante muchos años ¡cuántas charlas sostenidas en las que el tema predominante era buscar los medios de paralizar la progresiva decadencia moral y material de La Alberca! ¡Qué de esfuerzos conjuntos para intentar que hermosas tradiciones no se perdieran!

Hora es ya de decidirse a decir que a los dos —y perdóneseme que pluralice; si lo hago es para llevarme la responsabilidad de lo que a algunos no pudiera gustar— a los dos, digo, nos dolía ya un poco La Alberca. Haber gozado de tantas bellezas que no debían haber desaparecido, tantas fuertes emociones que nos arrasaron —de entusiasmo, como a tantos otros— los ojos de lágrimas, tantas bellas costumbres sin razón hundidas ya para siempre, cuando deberían, sin gran esfuerzo, haberse conservado para gozo y regalo del espíritu, con beneficios materiales para este pueblo que tanto viene necesitando desde hace bastantes años. ¡Cuántas charlas sosegadas y tranquilas en el comedor de su residencia en el pueblo, y cuántas otras emocionadas y entusiastas en los atardeceres del campo; conversaciones que se continuarían después en nuestro epistolario con una reiterada insistencia en el tema de trazar proyectos para que estas bellas costumbres tradicionales no se hundieran!

Don Mauricio tenía la rara y exquisita cualidad de saber escuchar. El era parco en palabras. En ocasiones, durante nuestros paseos, se encerraba en largos mutismos, pero, a la postre, demostraba que cuanto se le había dicho había sido escuchado y meditado atentamente.

El fué quien acogió con singular entusiasmo nuestros propósitos de fundar la Asociación de Amigos de La Alberca, complemento obligado a la declaración de Monumento Nacional. El consiguió que el ilustre Marqués de Lozoya viniera personalmente a conocer pueblo y costumbres y escuchara de nuestros labios los propósitos que nos animaban. Si no tuvieron una fecunda granación no fué porque nosotros no pusiéramos todo lo necesario por nuestra parte, ni porque don Mauricio no prestara su más decidido apoyo a la idea, ni porque ésta no fuera acogida con entusiasmo por el Marqués de Lozoya, que quedó hechizado de poblado y cuadros típicos que se le presentaron, ofreciendo su apoyo para subvencionar su conservación. Que nuestros proyectos se malograran achúquese exclusivamente a la incomprensión de los naturales del país.

El mayor entusiasmo de don Mauricio era dar a conocer este pueblo que tantos encantos encerraba y, aunque mermados, todavía encierra. Escritores, pintores, músicos, investigadores nacionales y extranjeros. Imposible hacer una lista completa. Hagamos la excepción de recordar que él fué quien animó a conocer este rincón serrano al Excmo. Sr. don Joaquín Pérez Villanueva, de tan grato recuerdo para nuestra provincia, cuando era Gobernador de Segovia. Dediquemos también un recuerdo a Elvira Lucena, la inteligente bailarina que en el mismo domicilio de don Mauricio, en La Alberca, estudió los bailes típicos para presentarlos en España y en el extranjero, exhibiendo un rico traje de vistas propiedad de don Mauricio que se lo cedía para estos recitales.

Y queremos cerrar estas notas con el recuerdo de otra de las devociones de Legendre ligadas con nuestra tierra salmantina. Nos referimos a Gabriel y Galán, poeta por el que él sentía una entusiasta predilección, hasta el punto de saberse de memoria algunas de sus composiciones, de las que le oí recitar en ocasiones algunas estrofas. Es grato recordar que su estudio sobre Las Hurdes, de cuya redención don Mauricio, como el poeta, estaba esperanzado, lo cerraba un recuerdo a Gabriel y Galán, del que decía: «Una vez más, un poeta habrá tenido una visión más lejana y certera que muchas gentes positivas».

Treinta años después, en el núm. 1 de MONTERREY, don Mauricio recordaría: «Con su clarividencia de poeta, el noble Gabriel y Galán había previsto esta transfiguración de Las Hurdes de ayer. Yo compartía su esperanza».

En el año 1949 se le concedió, por el Gobierno de España, la Gran Cruz de Alfonso X el Sabio. En ese mismo año La Alberca le nombra su hijo adoptivo y le coloca en uno de sus bellos rincones un busto original del escultor González Macías. Comentando este homenaje, decía en una bellísima crónica nuestro llorado Rufino Aguirre refiriéndose a la hermosa camisa serrana que en aquel día, como en tantos otros, con alegría un tanto infantil, lucía don Mauricio: «La bonita camisa serrana de Maurice Legendre es, sin disputa, la camisa del hombre feliz». Esta misma camisa, bordada con labores de La Alberca, cubrió su pecho después de muerto. Sánchez de Muniaín comentaba así este detalle: «Todavía hoy, muerto, es posible que sea el único hombre que en Madrid viste y luce una camisa española».

EN LA MUERTE DE RUFINO AGUIRRE

Amigos en nuestra primera juventud, nuestras vidas siguen derroteros distintos. Pasan años, nos volvemos a encontrar, y desde el primer momento veo en él la lealtad, la nobleza. Sigue siendo el verdadero amigo que, dadas sus cualidades, sería difícil captar como tal, pero una vez siéndolo, aún más difícil —por no decir imposible— perderlo.

El destino, implacable, poco tiempo nos dejó para planear con tranquilidad la labor cultural y artística a realizar desde el organismo provincial. Apenas perfilada, terrible dolencia, quizá presentida por él y para nosotros dolorosamente cierta, convierte en póstuma su labor.

Su amor a Salamanca, a su profesión, sus ansias y anhelos de hacer bien las cosas, le producen una excitación que al quererse, o mejor querernos engañar, le sostiene hasta el último minuto. No piensa más que en Dios y en su trabajo pendiente, dándonos lección de fe y de amor a todo lo noble.

Que Dios le tenga en su seno, y los salmantinos no olvidaremos a quien con tanto amor y acierto supo cantar lo material y espiritual de nuestra tierra.

JERONIMO ORTIZ DE URBINA

Presidente de la Diputación

Rufino Aguirre y lo salmantino

POR MANUEL GARCIA BLANCO
Catedrático de la Universidad de Salamanca

A la muerte de Rufino Aguirre han recordado la ilusión con que preparaba este segundo número de la revista MONTERREY, que ya no verán sus ojos ni acariciarán sus manos. Pero en estas páginas sigue alentando el espíritu de quien las animó. Y por eso es una obligación moral que en ella le recordemos quienes fuimos sus amigos y compañeros. Que nada es más justo ni nada hubiera satisfecho más a su espíritu fino y delicado que esta conjunción de afectos en torno a la memoria de un escritor que sintió como pocos la que él mismo tituló, a lo Vigny, «grandeza y servidumbre del escritor» en nuestro país. Así lo habrán recordado quienes leyeran aquel patético y veraz artículo suyo, certeramente exhumado en «La Gaceta Regional» al día siguiente de su entierro.

Pero no voy a exhumar recuerdos personales muy acendrados, ni a recorrer la obra que Aguirre realizó, mientras esperamos la que dejara en el telar, ya urdida y bien tramada. Y puesto que sus tres últimos libros tuvieron por tema nuestra ciudad, a considerar lo salmantino, tan ligado a su vida y a sus escritos, he de limitar estas líneas, dictadas por el afecto y por la justicia hacia quien las trazó. Porque lo salmantino constituye una de las constantes de su obra y fué una dimensión de su figura humana. «Enamorado de la ciudad donde reside —escribió él mismo en el prefacio de su libro «Salamanca vista por los extranjeros»— se siente tan entrañablemente unido a ella, que, en perseguir las huellas de Salamanca en el transcurrir histórico, ha empleado muchas de sus mejores horas», y esta confesión en tercera persona, hace más íntimo ese sentirse conquistado por el hechizo de la ciudad que Aguirre proclamó con hechos perdurables que ligan su nombre, para siempre ya, al del escenario urbano que fué el de su vida.

Tres años antes de morir tuvo la oportunidad de volver a su ciudad nativa en una visita apresurada de la que brotó su escrito «Logroño entrevisto» en el que, muy azorinianamente, evoca la que él calificó como «algo más profundo —la llamada de nuestras raíces, enterradas en aquella provincia— tiraba de nosotros con dulce violencia». Y así pudo —hoy vemos con qué dramática sensación— responder a este tirón afectivo, en el que buscaba «perseguir la leve sombra huidiza que fué uno mismo, jugando a perderse y encontrarse entre los árboles del Espolón». Fué como si el escritor quisiese despedirse, sin presentirlo tal vez, de la tierra que le vió nacer, para volver a la que, aunque adoptiva, tiene iguales derechos para confesarle hijo suyo. Porque si Aguirre confesó modestamente, como era su norma, que debía mucho a Salamanca, yo no vacilo en afirmar que no es menos lo que ésta le debe a él. Ahí queda su obra entera para confirmarlo.

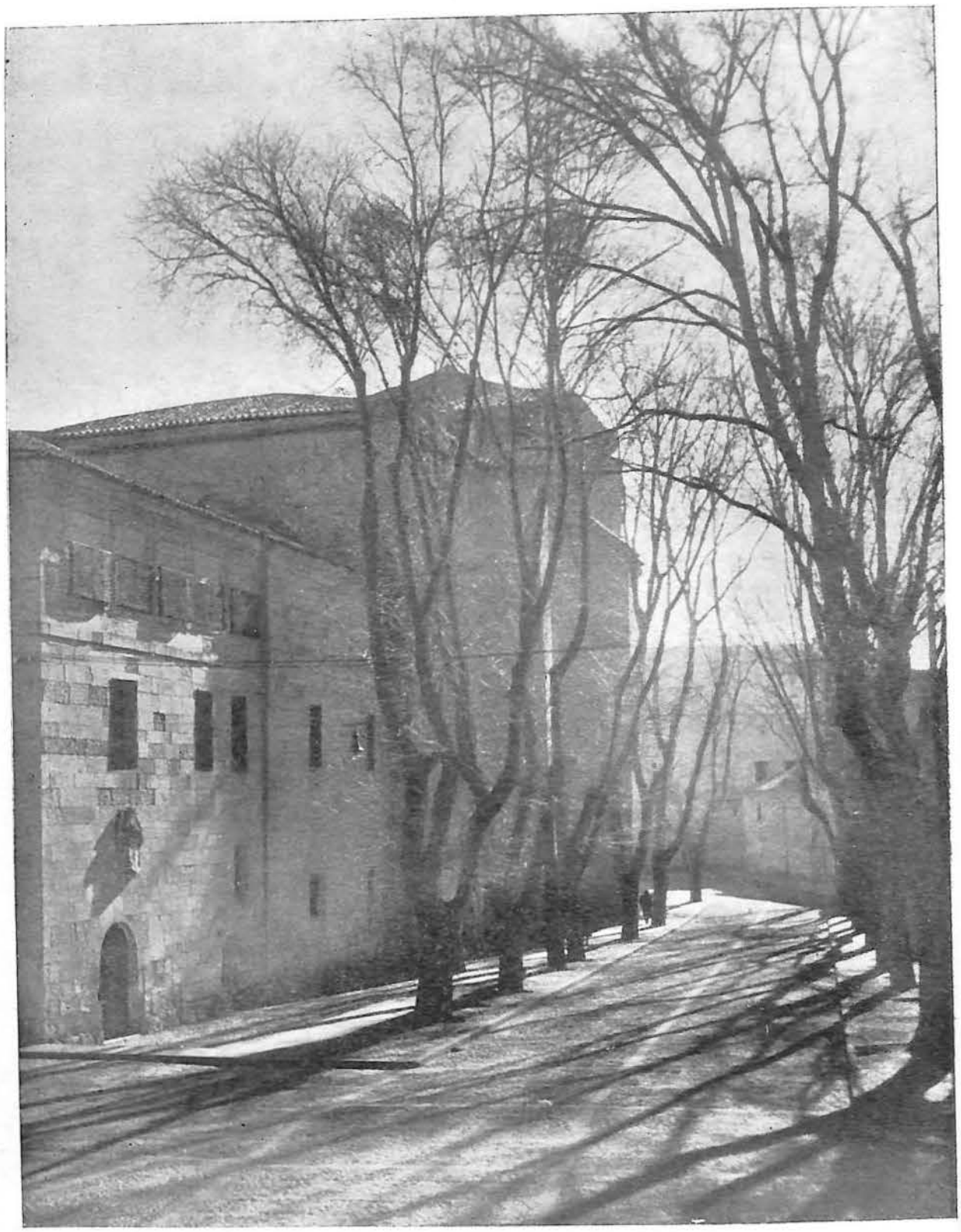
Para Rufino Aguirre fué lo salmantino algo vivo y humano y no un tema de erudición adquirida y ordenada en inexpresiva ringlera de fichas y datos. El proceso de creación que nos parece descubrir en su obra es, justamente, el inverso. Estudió y supo la historia de la ciudad antigua y asistió al diario palpitar de la contemporánea, pero en una y en otra buscó lo decididamente humano, no menos perdurable que sus piedras artísticas, sabiamente agrupadas en sinfonía de siglos. De ahí que la lectura de sus escritos sobre Salamanca, y no sólo los que acertó a ver cobijados en libro, sino los centenares de ellos que aún esperan ese logro permanente —y quiero pensar que la tarea no tardará en ser algo tangible— produzca en el ánimo de sus lectores la sensación de algo animado y vital.

En ese orden la tarea de Aguirre ha sido ejemplar y debe marcar un camino, pues el tajo es frondoso y requiere generosos concursos como el suyo. Cuando hojeamos los dos volúmenes en que el hispanista italiano Farinelli ordenó las menciones puntuales de los viajeros de cierto porte histórico o literario que visitaron la Península Ibérica, desde la re-

Puerta del Río. (Dibujo de Ramón Cuesta)

mota Edad Media hasta la época actual, no pocos de los cuales pasaron por Salamanca, causa asombro la teoría de tanto nombre, más o menos ligado al de la ciudad y su provincia. Aguirre sabía ésto, pero en vez de reunir unos textos, situándolos en el tiempo, prefirió la tarea más difícil y exigente de ir a buscar el dintorno humano del viajero, exprimiendo al máximo los sentimientos que la ciudad despertara en él. Sólo así podremos explicarnos sus reacciones y apreciar lo que ha ido siendo Salamanca en el transcurso de los siglos para ojos extraños y mentes parciales.

Utilizando mi propia experiencia debo afirmar que la silueta tan pintoresca y animada de Jorge Borrow la he visto mejor, en cuanto a su peripecia salmanticense, en los escritos que Aguirre le dedicó, que leyendo las páginas que en su libro dedicara el autor a su paso por Salamanca. Y en cuanto al testimonio de viajeros de nuestra propia lengua, como el argentino Ricardo Rojas o su compatriota Manuel Gálvez, puedo testimoniar la satisfacción que ambos me han comunicado al verse incluídos, gracias a la diligencia y comprensión de Aguirre, entre los ingenios que han escrito algo auténtico sobre nuestra ciudad. Si sólo fuera por este libro, y son mayores los méritos que en su obra concurren, la deuda de los salmantinos con el amigo que acabamos de perder sería ya imprescriptible.



Las Ursulas.

Pero junto a los lejanos o próximos latidos de quienes al pasar por Salamanca tuvieron algo que decir de ella, Aguirre fué un espíritu vigilante para la coyuntura que le tocó vivir en ella. Espigando apenas en la tarea que acertó a cumplir en los últimos diez años de su vida, quedan en ella páginas sobre ingenios salmantinos de ayer y de hoy, que habrá que tener en cuenta siempre para una consideración conjunta de lo que ellos aportaron a la vida nacional. Tal vez un día podamos gozarlas también apiñadas en forma de un libro de interés permanente para los que hemos convivido con él, y de referencia obligada para las generaciones venideras. Porque las publicaciones de este tipo pueden tener una vigencia que rebase las lindes de lo local al convertirse en el latido, unánime y diverso a la vez, de quienes vivieron y alentaron en torno a Salamanca o a su provincia.

A esa empresa de valorar lo salmantino, de salvarlo amorosa y recatadamente para el futuro, fué a la que Aguirre dedicó lo mejor y más escogido de su producción, y gracias a él, como otros salmantinos que le precedieron y que ya no viven tampoco, tenemos no una crónica o un dietario de hechos, libros y personas, sino una visión actual y animada, viva y palpitante, de lo que la ciudad y su región han sido.

El periodista y el escritor

«Dos almas se agitan, ¡ay!, en mi entraña».
J. W. GOETHE, *Fausto.*

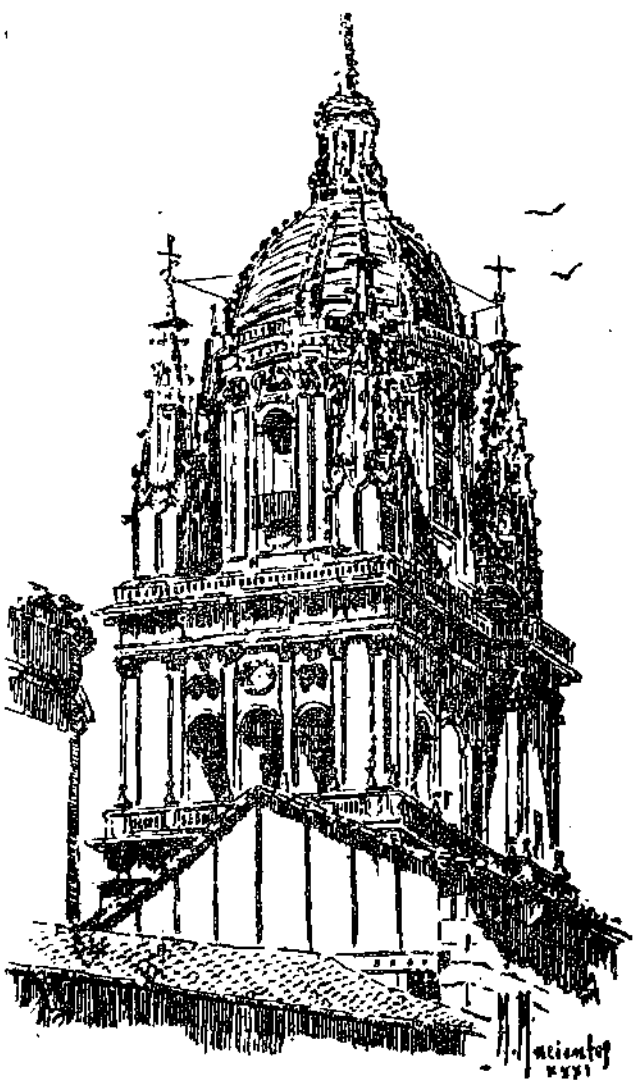
En el principio del periodismo fué la literatura. Esto es indudable. Yo me atrevería a decir que los redactores de anales históricos fueron los primeros periodistas, que Jenofonte fué el primer cronista de guerra.

Los periódicos del siglo XIX eran literatura. Hoy nos cuesta trabajo llamar periodistas a Mariano José de Larra y a Enrique Heine. Sin embargo, lo que en su tiempo hicieron fué —nada más y nada menos— que periodismo. Nos cuesta trabajo, viniendo a tiempos más próximos, el convencernos de que «La ruta de Don Quijote» es una colección de crónicas periodísticas de Azorín, no concebidas en principio como libro.

El periódico, día a día, va dejando menos sitio a la literatura. La concisión del telegrama, la necesidad de la estadística y el hambre de sensacionalismo del lector que se contagia al que escribe, rompen con la imagen literaria y el primor estilístico; es necesaria la concisión, un lenguaje desnudo y directo y el dato o la cifra. Hoy ya sabemos que no basta escribir bien para poder ser periodista. Esto antaño no se concebía. Hoy se llega más lejos, incluso, cuando nos hemos convencido de que, aunque se trate de campos afines, periodismo y literatura no tienen entre sí más relación que la que pueden tener la poesía lírica y el cinematógrafo.

Todo esto explica en forma suficiente, creo, lo que Juan Aparicio contó en cierta ocasión: el fracaso de Camilo José Cela y otros escritores a la hora de escribir unos reportajes en serie sobre Extremadura. Cela sacó unas notas primorosas que, con el título de «Viaje a Extremadura», publicó tiempo después en la revista «Clavileño»; eran unas páginas de viaje muy suyas, dentro de la línea y estilo del «Viaje a la Alcarria» o «Del Miño al Bidasoa», pero muy poco o nada periodísticas. Waldo de Mier, bajo el título de «España cambia de piel», logró dar con la fórmula periodística adecuada y sus crónicas se publicaron en «El Alcázar», que fué el periódico que intentó la aventura. Bastaría leer estas dos visiones distintas, que Waldo de Mier continuó más allá de Extremadura, para comprender que existe una frontera que separa Literatura de Periodismo.

Esto no quiere decir que el periodista sea un hombre que escriba mal. Antes de seguir he de recordar mi condición de periodista. De todos modos, si fuera posible el afirmar ésto, yo no dudaría en hacerlo. Pero no es exacto. El periodista ha de escribir de otra forma, su lenguaje es distinto y no sólo porque se dirija a una gran mayoría con la obligación de ser comprendido, no, es distinto su lenguaje por algo más simple: difiere su mundo y, consecuentemente, ha de hablar en otra forma. El escritor manejará la fantasía, la imagen, el primor estilístico, buscará donde pueda todos los resortes líricos necesarios o coloristas para expresar un estado de ánimo, un ambiente, etc.; el periodista, en cambio, historiador de cada día azacaneado por mil sugestiones diversas, ha de hacer que su lenguaje sea simple, impersonal en todas aquellas ocasiones que su trabajo lo requiere (editoriales, informaciones), siempre ajustado a la realidad, fiel a la estadística (reportajes) y cuando no hace ésto y se va por el camino del escritor, es cuando escribe artículos, modo de expresión que, aun cuando tiene cabida en el periódico, no es fundamental en él y los escribe cuando no es, precisamente, periodista. Debiera bastar también esta otra circunstancia: para el periodista no es necesario ni fundamental firmar lo que escribe; hay grandes periodistas sólo conocidos por la gente del oficio, que no firman una sola línea, y para el escritor, en cam-



(Dibujo de Manuel Mucientes)

bio, poner el nombre junto a cuanto escribe, es fundamental. En la Escuela de Periodismo, las nuevas promociones han aprendido, ante todo, a distinguir lo periodístico de lo que no lo es. Durante los cursos se ha operado, en cada futuro periodista, una labor de aclimatación que ha estado vedada a las anteriores promociones, promociones para las que estas fronteras imprecisas han aparecido en continuo cambio, planteando dramáticamente una lucha, entre aspiraciones y medio de expresión, verdaderamente notable y que no siempre ha sido denunciada y, mucho menos, comprendida.

* * *

Estas meditaciones vienen aquí por el recuerdo del pobre Rufino Aguirre, que se nos fué, llevado por esa plaga de nuestro tiempo que es el cáncer. Y recordamos la imprecisión de estas fronteras porque Aguirre sintió este mismo problema, hondamente, dramáticamente, y porque él supo siempre que si existe una grandeza y servidumbre del escritor, existen otra grandeza y otra servidumbre, distintas, del periodista y que dos servidumbres pesan mucho sobre un hombre a riesgo de hacerle caer y privarle de toda grandeza en estos dos frentes de su lucha espiritual a los que él vivió vuelto, con la humilde, la desesperada y silenciosa tristeza del francotirador.

Rufino Aguirre escribió un libro «Salamanca vista por los extranjeros» y proyectaba otros dos, «Salamanca vista por los españoles» y otro sobre las figuras salmantinas notables o pintorescas que en todo tiempo han pasado por la ciudad. De estos dos últimos libros algo ha dejado escrito. En los últimos tiempos le animé con insistencia a terminarlos, sobre todo el último. Se lo impidió la muerte, ciertamente, pero en buena medida se lo vedó también la necesidad que él sentía de que todas sus páginas viviesen la fugaz vida de un día en las columnas del periódico.

Ya en otra ocasión, viviendo él, escribí comentando el tono de «pequeña erudición» de su libro: «Son muchos los que sienten desprecio por esta pequeña erudición provinciana, que lleva entrañada una renuncia al eco múltiple y vanidoso de más amplios espacios, siquiera nacionales. Yo mismo he de confesarlo, sentí ese desprecio en los momentos fugaces en que uno piensa comerse el mundo, creyendo que es de fácil digestión. Pero hay en esa renuncia algo de ejemplar. Pongamos en su parte negativa el que sea reconocimiento de las propias limitaciones. Pongamos al otro lado, para vencer la balanza, que el gran amor al paisaje en que se vive y sufre y el ser albacea de tanto como muere para que los demás no olviden, son virtudes que merecen la gratitud de quienes —viviendo en el mismo lugar— un día quieran recordar, saber cuanto concierne a su ciudad pequeña y anciana y que lo podrán encontrar gracias al pequeño erudito» (1).

(1) *Un libro de Rufino Aguirre. Los forasteros nos enseñan la ciudad,* en «La Gaceta Regional». Salamanca, 23 de Agosto de 1953.

No olvidaré nunca la emoción con que el propio Aguirre asintió a estas palabras mías, y la gratitud que expresó por que un compañero hubiese acertado con la expresión justa de lo que era su situación como escritor. Entonces quedó aún una pregunta por formular. ¿Por qué Rufino Aguirre había aceptado esta limitación, esta servidumbre? Permítaseme que conteste dando un rodeo.

Sosprende al repasar la colección de artículos escritos por Aguirre la frecuencia con que la palabra «melancolía» o «nostalgia» acusa su presencia en los títulos. Sorprende también el comprobar que, más del ochenta por ciento de sus artículos están dedicados a Salamanca y, concretamente, a la Salamanca del siglo XIX y principios del XX.

Rufino Aguirre hace su aparición en las letras salmantinas cuando ya don Miguel de Unamuno lleva años de magisterio en el ámbito internacional y cuando en torno suyo, viven y alientan todos los salmantinos con alguna inquietud espiritual. Hoy asusta comprobar el olvido en que han caido todos aquellos nombres que al adolescente Rufino Aguirre se le aparecieron como cimas difícilmente superables. ¿Cuantos salmantinos jóvenes pueden hablar de Luis Maldonado, de Hipólito y Cándido Rodríguez Pinilla, de José Sánchez Rojas, de Juan y Ramón Barco, de José Sánchez Gómez, de Mariano y Martín Domínguez Berrueta, de Agustín Sánchez Maceira, de Cividanes? ¿Cuántos jóvenes, aún hoy, tienen noticias de los libros de Fernando Iscar Peyra o de Antonio García Boiza que murió, como quien dice, ayer? No nos detengamos ahora en si con razón o sin ella, se han olvidado estos nombres. Debe bastarnos la constancia de que se les olvidó.

Este fué el mundo literario al que Rufino Aguirre asomó su curiosidad y su ambición juveniles para comprobar, a medida que ascendía por aquellos escalones, cómo la muerte había bastado para reducir al silencio nombres que él creyó habrían de seguir sonando, y para sentir su soledad. Llegó cuando se iniciaba aquel rápido desfile de la muerte y del silencio, casi sin tiempo para saborear tan breve relámpago de gloria literaria local que hacía pensar en Salamanca como nuevo foco radiante de las letras españolas. Y a Rufino Aguirre le invadió la nostalgia de aquellos años apenas entrevistos, y en la nostalgia le vino el amor y con el amor el conocimiento puntual de los hombres con los que apenas si pudo hablar, pero de los que oyó y leyó mucho. Vuelto hacia atrás, con no poco temor al incierto futuro, Rufino Aguirre se dedicó a revivir para él y para los hombres de su tiempo aquel otro tiempo que se le había marchado de las manos. Se hizo historiador, pero no historiador que actualizara el pasado de cara al futuro, sino que en su obra realizó el desesperado intento de que el mismo futuro se volviera sobre este ayer que cada vez se nos queda más lejos.

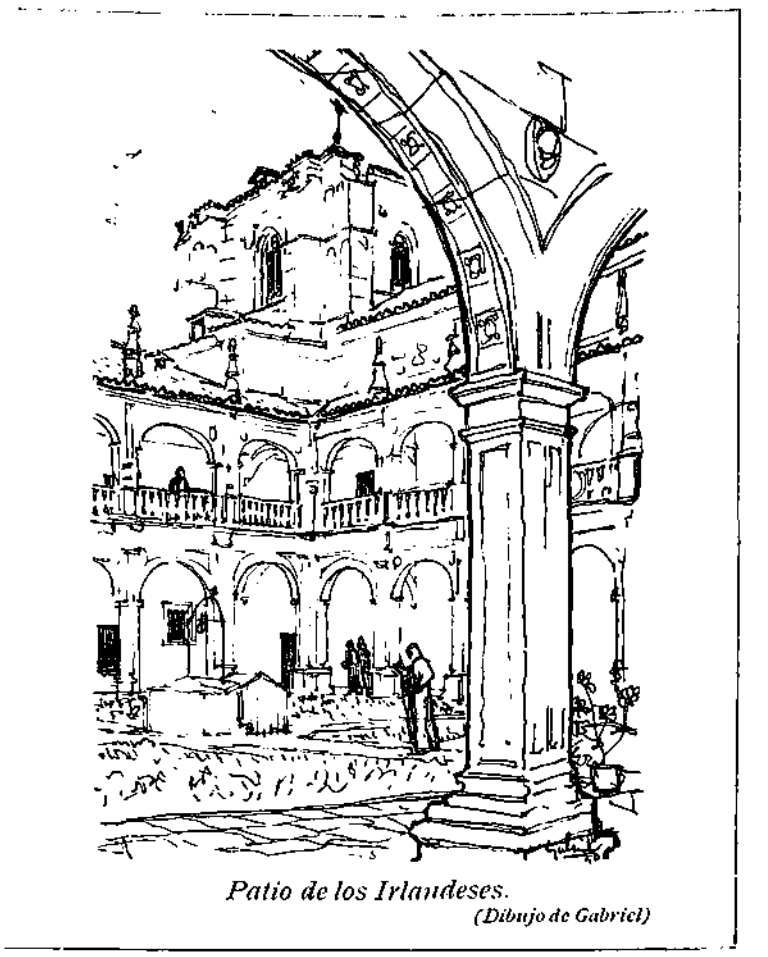
Pero, ¿por qué ocurrió así? Ya hemos terminado el rodeo. Recordamos que Rufino Aguirre era periodista en el que fué dramática realidad la lucha con el nuevo lenguaje periodístico. De un lado, escribía sus artículos con aquel es-

tilo terso, deteniéndose morosamente en la adjetivación, corrigiendo y puliendo. De otro, jamás le ví escribir a máquina una noticia y recuerdo cuántas veces me las dictó, echada la silla hacia atrás, metidas las manos en las sisas del chaleco, con voz lenta, mientras sus ojos distraídos seguían la columna de humo del cigarillo.

En Aguirre había un escritor que no se resignaba al periodismo, que se rebelaba. Pero al tiempo, el periodista se impuso la limitación de ser cronista de aquel pequeño mundo suyo en el que vivía, más puntualmente, de aquel pequeño mundo en que le hubiera gustado vivir. Era un hombre que se había escapado del siglo XIX para vivir en el nuestro, un hombre que debía haber nacido allá por el año de 1870, para vivir a caballo sobre los dos siglos, para haber vivido en la Salamanca que se conmovió ante el suicidio de Villar y Macías, por que Juan Barco le demostró un error en su «Historia de Salamanca», y que vió en 1891 venir al nuevo catedrático de griego, con fama de atrabiliario pronto cobrada y que se llamó Miguel de Unamuno.

Muchas veces quiso escribir libros y no sólo sobre Salamanca. Pero muchas veces le oí aquel amargo comentario suyo: «El Quijote» y «La Cartuja de Parma» están escritos ya, ¿hay quien lo mejore?» Y luego confesaba su pereza por escribir, su satisfacción por leer, por imaginar y hurtarse de la necesidad de expresar aquello que sentía o pensaba. Se imponía a sí mismo como una mordaza al declarar que sus libros tenían que ir apareciendo antes en el periódico, y era cuando Rufino Aguirre se daba clara cuenta de cómo estaba matando al otro, al escritor que llevaba dentro de él y que también a ratos se rebelaba, riñendo aquella batalla sorda que llegó hasta el fin, cuando en los últimos días de su vida me contaba sus proyectos de ponerse a trabajar en los libros durante la convalecencia que, desgraciadamente, todos sabíamos que no podría llegar.

La muerte fué quien puso fin á la contienda. He creído que el homenaje mejor al amigo era este de mostrar su dolor, su lucha, en la que tanto de su existencia fué dejando jirón a jirón, cada día, disperso por sobre las dos márgenes de esta frontera incierta del periodista y el escritor. En el dolor es más nuestro porque puede enseñarnos no poco y su lucha tiene el valor de un consejo, como los que en ocasiones, en la hora propicia a las confidencias en las redacciones de los



Patio de los Irlandeses.
(Dibujo de Gabriel)

periódicos, cuando ya entra de lleno la madrugada, nos decía a veces.

El periodista es como un soldado desconocido en el que la perduración del nombre tiene menos importancia que la victoria de la propia bandera, porque el periodista es una pieza engastada en una gran máquina. El escritor, en cambio, es una isla, una individualidad rebelde, cuya bandera es el nombre propio. En Rufino Aguirre lucharon los dos. En los últimos días de su vida, en sus horas de angustia ante la muerte, pujaba por salir y asomar el escritor. Salvemos entre todos su nombre dando luz a esos libros casi hechos, prácticamente terminados, que prolongarán en nosotros la compañía del amigo con el que entablaremos diálogo y esperemos que, porque él lo quería así, vaya después de su muerte el Rufino Aguirre periodista a fundirse en la esforzada masa anónima que, por labrar día a día la actualidad, está condenada al olvido y quede el escritor, como una isla, con perfiles recortados y enérgicos en nuestra memoria.

E. S.

BIBLIOGRAFIA DE RUFINO AGUIRRE IBAÑEZ

(* LOGROÑO, 21 NOVIEMBRE 1902 ✝ SALAMANCA, 23 ABRIL 1955)

1 *Cinco cuentos para niños.* Salamanca, 1930. Publicaciones de la Federación de Cajas de Ahorros del Oeste de España. (Folleto). (Recoge cuatro cuentos de R. A. y uno de Julio Fuester García).

2 *Interpretación y glosa de «El Amo».* (Premio Casino de Salamanca). Imprenta Hijos de Francisco Núñez. Salamanca, 1943. (Folleto).

3 *Itinerario salmantino de don Jorgito el inglés.* Edición limitada utilizando la composición de «El Adelanto». Imp. Hijos de Francisco Núñez. Salamanca, 1943. (Folleto). (Incorporado a *Salamanca vista por los extranjeros).*

4 *Cuarenta estampas iluminadas.* Prólogo de Fernando Iscar Peyra. Fotografías de J. Núñez Larraz. Imp. Hijos de Francisco Núñez. Salamanca, 1948.

5 *Salamanca vista por los extranjeros.* Publicaciones de la Diputación Provincial. Salamanca, 1954.

6 *Salamanca, arte y espíritu de la ciudad y su provincia.* Prólogo y notas de R. A. I. Fotografías del Instituto Atmaller de Arte Hispánica. Publicaciones de la Diputación Provincial. Salamanca, 1954.

7 *Salamanca en las letras contemporáneas (Antología).* Prólogo, selección y notas de R. A. I. Publicaciones de la Diputación Provincial. Salamanca, 1954

ADIOS A FILIBERTO VILLALOBOS

Por MAXIMIANO GARCIA VENERO

En la tarde del día 13 de febrero, falleció cristianamente en Salamanca, el ilustre Médico don Filiberto Villalobos, ex Ministro de Instrucción Pública y que fué Vicepresidente de la Excma. Diputación provincial. El finado contaba setenta y cinco años de edad.

Este día 13 de febrero, a las nueve de la mañana, el pueblo salmantino y el de otra parte de la región leonesa han sentido, al morir Filiberto Villalobos, la angustia de quien pierde a un deudo amado y respetado. Los setenta y cinco años del español desaparecido estuvieron dedicados a la bondad, a la justicia y a la ciencia. Nadie le aventajó en obras y en nobleza. Tampoco encontró su par en el ejercicio de la misión política. El año 1931, mientras en Salamanca surgían las poderosas fuerzas del socialismo y de las derechas mancomunadas, Villalobos, liberal de un partido minoritario, alcanzaba la votación más cuantiosa, porque su nombre recibía el sufragio de todos los ciudadanos. A la zaga de su clamorosa elección figuraba su peripatético amigo Don Miguel de Unamuno.

—¿Cómo será la eternidad, Villalobos?— le preguntaba el rector mientras andaban por las riberas del Tormes.

Para la eternidad se preparaba desde la juventud este hombre que ha caído víctima del deber profesional. Cada noche de su vida leyó un capítulo del Kempis, tras jornadas de diez y ocho horas en su clínica de médico radiólogo. Hace cuatro meses, en Madrid, tuve la triste noción del peligro que se cernía sobre el pecho, otrora robusto, de Villalobos. Iba minando su corazón la indescriptible tarea médica, a que se entregaba con sentido misional. Sus hijos y sus amigos queríamos sacarle de esa casa salmantina, frente al palacio de Monterrey y junto a un convento, por la que han pasado dos generaciones de salmantinos y de otros leoneses. A la una de la madrugada del día 12 de febrero cayó enfermo, y su agonía fué serenamente heroica. Declinó todas las pompas y vanidades y aconsejó a los suyos con sosiego y dulzura. Ha bajado a la tierra con las manos mutiladas y con otras señales físicas de su quehacer médico de medio siglo. Deja repartida entre dos generaciones de españoles pobres una fortuna cuantiosa, de muchos millones de pesetas. Pero esa fortuna fué repartiéndola en vida, sin poseerla en ningún momento. La clínica y la casa de Filiberto Villalobos han permanecido abiertas cincuenta años, sin que los humildes tuvieran que entregar emolumentos y, al contrario, recibían el óbolo fraternal del hombre y del médico.

No era dinástico ideológico, y pertenecía al republicanismo accidentalista que fundaron Melquiades Alvarez y Gumersindo de Azcárate. Pero tuvo el respeto inequívoco de Alfonso XIII. Era enemigo del feudalismo agrario, y entre los Grandes de España, señores territoriales, halló amigos. Era liberal, y los discípulos de José Antonio le queríamos como símbolo de una clara ciudadanía. En una peripecia acaecida a los primeros meses de la guerra de España, veló sobre Filiberto Villalobos la atención afectuosa y diligente de un español insigne.

La primera diputación a Cortes ganada en aquel año 1918, que pudo ser fecha de una renovación política y social de España, le sirvió para acrecentar su misión política y social: reforma agraria, difusión de la cultura, acción cooperativa, transformación de las condiciones de vida colectiva de los pueblos de su provincia. Es decir, la única obra que puede significar en nuestro país una auténtica continuidad histórica. Antes y después de su investidura parlamentaria, obtenida en cuantas elecciones se celebraron desde 1918 a 1936, Villalobos fué un hombre de acción ciudadana, que ha ejemplarizado por medio de sus obras. En las ciudades, en las villas y en las aldeas salmantinas, millares de humanos han debido de estremecerse al conocer la muerte de un hombre que fué paternal desde la primera juventud.

Comprendió, doloridamente, la inexorabilidad de la transformación política de España. Melquiades Alvarez le informó, antes del 18 de Julio, de la fatal desaparición de un régimen que no podía ser considerado liberal. En estos diecinueve años que han transcurrido, Villalobos ha seguido, puntualmente, la obra social del Régimen. La juzgaba con una maravillosa objetividad. En su espíritu permanecía encendida la luz del liberalismo, y siempre pensó que tras la catarsis instrumental, y la intervención de una obra de cultura sincronizada con el bienestar del pueblo, podría renacer aquél.

Es Villalobos, al morir, una de las figuras españolas que merecen trascender a la historia patria por su dignidad humana, moral y cívica. El médico y el político eran incomparables: el hombre lo era aún mucho más. Estoy seguro de que el dolor salmantino pone al hombre —a nuestro «Don Fili»— por encima del doctor y del diputado y ministro. Y empero, estas dos personalidades de Villalobos eran egregias. Pero a los pueblos les conduce, sobre todo, el influjo moral de los hombres. Filiberto Villalobos movió a las multitudes de su tierra natal, e infundió magno respeto a cuantos españoles le conocieron. Era, pues, un hombre patrimonial nuestro, y por ello le digo adiós desde estas páginas, con pluma balbuceante, temblorosa: fuímos amigos en el amor y en el dolor de nuestra España, en el ámbito de la cultura, en el asiduo trato humano, y de él recibí constantes y altas lecciones de serenidad, de bondad y de energía.

PARTIDA DE NACIMIENTO Y BAUTISMO DE D. TOMAS BRETON

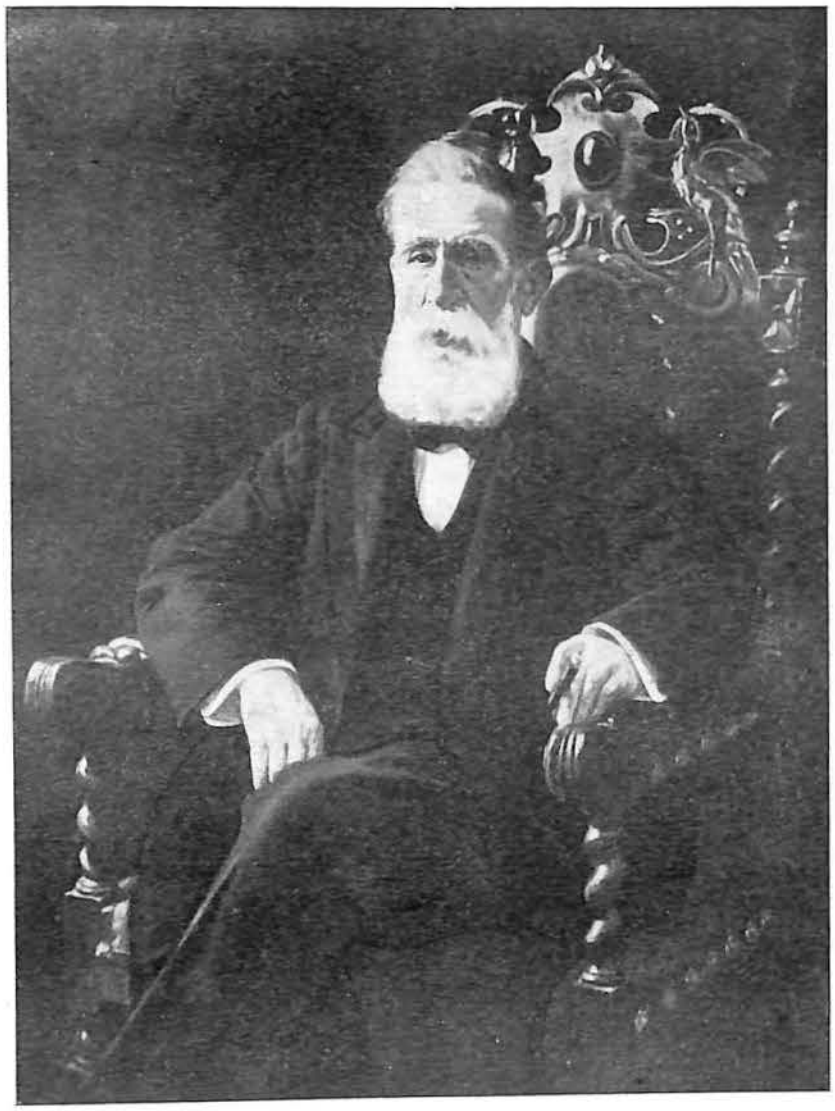
Por ANIBAL SANCHEZ FRAILE

«... nacido yo a orillas del bucólico Tormes, en la augusta ciudad de Salamanca, celebérrima en el mundo por su Universidad...»

(Palabras de Bretón en el diario *La Argentina*, en 1910. Viaje a América).

Tomas Bretón Hernández, el gran músico, el paladín de la ópera española, el autor de «La Dolores» y «La Verbena de la Paloma», nació en Salamanca el 29 de diciembre de 1850. Parece que su nacimiento —ocho años después de la muerte de Doyagüe— representa la continuación de la tradición de músicos salmantinos, figuras de primera magnitud en la historia musical patria: Ramos de Pareja, Juan del Encina, Lucas Fernández, Salinas, Vivanco, Micieres.

En 1950, con ocasión de la conmemoración del Centenario de su nacimiento, se exhumaron diversos documentos de los episodios, anécdotas y acontecimientos de su biografía. Se buscó entre otros la fe de nacimiento, pero no se dió con ella, porque la investigación se dirigió hacia el archivo de la parroquia de San Cristóbal, próxima ciertamente a la casa en que nació Bretón en la calle de la Alegría, y no a la de San Román (1), en cuya iglesia se bautizó.



Retrato de Bretón que se conserva en el Museo Provincial, obra del pintor Eugenio Vivó.

La falta de éxito en la investigación de la Partida de Nacimiento en los primeros pasos que dimos, nos acució e intrigó, y hasta llegamos a temer si el hado maléfico que persiguió a Bretón durante toda su vida, y que, al decir de Julio Gómez, el gran compositor y musicólogo, discípulo y amigo de Bretón, le persigue también después de muerto, hubiese lucido sus primeros destellos sobre las aguas bautismales del neófito.

Y así fué. Pero por distinta causa.

He aquí la partida de nacimiento que se halla en el libro núm. 40 del Archivo Parroquial de San Pablo, procedente de la extinguida parroquia de San Román; libro del año 1842 y sgtes., folio 114, vto.

«En la ciudad de Salamanca| a primero de enero de mil| ochocientos cincuenta y uno| yo don Patricio Santos Ofano, cu|ra parroco de S Roman de | la misma concesioné a D| Victor Santos Fuertes mi Te-|niente quien bautizó solemn-|nemente, puso oleo y crisma| a un niño que nació el dia| veinte y nueve de diciembre| del año próximo pasado y| se llamó Tomás, hijo legitimo| de Juan Bretón y de Andrea Hernz naturales de esta| ciudad: Abuelos paternos| Juan Bretón, natural de Babilafuente y Josefa Hern|nandez, que lo es de esta ciu|dad: Maternos Lorenzo Her|nández, natural de esta|misma y Joaquina Gra | que lo es de la Cabeza de | Fraymontano. Fue su pa|drino su tio Juan Breton | de esta ciudad a quien ad-|virtió su obligació, siendo | testigos Balentin Soria y | José Gonzalez de esta ve-|cindad; y para que cons-|te lo firmo

Patricio Santos Ofano»

(rubricado)

Pero esta partida, cuya simple lectura denota la extraña

(1) La antigua parroquia de San Román estaba situada en la colina de su nombre, junto al antiguo edificio del Hospital, hoy Colegio de las Rvdas. MM. Josefinas de la calle de la Marquesa de Almarza. Estaba separada de la torre, en que estaba el quirófano del Hospital, por una calleja muy estrecha, y su ábside quedaba próximo al Convento de las Clarisas. Alzada su fábrica por 1150 por los bergancianos y, en varias ocasiones, reformada con su pobre ingreso, su nave cubierta por dos extrañas bóvedas ochavadas separadas por un arco barroco, contenia dos sepulcros del doctor Avedillo y su mujer. Hoy no queda de esta iglesia nada más que los muros, con un arco central tendido entre las paredes laterales, que dividia la fábrica en dos recintos, y el amplio ventanal del ábside de época posterior a la primitiva construcción de la iglesia.

coincidencia de tres Juan Bretón, tiene una nota marginal que dice:

> *«Tomás hijo de Andrea Hernz y de Antonio Bretón. Nota. En virtud de auto dado por el Sor Provor hoy 29 de Orte de 1860. no hace fer en juicio esta partida ni la del folo 58. y sí las que se mandan estender en el libo corte Y para que conste en virtud de lo mandado firmo la presente dho día. Cirilo Años Arceo.*
>
> *Nota: La partida mandada estender por el auto a q.se refiere la precedte nota, se halla a fo 133., vuelto, del libro que dió principio en Noviembre de 1851. — Salamanca 22 de marzo de 1880. — El Pco. Joaquín Redondo Gonzalo.»*

Efectivamente: el mismo libro, fol. 58, contiene la partida de bautismo de Abelardo, su hermano, nacido y bautizado el 1 de enero de 1847, e incurre en parecidos errores de los nombres y apellidos de los abuelos; y es costumbre consignar en primer lugar el nombre del padre y el de los abuelos paternos; y, en esta partida de Abelardo, figuran después, lo que dió lugar a la salvedad siguiente que hace en el cuerpo de aquélla: «abuelos paternos *(que se han postergado...)*». Esta partida de Abelardo fué igualmente desautorizada por el mismo auto del Obispado de Salamanca e inscrita de nuevo en el libro que empieza el año 1851 al fol. 133, en el cual dice:

Al margen: «Tomás: hijo de Antonio Bretón y de Andrea Hernández». Y en el cuerpo de la partida:

> *«En la ciudad de Salamanca, a primero de enero de mil ochocientos cincuenta y uno, yo don Patricio Santos Ofano Cura Parroco de S. Roman de la misma, comisioné a D. Victor Santos y Fuertes mi Teniente, quien bautizó solemnemente y puso oleo y Crisma a un niño, que nació el veinte y nuebe de diciembre del año próximo pasado, y se llamó Tomás: hijo legítimo de Antonio Bretón y de Andrea Hernandez naturales de esta ciudad: Abuelos paternos, Anacleto Breton natural de Babilafuente y Josefa Hernandez, que lo es de esta ciudad: Maternos: Lorenzo Hernandez natural de esta misma y Joaquina Rodriguez que lo es de la Cabeza de Framontanos: Fué su padrino su Tio Juan Bretón de esta ciudad, a quien advirtió el parentesco espiritl y obligaciones. Siendo Testigos Balentin Soria y José González de esta vecindad: y para que conste lo firmo Patricio Santos Ofano=Esta partida se trasladó con esta fecha por mandáto del Tribunal Eclesiástico, que dió por de ningún valor la anteriormente puesta, con la fecha indicada en la misma: y para que conste lo firmo en Salamanca treinta y uno de octubre de mil ochocientos y sesenta.— El Cura Ecónomo — Victor Santos y Fuertes.» (Rubricado).*

No sabemos quién sería el responsable de tamaños errores. Acaso el bendito D. Patricio que copiase una por otra. Pero ignoramos quién dictó los datos de la primera. Ni sabemos tampoco la ocasión en que, probablemente, su madre Andrea se diese cuenta de los errores, al necesitar y pedir alguna copia de ellas. En principio supusimos que fuese el ingreso de Tomás en San Eloy, que fué en 1859, un año antes del auto del Provisorato. Desde luego coincide que el uno y el otro fueron en octubre.

De Salamanca a los límites con las Hurdes

Por JAVIER DE MONTILLANA
Redactor Jefe de «El Adelanto»

Dejando atrás el «alto soto de torres», que ahora tiene contrastes de siglos con edificaciones modernas marcando el progreso urbano de Salamanca, el viajero se acerca a las líneas ocres de los encinares charros. Pasada La Maya, quizá se siente la tentación de una visita al pantano «Santa Teresa», cuya presencia señala el reverberar del sol sobre el embalse, chocando contra el gran muro de la presa. Pero la idea es sólo un motivo en la ruta, siquiera porque el deseo busca otras sensaciones de arte, de costumbres y de tipismo y más aún de empapar el espíritu de paisaje.

Pasado Guijuelo, hay una fuerte transición en la topografía. Cara a la sierra, encendida por el sol, destacan los tonos y matices que rivalizan en bellezas desde los valles a las quebradas y montañas. Los negrillos de Nava de Béjar nos saludan en la perennidad de sus siglos. Aquellos árboles centenarios sirvieron un día de dosel a los antiguos régulos (alcaldes) de la comarca para administrar justicia y resolver problemas.

Es breve y nada peligrosa la ascensión al puerto de Vallejera. Desde allí se ofrece toda una maravilla de paisaje. Dominada queda la cadena de montañas de la Sierra de Francia, enlazando con las de Béjar, para ser pequeña ante los altos picachos de Gredos, con su mayor altitud en el pico Almanzor, al que diera nombre el famoso Caudillo árabe cuando dominaba aquellas tierras.

Almanzor, un día, acampado en Gredos, expresó deseos por saber qué era aquella sierra de Béjar. Y se acordó de que allí estaba su guerrero Ishac. El ímpetu del moro hubo de ser frenado, porque se le advirtió del peligro de la empresa. Los cristianos, refugiados en la sierra, estaban atentos a descolgarse sobre la ciudad reconquistada después a Ishac.

Desde el puerto de Vallejera se ven también, acurrucados en los valles, entre frondas de robles y castaños, los pueblecitos de Fresnedoso, Vallejera, La Hoya y, casi oculto, Navacarros, que guarda el recuerdo del insigne penalista Dorado Montero.

A Béjar, desde el puerto, son poco más de seis kilómetros. Un descenso sin demasiadas pronunciaciones hasta la curva del puente de Riofrío, con el pintoresco pueblo de Palomares. Y, enseguida, la ciudad industriosa y señora que hace honor a su escudo. Cualquier época es buena para visitarla. Si es invierno, se le ofrecerá la sierra blanca. Pero el verano le proporcionará, con la acogida hidalga, la belleza de sus paisajes serranos, las sombras gratas de su espléndido Castañar y la presencia de centenares de veraneantes en las laderas del monte, mientras brindan reposo rincones como La Corredera, El Regajo, el Paseo de Santa Ana, y más arriba frondas y valles hasta Llano Alto y el Pico de la Cruz.

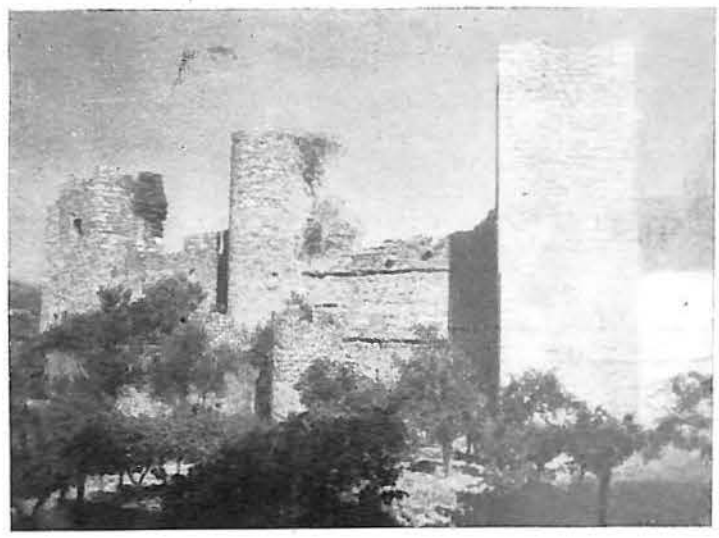
Encanto tiene el rumor de telares —el himno al trabajo que diariamente entona la ciudad— por el prestigio de la famosa industria, en que se transformaron las antiguas factorías. Béjar, muy noble y leal, deja, sencillamente, que se la admire y comprenda, creando industrias, fomentando inquietudes y anhelos, tejiéndolos, como sus paños, en la voluntad y en el trabajo. La nave que semeja desde la montaña, enfila su proa en ondulaciones y avanza con ritmo seguro hacia su progreso.

• • •

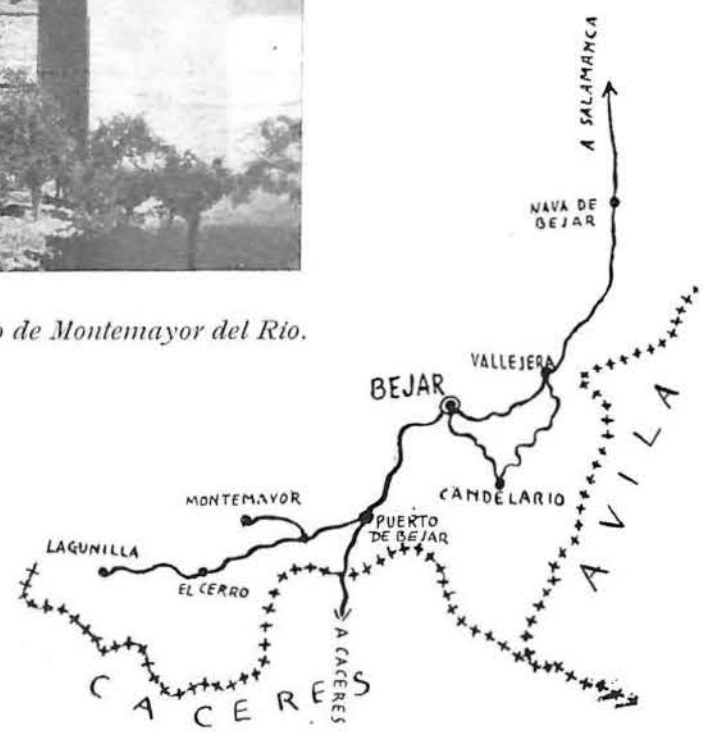
Remansado el espíritu en la bonanza bejarana, prosigue el itinerario. Hay que ir hacia los límites para encontrar los de Extremadura, que se pronuncian en la antigua y pobre tierra hurdana. Todavía, en presencia de la nave varada de Béjar, Cantagallo se envuelve en humo que se duerme en los tejados renegridos y musgosos, y, enseguida, Puerto de Béjar, otro pueblo abierto especialmente al veranear extremeño, con la fama de su clima y la laboriosidad y prestigio de sus industrias.

Peñacaballera. Parece ya casi de las tierras de Extremadura. Paisaje de viñedos con pámpanos como tapiz verde claro, que se ocultan de trecho en trecho por los bosques de robledales y castaños. Desde una cumbre, Montemayor del Río destaca su perfil de tejados rojos y casitas blancas, para alzarse —pregón de antiguo feudalismo— la torre del homenaje del castillo.

Descenso de unos cinco kilómetros en pendientes y curvas pronunciadas. El viento se queda quieto en los álamos y chopos de la ribera del Cuerpo de Hombre. Tiene la villa todo el aspecto medieval. En el centro de la plaza, el rollo, símbolo del señorío, en cuya columna están labrados los escudos que significaban hasta dónde llegaban los límites. La impresión se completa con el Castillo. Pero todo es evocación, recuerdos. El rollo tiene ahora la prosaica misión de sustentar los caños de la fuente pública. Un montículo en rampa hacia una callejuela dice que por allí estaban el



Estampa medieval: El castillo de Montemayor del Río.



puente levadizo de la fortaleza, y un poco más adelante quedan los vestigios de la muralla que en la torre del homenaje del castillo pregona los versos del romancero:

«En el épico tesón de las almenas
que coronan las heráldicas murallas»

Sin embargo fácil es imaginar el pasado, poniendo en tensión la fantasía. Quizá al irnos acercando a la entrada de la fortaleza, pretendamos escuchar la voz vigilante:

«Esas puertas se defienden,
que no ha de entrar ¡vive Dios!
por ellas, quien no estuviera
más limpio que lo está el sol».

El embrujo desaparece pronto. Puede llegarse al castillo sin temor alguno. Lo que queda son vestigios. De los Condes de Montemayor pasó a propiedad particular y ni tiene barbacanas ni troneras y sólo se escucha el graznar de las aves negras, que se confunde, como contraste también, con el arrullar de las palomas.

La iglesia de Montemayor del Río es magnífica. Una parte románica bien conservada y un espléndido retablo acusan el origen de un gran museo, destacando una imagen del Cristo de las Batallas, que fué descubierta en una ermita desaparecida.

• • •

Nuevamente la ascensión. El Cerro acentúa el sabor típico serrano. A lo lejos se alzan las montañas de Las Hurdes, y al trasponer unas ligeras ondulaciones, rebrilla al sol la gran laguna extremeña de Masires. A un lado del camino está el pintoresco Valle de la Matanza —en contracción, Valdelamatanza—, que señala uno de las mayores desastres de las huestes moras en las tierras salmantinas y extremeñas.

Antes de llegar a Lagunilla, último pueblo de la provincia de Salamanca, hay un inmenso y tupido robledal. Antiguamente pocos eran los que se atrevían a circular por aquellos lugares, parte por la abundancia de lobos, como de bandoleros. Lagunilla era la avanzada de la civilización de Las Hurdes, y al pueblo acudían enfermos de Las Mestas, Rubiaco, Fragosa, Ladrillar, Cambroncillo y Aceitunilla. Las gentes buscaban el consuelo del «Padre de Las Hurdes», don Juan de Porras Atienza y de Castro, Obispo de Coria, que levantó un Palacio en el que atendía a cuantos a él llegaban demandando auxilio corporal o moral. Poco después, la hermana del Prelado, doña Aldonza, fundó un hospital bajo la advocación de Santo Domingo de Guzmán, en 1700 y que el Obispo terminó a la muerte de su hermana.

Los Obispos de Coria, fueron, pues, los primeros que influyeron, sino en la recuperación de Las Hurdes, por lo menos en hacer a sus habitantes, especialmente los que vivían en los pueblos colindantes con Lagunilla, el mayor bien posible. Todos los Prelados vivían largas temporadas en el Palacio atendiendo el Hospital de Santo Domingo, y en la memoria está la labor del hoy Cardenal Segura, que procuró que el Rey don Alfonso XIII visitara aquella región abandonada y mísera. Las Hurdes tienen hoy también su preocupación en el Gobierno que, recientemente las ha adoptado, disponiéndose a una acción definitiva como consecuencia de la visita que hizo el Caudillo Franco el pasado año.

Ya no funciona el Hospital de Santo Domingo, de Lagunilla. Una benemérita misión existe en Las Hurdes con el establecimiento del Cottolengo del Padre Alegre. Lagunilla posee suficientes atractivos para ser visitado. Tradiciones y leyendas, tipismos y costumbres y, todavía, de vez en cuando, la manifestación del traje regional, especialmente femenino, que se caracteriza por una mezcla del charro del llano y del serrano de Cepeda y Mogarraz.

• • •

Hay que volver por el mismo camino hasta Béjar, que puede ser otro descanso después de una dura jornada turística de magníficas sensaciones. Aún queda Candelario con su fama y su tradición. ¿Qué es lo más interesante de la villa? La respuesta podrá concretarse a la belleza de sus alrededores, a lo pintoresco de las calles y a la manifestación del traje femenino. Quizá haga falta la sensibilidad y el espíritu del profesor Lainez Alcalá, embrujado por Candelario, para buscar en la imaginación poética un ambiente de mayor fantasía. Puede ser también, que en noche de luna, existan imágenes que, normalmente, se escapen de la realidad. Pero cosas son estas en las que es necesario mucho más que un deseo sencillamente viajero.

No es fácil «ver» una candelaria con su típica indumentaria. Las prendas que lo forman se guardan avaramente en los arcones entre manzanas, romero y tomillo, y sólo, en grandes solemnidades, una mujer viste el jubón de terciopelo brochado, de estrechas mangas abiertas con botonaduras de filigrana de oro y sobre los hombros el serenero, completando la figura con el manteo abierto por detrás, y el peinado de cocas de gran moño inclinado hacia adelante. Sin embargo, con un poquito de suerte, puede lograrse tal impresión.

Candelario, villa muy leal, por concesión de Alfonso VIII, que confirma Alfonso XI por los servicios guerreros prestados desde la época de las Navas de Tolosa, a los guerrilleros de don Julián «El Charro», tiene la maravilla de sus paisajes y sus sierras que basta y sobra para sentir y soñar.

• • •

Todavía, de regreso a Salamanca, hay un motivo de ampliar la ronda turística por Sorihuela, Santibáñez de Béjar y Puente del Congosto, otro pueblo de aspecto medieval con castillo de la época de Enrique III, que hizo donación de las aldeas del Puente y Cespedosa, al señorío de la casa Gil de Avila.

El castillo del Puente del Congosto tiene la triste historia de que la Reina Isabel paseara su dolor por aquellos salones, cuando en Salamanca murió su hijo el Príncipe don Juan.

La iglesia de Lagunilla.

Tipismo de las calles de Candelario.

(Fotos Guzmán Gombau)

Datos históricos de la Salamanca artesana

Por ANTONIO G.ª - BERNALT
Vicesecretario de Obras Sindicales

Agradecemos la gentileza de la Dirección de esta magnífica y exquisita publicación al invitarnos a esta colaboración, pues bien merece la pena aprovechar la presente coyuntura para poner de manifiesto la inigualable originalidad de la expresión popular en la artesanía provincial.

Amantes de Salamanca, hemos buceado en archivos y bibliotecas, procurando engendrar un concepto histórico de la artesía salmantina al objeto de encauzar debidamente estas actividades, para deducir de los datos recogidos consecuencias que estimamos de un sincero valor, y que, conocidas por nuestros artífices, puedan servir de orientación y pauta en la futura tarea a realizar, adaptando este quehacer a las corrientes actuales, tanto en el sentido utilitario como decorativo.

En el atavío de la charra, la artesanía salmantina ha derrochado todos sus recursos, que van de los paños y bordados a la primorosa orfebrería de las joyas, tan importantes en el tocado.

Nos proponemos en estas líneas poner de manifiesto unos datos artesanos de siglos pasados, por entender que han de ser del mayor interés para todos aquellos a quienes —sintiendo hondamente la historia de Salamanca— les sirva para ampliar el caudal de sus conocimientos y, en consecuencia, sentirse vinculados aún más a esta bendita tierra en la que tuvimos la suerte de nacer.

El artífice es, «per se», exponente genuino de los más altos valores y esencias del espíritu y su cualidad humana fué tomada en la debida consideración en las relaciones del viejo continente.

El primer título de *maestría artesana* lo encontramos en el siglo XVI, expedido a favor del vecino de Navarredonda Francisco de las Doblas, práctico en el arte de tejer lienzo y estopa; a este documento, suscrito por el Escribano público Bernal López, ha de concedérsele la importancia que merece, pues con formulismos y protocolos previstos fué fallada la hábil suficiencia de aquel salmantino, otorgándole su título de maestría, decidiendo la jurisdicción precisa para ejercer dicho cargo ante no pocos aprendices.

La inquietud por el artesonado se pone de manifiesto en donaciones y prebendas, múltiples en la época; así, el joyero Juan de Torres otorga testamento en 1506, haciendo donación de su fortuna a la agrupación de plateros salmantinos; el Doctor D. Francisco de Castro, Catedrático de nuestra gloriosa Universidad, por documento otorgado en 5 de febrero de 1586, hace lo propio con sus cuantiosos bienes. Estas oportunidades son aprovechadas por el Gremio de Orfebres y Filigranistas para crear una Escuela fundamental de dibujo, preparatoria a posteriores actividades artesanas.

A finales de este siglo se erige en la Iglesia románica de San Martín la capilla gremial salmantina —actualmente zaguán de entrada por la puerta del sur—, donde habían de celebrar sus cultos aquellos hermanos artesanos y en cuya estancia superior a la bóveda se reunían sus Juntas Rectoras, bajo el signo de la devoción Mariana, puesta de manifiesto en las tallas de los jarrones de azucenas que rodean las ventanas de esta parroquia.

Tomando como punto de partida esta inquietud, nacen los Gremios salmantinos, auténticos vigilantes en la prosperidad de las artes y ejemplares valores de la labor manual.

En el *Fuero de Salamanca* encontramos colectividades que velan por estos módulos de trabajo; en títulos del Protocolo del Escribano Lorenzo de Zamora (1713) se nos da cuenta de la constitución de los Gremios de la Almoneda de Paños y Joyas del Cordobán y la Badana, de Curtidores, Cerrajeros, etc., los cuales reciben la protección de las potestades públicas. Decidían sus Ordenanzas medios para exigir a todos sus componentes el cumplimiento de determinados requisitos y obligaciones, traduciéndose estos sinceros sentidos corporativos en una de las fuerzas vitales del Estado.

Muestra inequívoca de cuanto antecede son los nombres que aún perduran en nuestra Salamanca, sumando a este concepto otros más profundos de un religioso matiz. Expresión artística y gráfica de este criterio son las miniaturas de los códices medievales, donde encontramos bellas escenas domésticas en las que se pondera la belleza, utilidad y perfección de los trabajos engendrados.

La propia docencia universitaria tenía constituído su Gremio y no se llegaba a él sino por pruebas escalonadas; distintos grados artesanos que, partiendo de la reducida agrupación familiar, se proyectaba hacia otras más amplias del Taller y de la Escuela.

El artesano salmantino del siglo XVII y del siglo XVIII no es nunca un practicón ni un ejecutor material; el oficio artístico tiene en sí un concepto creador en el que se plasma la idea y el sentido vocacional; ellos, dando rienda suelta a sus creencias, festejaban con empaque y austeridad a sus patronos —San Eloy, San Juan de Sahagún—, levantando arcos de plata, tejiendo ricos tapices, fiestas llenas de curiosos detalles que nos hacen deducir la felicidad del hogar,

PUBLICACIONES

DE LA DIPUTACION PROVINCIAL

VIII. Carlos Gutiérrez de Ceballos: SALAMANCA A FINALES DEL SIGLO XIX.

Una evocación, salpicada de anécdotas, de la Salamanca fin de siglo, pequeña ciudad en la que todos sus habitantes se conocían.

IX. Juan Domínguez Berrueta: SALAMANCA-GUIA SENTIMENTAL.

Nueva edición, corregida, de este libro, en que el cronista de Salamanca logra dar una visión inédita, originalísima, del alma de la ciudad.

X. ANTOLOGIA DEL II CONGRESO DE POESIA.

En 1953 se celebró en Salamanca el Segundo Congreso de poesía. De él queda testimonio en este libro en que, poetas de España e Hispanoamérica, han dejado la ofrenda trémula de sus versos.

XI. Rufino Aguirre Ibáñez: SALAMANCA VISTA POR LOS EXTRANJEROS.

Un libro magnífico y emocionado. Jorge Borrow, René Basin, John Doss Pasos, Manuel Gálvez, Ilya Ehremburg, cuantos pasaron por la ciudad y escribieron sobre ella, son estudiados en estas páginas de prosa admirable.

XII. SALAMANCA. ARTE Y ESPIRITU DE LA CIUDAD Y SU PROVINCIA. Prólogo y notas de R. Aguirre. 156 fotografías en huecograbado.

El mejor libro sobre Salamanca. «Un libro admirable», dijo de él el Dr. Marañón.

XIII. SALAMANCA EN LAS LETRAS CONTEMPORANEAS (ANTOLOGIA). Selección, prólogo y notas de R. Aguirre.

De Galdós a Camilo José Cela y Carmen Laforet, pasando por Unamuno, Azorín, Eugenio Noél, Ramón Gómez de la Serna, Marañón, Antonio Tovar, etc., etc. Una antología de escritos sobre la ciudad, que es al tiempo una antología de la literatura española.

XIV. César Real de la Riva: VIDA Y POESIA DE GABRIEL Y GALAN.

Una estimación cordial del poeta en su Cincuentenario. Reproduce este libro la conferencia pronunciada por su autor en la Universidad en el acto de homenaje a Galán.

MONTERREY

REVISTA DE LA DIPUTACION PROVINCIAL

Suscríbase a esta revista.
Número suelto, 15 ptas. Un año, 60 ptas.

Pida estos libros en Librerías
o a la Sección de Publicaciones de la Diputación Provincial SALAMANCA

vida llena de bellos recuerdos, etapas de respetuosa convivencia, como lo demuestra aquella visita del Rey Don Carlos III al modesto taller tipográfico del maestro Ibarra para departir en unos instantes en las tareas de la impresión que con tanto primor y destreza realizara aquel artesano. Los artesanos, pues, son en sí unos artífices, unos peritos y es polifacética también su producción, sin influencias de audaces invenciones, sin inercia y sin desgana.

La vida para la familia artesana se desenvuelve en un académico concepto de la belleza, para lo cual es preciso un alma bien dispuesta hacia lo delicado, manos enamoradas de la obra, ímpetu arrollador como fundamentales cualidades de todos aquellos que, por fortuna, han ido transmitiendo a distintas generaciones estas «maneras de hacer y producir».

A los Gremios se concedía un poder firme y entrañable, disponían de Ordenanzas generosas y a la vez definidas, en la penalidad, como fin primordial para velar por la pureza de estilo; quizás la noticia más antigua de este criterio nos la da el Fuero de Salamanca cuando advierte que: «Todo ferrero que clavo fecier malo o que non sea bien cabezudo e con buena astil e de buen ferro peche un maravedí».

La espiritualidad de la época es expresada por la dedicación al arte sacro, florecientes obras artesanas que brotan y se sostienen por el misterio ardiente de la fe, dedicación de capacidades de invención y estética al Señor con aire sentimental y piadosista, surgiendo talleres de artesanía sagrada, de fidelidad a un aliento popular, a un alma común, cuyas formas y expresiones se plasman en la piedra de Villamayor.

La artesanía del hierro empleada por primera vez por los Iberos, da motivo a los artífices salmantinos para llevar a cabo copiosas obras en útiles de labranza, bocados de caballo, ejerciendo esta producción una influencia decidida en las artes complementarias y en consecuencia aplicadas a través del tiempo a motivos decorativos, rejas de las capillas de nuestras catedrales y templos, cerraduras, aldabas y ventanas como las de nuestra Casa de las Conchas, que van mostrando sucesivamente diversos estilos con magnificencia sin igual.

Las líneas obtienen la justa expresión, provocando un estado de emoción que los artesanos cuidan, realizado con afán decorativo, abriendo nuevos cauces a las mercaderías.

Cuando tendencias del trabajo en «serie» surgen, los artesanos se mantienen en la rígida postura de lo «manual», perdurando en una actitud exigente para consigo mismo, aceptando las acciones asistenciales que el Común les brinda, vinculados entre sí en tareas análogas, y este concepto histórico se troca en otro social que regula las ferias, estableciendo intercambios y dispersando en tierras lejanas los más variados productos.

En Salamanca, Ciudad Rodrigo, Lumbrales, encontramos pequeñas agrupaciones que dedicaron sus actividades a una misma faceta; en Fuente de San Esteban y en los originales bordados que miembros de una misma casa —hasta hoy— llevan a cabo, se pone de manifiesto el más genuino concepto de la familia artesana. Siembran el lino —origen del tejido—, lavado en aguas del Yeltes, hilado en primitiva y rústica rueca de cartapel; tejido más tarde, ha de ser la materia donde se producen los típicos bordados en los que se conjugó la voluntad, la ilusión y el espíritu de amor a lo perfecto, dejando en la obra huella permanente de la personalidad de distintas generaciones.

No es extraño, pues, que valorados en la justa medida estos antecedentes, sea inquietud Nacional - Sindicalista el prestar la mayor asistencia a estas tareas, encauzándolas debidamente y orientándolas hacia un fin práctico.

Tema posible para otras divulgaciones sería la artesanía actual; puede que dediquemos a ello nuevos capítulos: los esmaltes de los Hermanos García Huertas, la alfarería de Alba de Tormes, la moderna filigrana de la familia Cordón, la de Vasconcellos, los tejedores de Macotera y Lumbrales, los bordados primorosos de Fuente de San Esteban y La Alberca y otros muchos artífices de nuestra provincia son magnífico exponente de la riqueza artesana regional; por ello fué Salamanca designada «zona de acción» de las provincias limítrofes; esta distinción y primacía nos hará perdurar en nuestros afanes.

Notas sobre las Artes Gráficas

POR VICTOR GARRALON
Fotograbador e impresor

A la memoria del maestro D. Tomás Bretón, que inmortalizó a un cajista de imprenta, Julián, y con él a los miles de Julianes de las Artes Gráficas (1).

Con la invención del papel por Tsai Lun el año 105 y la tipografía por Gutenberg en 1440, se tenían ya los dos elementos fundamentales de las Artes Gráficas que habrían de revolucionar al mundo. No obstante, hasta el siglo XIX su desarrollo fué lento debido a la escasa producción, ya que por aquel entonces eran empleadas las prensas de imprimir a mano, parecidas a las que usara Gutenberg, siendo su manejo limitado por el esfuerzo muscular del hombre que exigían.

Puso fin a este estado de lenta producción Federico Koenig, nacido en Eisleen (Alemania) el 17 de abril de 1774, quien desplazó el esfuerzo físico del hombre que manipulaba la prensa de imprimir a mano, por el automático primero, revolucionando después su funcionamiento por la técnica mecánica; así en el año 1803, con la prensa Suhl, mecaniza el entintado del molde, haciéndolo cilíndrico y automático.

En 1811, en colaboración con Andrés Bauer, brinda al mundo el mecanismo gráfico progresivo, construído en Londres en 1812 y que habría de desterrar para siempre las prensas a mano, cuya tirada era de 20 a 30 ejemplares a la hora, pasando entonces a los 800 ejemplares hora. Con este invento se abrió paso a los nuevos monstruos mecánicos de algunas rotativas, las cuales, con un solo cuerpo, alcanzan actualmente tiradas de 48.000 ejemplares a la hora.

Antes de todo esto, otros inventos del progreso civilizador tuvieron que ser necesarios, como la primera materia, la obra creadora de la imagen y signo de la escritura, y su propagación fácil y asequible entre los hombres. El progreso físico-químico trajo para las Artes Gráficas, primero la reproducción calcográfica. Más tarde con la fotografía, el fotograbado y el huecograbado, y por último el procedimiento offset.

La mecánica nos trajo, en primer lugar, la máquina de impresión cilíndrica, tiempo después la de doble impresión y finalmente la rotativa, la cual ha sido aplicada a todas las técnicas de impresión. El progreso y perfeccionamiento mecánico es tan vertiginoso, que el material que cualquier industria gráfica tenga de hace ocho o diez años resulta al cabo de este tiempo en la mayoría de los casos anticuado.

Algo sobre la invención del fotograbado.

Podemos destacar la personalidad de Fermín Guillot, figura de la mayor importancia en el campo de las Artes Gráficas, a quien recientemente se le dedicó una calle en la capital de Francia, su patria. Nació de padres campesinos en 1820, fué aprendiz de impresor y más tarde ingresó en una litografía, donde estuvo unos años. París fué su punto de residencia desde los veintiocho años.

Antes de su descubrimiento las obras ilustradas imponían una doble tirada: una para el texto, la otra para los grabados. El siglo XVIII fué el del grabado en cobre, en el XIX se utilizaba el grabado en madera y la litografía; los grabadores de oficio eran verdaderos artistas en el manejo del buril.

Gutenberg presenta un trabajo recién obtenido

(1) Quizá el lector se extrañe por la dedicatoria. Escritas estas notas el 31 de mayo de 1955, con un receptor sintonizando Radio Nacional de España, estuve oyendo —una vez más— desde Salamanca, cuna de Bretón, la retransmisión de «La Verbena», montada esta vez en su propia salsa, en un patio popular de Madrid.

Invitado hace meses por nuestro querido amigo Rufino Aguirre (q. e. p. d.) a que escribiese algo sobre las Artes Gráficas, influenciado hoy por la música de Bretón, pensé que a nadie mejor que a él podría dedicarse este modesto trabajo. Madrileño de nacimiento, salmantino de adopción, con más de veinte años de residencia en esta ciudad, perteneciente a las Artes Gráficas, se siente uno muy ligado por estas causas al Julián de la «Verbena».

Fermín Guillot hizo su sueño realidad cuando obtuvo un clisé en metal de fácil inserción en los moldes tipográficos, obtenido mediante las operaciones siguientes: traslado litográfico sobre el metal y protección de éste con agentes químicos añadidos a las tintas, y, por último, mordidos sucesivos en baños de ácidos de diferentes concentraciones. Designó su descubrimiento con el nombre de Paneiconografía.

El fotograbado moderno, que es la adaptación de los principios de Guillot a la fotografía, con intervención del colodión sensible, es un legado del precursor de la reproducción de imágenes para la imprenta.

Imprentas de España.

En 1760 empezaron a cobrar vida las primeras imprentas en España, destacándose algunos artífices.

Cuéntase que establecido en Madrid un hombre que daría gloria a las Artes Gráficas, el Maestro Ibarra, que tenía una *oficina de imprenta* (así se llamaba por aquel entonces) en la calle de Gorguera, una tarde se detuvo allí una carroza. Suavemente se abrió la puerta de la oficina-taller de impresión del Maestro y un caballero vestido con sedas, terciopelo y encajes, sujetando con sus manos el sombrero de picos, penetró en el taller. Su rostro, inconfundible, era el de Carlos III.

Sin tiempo para doblar la rodilla, ni para besarle la mano, el Maestro Ibarra sintió oprimida su mano por la diestra de su Majestad. «¡Señor!», exclamó tratando de despojarse de su blusa. «Así, así estás bien, Maestro», le repuso el Rey.

Antes de tomar asiento, el Rey repasó unos libros puestos en la anaquelería y dirigiéndose al Maestro le dijo: «Estos libros pueden ofrecerte motivos de admiración, pero no te enseñarán nada que tú no sepas; en cambio de tí, Maestro, deben aprender todos». Suspendieron sus faenas los cajistas y grabadores. El Monarca extendió la mano y ordenó que continuasen todos sus tareas, salvo que el Maestro viniera en mandar otra cosa.

El Rey se detuvo viendo componer a los tipógrafos junto a las cajas que, con los tipos procedentes de los punzones de la Biblioteca Real, confeccionaban en aquel venturoso año de 1780, acaso por primera vez, la primera edición de lujo de nuestra inmortal obra, salida de la más prestigiosa pluma de todos los tiempos, Miguel de Cervantes.

«No he olvidado el manejo del componedor —manifestó su Majestad D. Carlos III al Maestro Ibarra—; si un día de estos puedo permitirme una escapatoria, vendré a componer en persona una página de este glorioso libro; ello y más merece la memoria del creador del gran hidalgo manchego.»

A la puerta esperaba la carroza. Puestos en dos filas, formaron todos los operarios en la calle para rendir pleitesía al Monarca. La regia carroza se alejó rápida y discretamente como llegó. Los vecinos de la calle de Gorguera se enteran después de irse el visitante.

En aquel tiempo el Rey Carlos III se dió cuenta de la precaria situación en que se encontraban las Artes Gráficas y desde entonces favoreció resueltamente a grabadores, fundidores, impresores y encuadernadores, así como a los vendedores de libros, a quienes dispensa por decreto de prestar servicio militar, con objeto de no interrumpir la formación profesional y formar el personal apto para dedicarse a las Artes Gráficas. Muchas y más cosas hizo este Monarca a fines del siglo XVIII, con privilegios a favor de los impresores y grabadores para la estampación de libros, prohibiendo la entrada en España de todo libro castellano impreso en el extranjero, etc.

A partir de entonces florecen numerosas fábricas de papel que se crean con instalaciones de nuevos talleres, así como también se registra el retorno de maestros impresores que habían emigrado.

El Rey visita los talleres de Artes Gráficas, escucha peticiones, admira el nuevo modelo de prensa, invento de un discípulo del Maestro Ibarra, y para auxiliar a los grabadores y fundidores da órdenes de venderles el plomo que precisen con la tercera parte de descuento del precio señalado.

Los grabadores de entonces que ilustraban los libros, dejaron casi todos ellos renombre para gloria de las Artes Gráficas.

Ha transcurrido más de siglo y medio; la imprenta española ha progresado asombrosamente, si no todo lo que en otros países; los talleres modestísimos de entonces con sus prensas de madera, se han transformado en suntuosos edificios, algunos palacios de las Artes Gráficas, con talleres consagrados a impresiones artísticas por los procedimientos de fotograbado, huecograbado y hueco-offset.

Conviene aclarar que la industria gráfica española no se limita a realizar la confección de impresos que cada día se hace más indispensable; cumple más importante misión, atiende además a las exigencias de una Prensa que cada día merece superior atención en el extranjero, haciendo verdaderos malabarismos en la vida moderna del maquinismo. ¿Qué no podría alcanzarse si la industria estuviera dotada con los medios mecánicos que se precisan y desaparecieran la infinidad de trabas para poder adquirir a precios asequibles elementos indispensables para consolidar su mejor perfeccionamiento?

Las múltiples especialidades gráficas que tenemos hoy día sueñan con remozar sus sistemas y elementos de trabajo como toda industria gráfica disfruta en la mayoría de los países del mundo.

En Cantalapiedra, 5.600 fincas pequeñas se han convertido en 641

Se ha construído una extensa red de colectores de desagüe y de caminos

POR LUIS IGEA
Alcalde de Cantalapiedra

Lo que de este tema escribimos, no es debido a referencias más o menos fidedignas, según el criterio o imaginación de las personas que de ella nos hablasen, ni al aderezo con que suelen adornarse las cosas difíciles de comprobar. Vivimos en Cantalapiedra, pueblo que tuvo la suerte de intuir las ventajas que la aplicación de esta ley había de reportar y, por lo tanto, cuanto aquí digamos, son realidades que vivimos, sentimos y apreciamos bien directamente.

Están ya determinadas las nuevas parcelas que nos adjudican a cada propietario, incluso delimitadas en el terreno las de zonas que corresponde barbechar, y, por ello, es bastante fácil hacernos idea cierta de las ventajas que esta transformación va a reportar.

La extensión de las fincas que se han adjudicado responde a la ilusión que en este sentido nos habíamos hecho, aunque algunas veces fuera ésta considerada como irrealizable hasta por hombres que en lenguaje vulgar denominamos sesudos y ponderados, figúrense cuál sería la opinión que de nosotros tenían los pesimistas y escépticos.

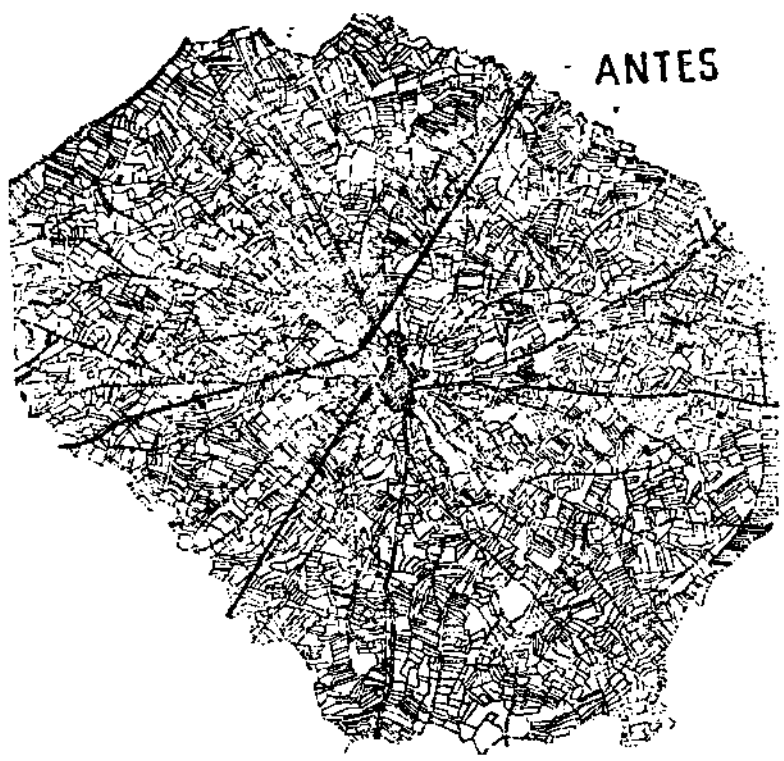
De 5.600 parcelas a 641.

No crean nuestros lectores, por lo que antecede, que lo hecho en cuanto a extensión de parcelas es alguna pequeñez; las cifras muestran bien a las claras su importancia. Las 5.600 finquitas en que estaba dividido el término, se han convertido en 641 solamente, y como consecuencia, se ha elevado la extensión media de una a diez hectáreas aproximadamente. Si tenemos en cuenta el número de pequeños propietarios, que por serlo de una sola parcela no han influído en la disminución del número de éstas, la diferencia es aún mayor, habiéndose llegado, en el caso de dos cultivadores, a tener bajo una linde más de 300 hectáreas cada uno; hay otra parcela de unas 200, ocho alrededor de 120, cuya cabida rebasa las 35 hectáreas; háganse cargo de a cuánto asciende la extensión media de estas enumeradas.

Tampoco los pequeños propietarios dejan de recibir beneficios; aquellas extensiones que adquirieron con sus ahorrillos y que la mayoría, por comprarlas más baratas, estaban enclavadas a gran distancia del casco urbano, se han trasladado, sin pérdida de calidad ni desembolso alguno, a menos de un kilómetro del pueblo, facilitándoles el transporte y poder aprovechar los ratos perdidos para hacer en ellas las labores, tarea que bien sabemos comparten familiares de ambos sexos y todas las edades.

Se ha construído una extensa red de colectores y caminos.

A fuer de sinceros, hemos de confesar nuestra sorpresa en otros aspectos: nunca se nos ocurrió pensar que a tanto fueran a llegar las obras que se realizan. Los treinta kilómetros de colectores principales de desagüe que por las distintas zonas pantanosas del término discurren, harán, con algunas obras secundarias, desaparecer esos encharcamientos que en años húmedos vemos al cruzar nuestros campos, quedando reducidos aquéllos a las lagunas que para abrevaderos existen, completándose la red de éstos, para mayor comodidad del ganado, con la construcción de otros seis pozos destinados a tal fin y que se han distribuído convenientemente por el término.



La red de caminos, que supone varias decenas de kilómetros, ha sido proyectada para que todas las fincas tengan acceso directo a alguno de ellos, desapareciendo todas las servidumbres de paso y los cuantiosos daños que ellas originaban, trayendo, como consecuencia, al labrador, a más del mejoramiento económico que ello pueda suponer, la tranquilidad de ánimo que con tanta frecuencia se veía alterada por los disgustos y sinsabores que las reclamaciones de perjuicios traían consigo.

En estos caminos, cerca de veinte kilómetros, son afirmados como carreteras y todos ellos llevan trazados de grandes rectas que facilitarán, de manera extraordinaria, los transportes y repercutirán también favorablemente en el laboreo de fincas por las racionales figuras de sus límites.

No son despreciables, ni muchísimo menos, los beneficios que reportará la electrificación de huertos familiares y aumento del número de éstos.

Me imagino las preguntas que a la mente de gran parte de los lectores acudirán después de la enumeración de hechos y datos que hemos realizado. ¿Cómo ha podido hacerse todo esto y quiénes lo han llevado a cabo?

Cómo se ha logrado el éxito.

Esto ha podido hacerse gracias a estar en el Ministerio de Agricultura un hombre que a más de la ciencia tiene la práctica de labrador y, como tal, conoce los verdaderos problemas que sobre grandes zonas del campo español gravitan, llevándole su inteligencia y decisión a dictar disposiciones, cual esta comentada, que a muchos parecía irrealizable; otros no la concedieron la importancia que en sí tiene, y los más, aun reconociendo las ventajas que ella reportaría, suponían que impericias de los encargados de su desarrollo y egoísmos de los propietarios afectados conducirían al más rotundo de los fracasos, ya que una distribución hecha a voleo y con tales pretensiones, estaría colmada de injusticias, de las que se derivarían beneficios cuantiosos pa-

ra unos, con el consiguiente perjuicio para otros.

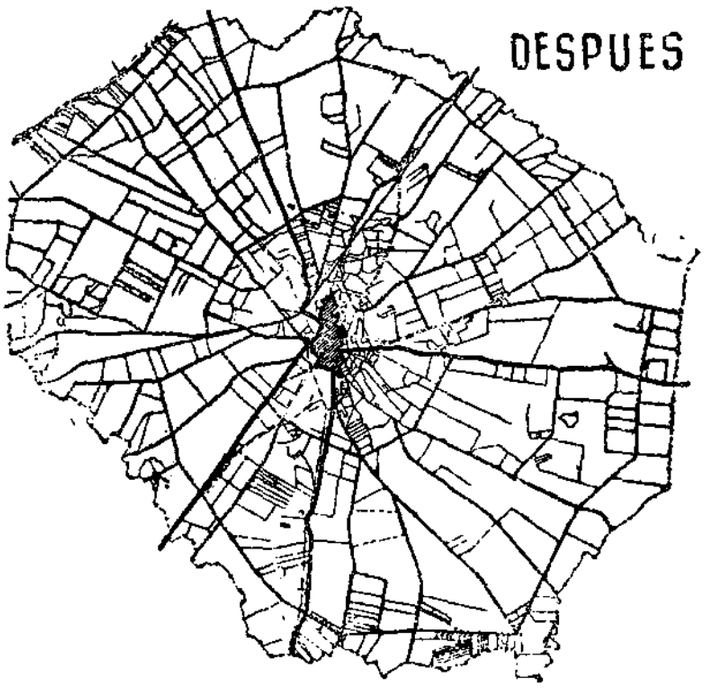
No es así; su ejecución se ha encomendado a un servicio cuyos hombres sienten la intranquilidad de conciencia, están perfectamente capacitados y con entusiasmo y cariño por su profesión buscan el máximo de perfección para realizar la tarea encomendada.

Con ellos colaboran, de manera bien directa, propietarios que se designan de los propuestos en la Asamblea plenaria de los agricultores; a más, se escuchó cuantas sugerencias o reclamaciones fueron hechas por los propios interesados, aceptando aquellas que se consideraban beneficiosas y resolviendo las otras con arreglo a las más estrictas normas de justicia. Así, con esta fórmula, se hizo la concentración parcelaria en Cantalapiedra, y las acertadas normas del Organismo Central, se cumplían por las Comisiones correspondientes con todo cuidado y ecuanimidad, apreciándose, bien a las claras, el buen deseo y sentido de responsabilidad de que estaban poseídos, hombres del campo que sin preparación especial, con el solo fundamento y conocimientos adquiridos en el ejercicio de su ocupación habitual, efectuaron la clasificación de todas las fincas del pueblo, desprovistos de egoísmos y miras particulares.

Y evita la presentación de reclamaciones.

Con toda ecuanimidad fueron estudiadas las reclamaciones que contra su labor se presentaron, y aunque pocas en número, se subsanaron aquellos errores susceptibles en cada obra humana o se denegaron aquellas que, producto de equivocaciones o egoísmos, se consideraban; contra estas resoluciones nadie recurrió en alzada a los Organismos inmediatos superiores.

En las adjudicaciones se presentó una sola reclamación, y aunque el plazo de admisión de éstas había transcurrido con creces, se recibió y estudió en presencia de un representante del Servicio Central, dando intervención directa al reclamante, quien por las razones que se le dieron, apoyadas en las comparaciones pertinentes, reconoció estar equivocado, ya que él había analizado su caso con criterio personalísimo, sin tener en cuenta la relación que lógicamente había de establecerse para enjuiciarle rectamente.



Punto final de un proceso feliz.

Estos son todos los incidentes a que dió lugar la concentración en el término a que nos referimos; los hombres que en ella intervinieron no han perdido ni una sola de las amistades con que contaban, disfrutan normal convivencia en su villa, y aunque bien pudieran sentirse orgullosos por el cumplimiento de deber tan delicado, se conforman con la satisfacción íntima que proporciona la ejecución de toda obra buena realizada con recto proceder, y sienten esperanza e ilusión por los beneficios que a todos los labradores de este pueblo alcanzarán.

Como entre éstos nos contamos, pueden figurarse cuál es la satisfacción que nos alcanza, aunque pese sobre nosotros la preocupación y responsabilidad de saber agradecer las facilidades que se nos dieron y corresponder sin limitación alguna a los beneficios tan cuantiosamente concedidos.

FE DE ERRATAS

Los duendes de imprenta parecen haberse fijado con preferencia en la bella y dulce prosa de José María Castroviejo, nuestro amigo, que tanto sabe de fantasmas y leyendas. En la página 13 y en su artículo: «Sobre la venturosa pesca a caña», se dice que Isaac Walton murió en 1863, dilatando así hasta la exageración su auténtica longevidad. Fué su óbito en 1683. Más adelante, al consignarse los años que comprendieron la existencia de Baltasar Gracián, aparece el 1698 como año de su muerte. El lector sabe que fué en 1658 cuando el autor de «El Criticón» alcanzó el fin de su vida y fecunda obra.